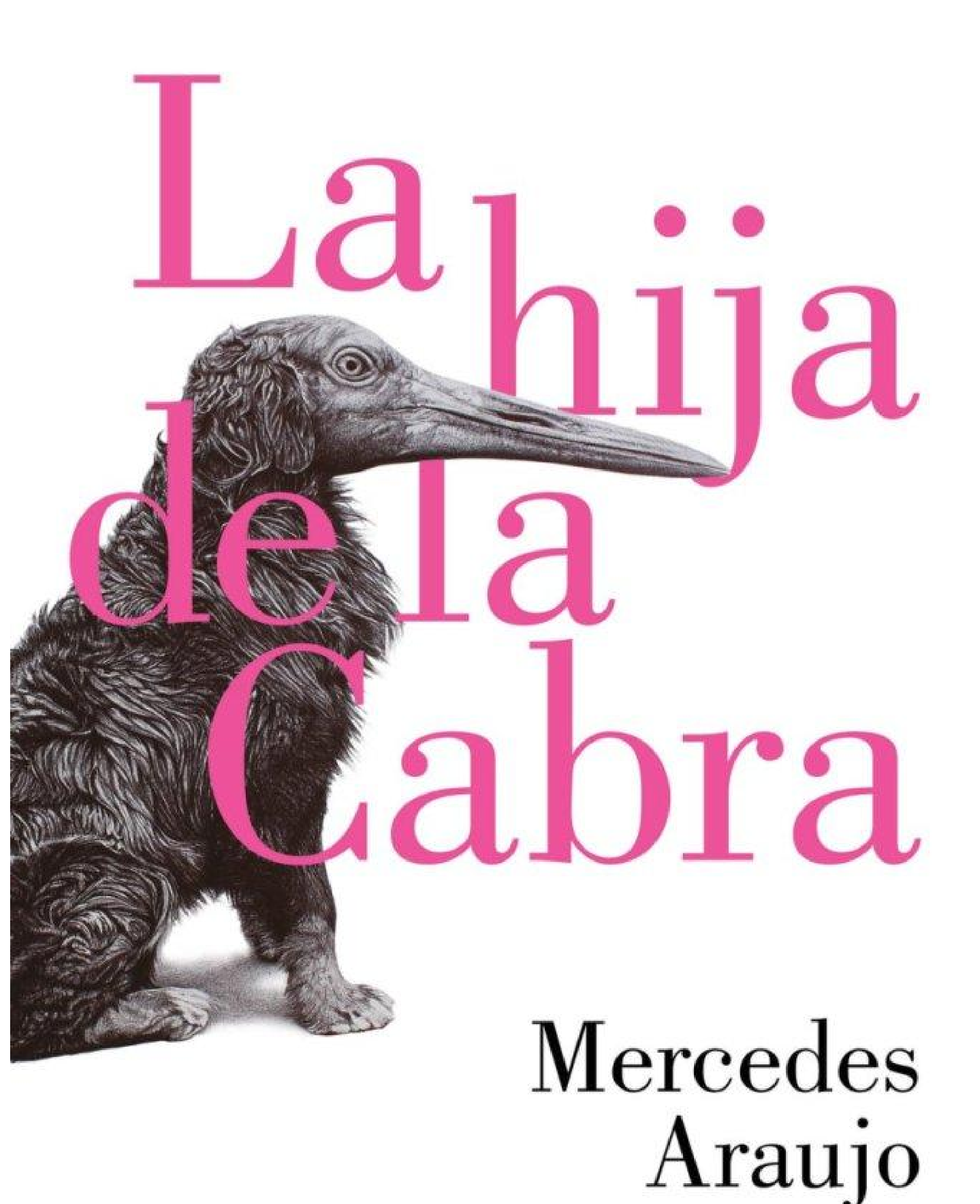


La hija de la Cabra

Mercedes Araujo

Lumen

La hija de la Cabra

Mercedes Araujo

Lumen

narrativa

Para bajar al fondo, para saber, cuerda de huesos para aguantar. Ángel de la serpiente, silencio. Vengan, díganme, prendan sus fuegos, hagan sus casas, cuelguen sus hamacas en el corazón de Eisejuaz.

SARA GALLARDO

Entonces, pensando que él se hallaba entre nosotros y nosotros padecíamos necesidades, fatigas, tropiezos y muertes por encontrarlo, se me ocurrió que era como buscar la libertad, que no está allá, sino en cada cual.

ANTONIO DI BENEDETTO

El árbol de la justicia y del suplicio

Médanos y montes. El sol subió y el viento arrastró animales. Las ropas, andrajos; la cara, mugrienta. Una máscara de tierra blanca lo cubre. Sus carnes cuelgan talladas en el aire. Intenta hablar mientras se zarandea, suspendido desde una rama, con las manos asidas por una correa de cuero. Sacude con fuerza, pretende aflojar las cinchas que le amoratan las muñecas y el cuerpo se ondula en un movimiento convulsivo, esforzado y corto. Sabe que va a morir. Cabecea intentando limpiar el polvo que le cubre los ojos.

Pregunta, pero no le contestan. Conoce la respuesta: no le darán sepultura y ninguna mujer llorará. La carne colgada será gentileza para las aves rapaces. Ya las ve, lo acechan: aleteando bajo, con los ojos avizores, un aguilucho de espalda color canela le enseña el pico rapiñero; se posará sobre el costado herido, hurgará el cuero, decidido, punzante. La noche le cae encima y desde abajo, un lobo de pelo lo mira y aguarda la carroña.

La vida, la otra, cómo rodé hasta acá. Escarbemos: silencio, soledad, traición, nada más; acá colgado, el hocico sangrando. Momia, cadáver, piltrafa.

Desguarnecido, cubierto de barro. Morir de sed. Intenta flexionar las rodillas y acercarlas a la panza. La espalda extendida, los brazos rígidos resistiendo todo el peso. Agarrotado, el viento caliente lo hamaca.

Noche cortada por un viento caldeado que me columpia y se pega. La imagen viva de la hembra, Juana, mula traidora, hilando. Me mira con los ojos que aletean, reanuda el tejido, con la mirada vaga. Mataría, le daría mi vida al mierda que me alcanzara un trapo roñoso. La noche es larga y Juana capaz se arrima. ¡Qué va a venir! Como aparecida me mira, el pelo negro, el ceño plegado en surcos de furia, el cuerpazo de piedra. La estoy soñando.

Lo envuelve un zumbido desfondado de mosquitos retorciéndose en el aire, latigando el aire, mosquitos chupasangre.

Estira el cuerpo e intenta tocar el suelo con la punta de los dedos. La cincha le marca la piel y las venas de los dos brazos le laten. Inútil, es inútil, el piso está lejos. En un movimiento seco y corto, levanta las rodillas y arquea la espalda.

Cómo rodé hasta acá. Una saliva amarga le nace en la garganta y escupe. Si me hubieran matado, pero no, los lagartos te cuelgan y te dejan morir.

Dormir hasta que me llegue la hora. Dormir, soñar que me chupo, que me mamo hasta quedar volteado. Y que llegue la muerte, la imagino, es manca, la cabeza como un remolino oscuro de viento que arrastra porquerías y te ciega, un tornado hecho de enjambre de bichos: moscas, mosquitos y luciérnagas. ¿A qué hora me vence?

La jeta partida por el viento, los brazos entumecidos, se balancea. Un perro me escucha con las orejas tiesas. No levanta los ojos, no mira. Los animales saben.

¿Cómo rodé hasta acá? Pájaros aulladores, los espanto, pataleo, estoy vivo, no soy carroña, todavía no, carniceros. Rezo por rezar. Quisiera dormir, me meo encima. El polvo en los ojos, rezar otro ruido, no el chillido de los rapiñeros. Las piernas tensas, la boca seca; es tiempo de perder todo, olvidarme de dónde vengo.

El perro abandona la inmovilidad y se levanta. El olor podrido de su pelo. El del mío. Un lengüetazo tibio sobre los pies, por piedad, perrito. Se aleja sin acercarse, los animales saben.

Despunta el amanecer, un velo lechoso y blanquecino se levanta desde la tierra, lo rodea y envuelve.

Lo descolgaron muerto y picoteado de la rama del algarrobo seco. El árbol de la justicia y del suplicio. Alguien llevó el cuerpo hasta un cerro y lo echó a rodar.

Antífona de entrada

Mira por última vez la casa. La mesa de madera y la silla. Se lleva el catre y carga la montura. No queda nada. Un par de pellones arruinados y las manchas de humo negro que exhala el carbón del brasero, aún ardiendo. El capataz de la mina lo echó esa noche, él le pidió unas horas después de darle muerte al baladrón que le robó la mujer. Antes, le avisaron que el traidor estaba en el pueblo. Lo divisó desde lejos, se acercó en silencio y le ensartó el cuchillo en la yugular; lo sacó ensangrentado, chirriando de rojo, el mango soltaba reflejos entre las manos. Con un pañuelo limpió el cuchillo, se secó las manos y se fue. El pañuelo, teñido de escarlata, quedó tirado en la puerta de la proveeduría.

—El camino hasta el Bermejo, desde ahí, por el callejón de los espinillos; es ruta desolada y cerril. Buscás el camino a San José, ahí, una huella hacia el norte y tras andar unos tres días llegás a Las Lagunas. Lo buscás al cura y le decís que te mando yo.

El compadre le indica el camino y al terminar lo anima: Vas a ver más estrellas que si te murieras y te quedaran los ojos para mirar. Le da unas palmadas en la espalda. Cuando se pone venganza, se pone y cuando se canta, se canta, dice, la sonrisa negra, el mostacho sucio, los ojos brillantes como monedas relavadas. Si parece que es el diablo que le marca el rumbo.

Lacónico y con el corazón sonando huero y estertóreo le da guascazos al lomo que lo traslada y sobre esas cuatro patas pisa la tierra desguarnecida. Monta taciturno y murmura maldiciones que repican contra la hechura fantasmal de un paisaje que no alcanza a discernir.

Cabalga el desierto pavoroso. Murmura amenazas. Carne de mi carne, huesos de mis huesos, la serpiente. Me empujó al infierno. Se va a arrastrar sobre la panza y comer polvo, la traidora.

Esquiva a duras penas vizcacheras y cuevas de peludos. Ningún refugio se le revela. Tiene los sentidos dormidos y monta con las piernas separadas del lomo del caballo a fuerza de rodillas. El bicho es azulejo, overo con manchas blancas y negras que a la luz de la luna relumbran fulgores azulados. Otea el horizonte. Es alto y flaco, tiene la piel clara y la pelambre roja, cara de lobo escondida bajo una barba que recorta de tanto en tanto y que ha empezado a encanecer. Hombre y animal, la luna los vuelve más blancos y más azules.

El amanecer esboza la inmensidad. Galguea, hambre de galgo. Se larga a galopar hasta que el animal no le responde y amenaza con echarse en mitad del camino. Arma un lazo con riendas y lo aprieta por el pescuezo. El bicho brama de asfixia. Las flores amarillas que brotan desde las ramas negras de la jarilla se avivan por efecto de la luz.

El sol del mediodía le araña los ojos y ciega. Los pájaros del cielo los acompañan por trechos y los abandonan. Ni un peludo para despellejar. Iguanas merodeando nidos. Tienen que estar refugiadas entre las matas espinosas, las rastreras.

Canta y maldice, cogotea intentando ver más lejos; el fulgor se lo impide. Escupe, echa gallos, putea. El caballo se le dispara. Se pica y, sin escala, pasa del tranco corto al galope. El lomo hierve aguas saladas. Los dos tienen los cueros turbios y embrollados, tierra pegoteada en los ojos y un desasosiego que les recorre las venas y los vuelve íntimos.

En medio de la noche, vislumbra agua a lo lejos, las lagunas encadenadas. Huele en el aire el perfume a jarilla seca y el olor podrido de los restos de bichos muertos. Pone el caballo a abrevar. Sacude sombrero, cuerpo y botas. Mete la cabeza en el agua y queda cubierto de barro sucio. Los ojos le arden. Agujetas, punzones. Los refriega. El barro suelta un vaho hediondo. No sabe dónde está. A su espalda oye al caballo que resopla y sorbe el agua densa, chasqueándola con la lengua pesada. Se echa y duerme.

Despierta. La relumbre lo lastima. Un cura está parado a su lado y le escruta los ojos con la reserva de un zorro. El blanco se endereza. El cura acusa una mudez arisca y sostenida que se quiebra recién cuando invoca a Zapata. Le ofrece la mano y musita algo que él no alcanza a

entender. Compasión, por obligación de ley, no por encontrarte bueno y le alcanza un pañuelo que el blanco estruja contra su cara. Se refriega brazos y cabeza. Se limpia apurado.

—Acá todo es bastante miserable. No esperés hospitalidad, alimento ni compañía.

—¿Hay algún otro cerca de este?

—Aislados. Ni un alma hasta el Divisadero.

El cura lo mira en silencio. El blanco se rasca la pelambre y se sacude el polvo de las pilchas embarradas que lo cubren.

—No soy de mamarme en el primer boliche, ¿agua y animales, habrá?

—Mañana te marco el camino. Agua amarga, cañas fuertes y desgana por los extraños, es todo lo que hay. También está la ruta de los escapados, después te la señalo.

Caminan; el cura con la camisa blanca arremangada, él con ropas que son andrajos. El caballo marcha escoltando, con la cabeza erguida, los ojos miran a un lado y al otro, bambolea unas alforjas de cuero rotas y vueltas a coser. El blanco con la vista clavada en el piso y el cura con ademanes remilgados transitan en silencio como aparecidos.

El cura ordena a dos mujeres que les sirvan de comer. El blanco se despacha un vaso de vino y pide otro. Arroz y porotos, todo hervido en un caldo sucio. Devora. Las mujeres contemplan de reojo la cresta roja y la mirada gris. El blanco señala el plato con las cejas levantadas. Una de ellas ríe y la otra se esconde avergonzada. El cura lo vigila con las mandíbulas endurecidas. Al blanco, las pupilas de las laguneras se le hacen socavones negros. Son fuertes, hembras bien hechas. El cura lo distrae.

—El Viejo Testamento, ¿lo leíste, jinete? La Iglesia dice que no sirve, para mí es útil en este arenal. Escuchá: “Al pasar el Jordán, en la tierra de Canaán, determinen cuáles serán las ciudades de refugio para que allí puedan refugiarse los homicidas que hayan matado a alguno sin querer. El homicida huirá a estas ciudades, se detendrá a la entrada de la puerta y expondrá su caso a los ancianos de la ciudad. Estos lo admitirán y le asignarán un lugar para que habite con ellos. Y si el vengador del homicidio lo persigue lo pondrán en sus manos porque mató advertidamente”. ¿De dónde venís? ¿Dijiste que Zapata te mandó

a este erial?

—El mismo.

—¿Compadre decís que es o enemigo? ¿Dónde estabas antes?

—En una mina.

—¿Y antes de la mina?

—Por ahí.

Por ahí, hostil el zaino, dónde creerá que llegó. El sufrimiento se multiplica en Las Lagunas. Con esas chuzas rojas y la barba a lo Nazaret, cuántos años tendrá. Se pierde siempre con los Cunampas.

—Si te recomiendo, tenés que lucirte y nunca será por mucho tiempo.

El cura de un sopetón le inmoviliza la mano izquierda, el blanco se retoba. Hace un gesto brusco, pero no retira el puño atrapado.

Pumas silvestres, gato ladino. Gato montés, gato moro, con los laguneros aprendí a domar. Pero, si tenés los ojos vidriosos, con lágrimas disimuladas. Asustado como perro que olisquea pisadas de lobo.

—El caballo —dice el cura, sin soltarle la mano de la que sobresalen nudillos como rocas.

—¿El caballo qué?

El blanco mira a su caballo, que espera manso en la puerta de la capilla. Y mira al cura. Rapaz, cabeza redondeada, hocico corto, ojos dilatados. El collarete blanco ese.

—El caballo por dejarte estar y hablarle a Cunampas en tu nombre.

Peleamos con la mirada. Ya está herido, le di la primera cepillada, le atiborré la panza, ordené limpiarle la roña.

—En préstamo y si algo le pasa, alguien lo roba, lo ataca una fiera, se quiebra mano, pata o muere, te hago temblar hasta dejarte pálido sin importarme si sos cura o una fiera.

—No te ardás, matrero, a cambio te digo: Mientras yo no esté, tené cuidado de Cunampas, cuando suban a la montaña, es porque no hay más nada para comer. —Pelean con los ojos, que son cuchillos—. Habitualmente se vuelven sin presa alguna, a menos que los puesteros les regalen cabras. Son supersticiosos, pero en tiempos de paz andan mansos y sosegados. Si yo hablo por vos, te dejan en paz, pero no se te ocurra acercarte ni meterte con ellos mientras yo no esté.

Por la noche el blanco se quita las botas. Con las uñas se raspa unas escamas de barro que tiene incrustadas en el cuello.

No dormí. Las sábanas lavadas por mano de mujer me doraron la espalda. Los recuerdos me escaldaron la cabeza. Que trabajaba en minas. No le dije que cuando estaba de caballerizo, con la muchachada a plena luz del desierto, olimos la batalla. Que las lanzas fueron rayos y la tierra nos ardió a todos. De madera, la bestia que montaba se volvió de madera. Los empenachados nos pusieron por el aire, a punta de lanza y gritos. Nos peleamos donde el desierto se encuentra con el Colorado. No le dije que maté ni que el día de Navidad los milicos nos largaron del desierto a la casa. Una mañana clara y seca, con las rodillas enganchadas, hincadas sobre la panza del caballo de madera que me adosaron. Me castañearon los dientes. Caballerizo. Dormía de día, vigilaba de noche a ronda cerrada. Amansar las tropillas respingadas, envolviéndolas. La espantada precipitada. Todavía la sueño. Chillándoles. Cuando se les palma el aliento se habitúan al grito, se apretujan y se van parando de a uno, delicados, uno tras otros. Los recojo como piedras que me entran en la mano y los rodeo. Escucho los silbidos de la respiración. Las bocas jugosas, huecas. Hubo que cortar orejas, cortando las orejas derechas de los bichos se los desangra un poco y se les empapan los ojos. Aturdidos y debilitados marchan al trote y ya no son arrogantes y ya no se disparan.

El día de Navidad, camino a casa, el desierto me enseñó las costillas. Allá me esperaba la mujer, pero llegué a la casa del diablo. Escoria. Me chupé y dormí, desplomado, hasta que el ruido de un trueno lejano me puso los pelos de punta. Un mes pasó sin saber de la zorra, la traidora no estaba y yo me chupé y soñé hasta que un día me paré, me enderecé varias veces como caballo sobre las patas traseras. El parado. El empinado. Al fin supe que uno se la había llevado, lo esperé al suncho hasta que apareció y lo maté. A la hembra traidora no la volví a ver. En una mina, dije, siempre en la mina. ¿Fuiste soldado? Nunca, contesté.

Caminan juntos hasta un cobertizo donde el caballo descansa. El

blanco lo embrida y lo hace caminar. Con una mueca agriada, lo entrega. El cura carga el apero y ajusta las cinchas. El bicho los vigila, altivo, las orejas enderezadas.

Receloso, el blanco mira al cura partir. Lo monta erguido. El caballo arranca en un trote veloz, apoya la pata sobrepasando la pisada de la mano del mismo lado.

El hornero

El tolderío, jarillas, algarrobos y chañares. Un puma devorador de cabras, y arenas que saltan, caen y rebotan arrastradas por el viento furioso. Un paraje perdido y descalabrado en la enormidad del desierto. Tierra salada, entretejida por acequias vacías. Eso es todo.

El instinto. Buscarse el alimento. Los laguneros más que mirada ausente y silencio cerril no le van a dar. Aprende a pescar bagres en las lagunas. Pescados de charca. Pescados duros, bigotudos, embarrados, ciegos, como él, huidizos, esquivos, los ojos vidriosos, como él. No puede ni dormir ni tomar ni comer. Los pescados que saca de la laguna son una porquería para darla a los perros escuálidos que le hacen frente al hambre en el baldío asolado.

Durante tres noches y tres días trabaja como si estuviera pagando algo. Lentamente, sin dormir ni comer, recupera la fuerza que había perdido y, al sexto día, siente como si la conciencia se la hubiera limpiado alguien.

Ocupa todo su tiempo en el armado de un cuchitril de adobe con techo de caña, los días se le van, con las manos metidas en el barro y la paja. Amasa y algo se calma en cada amasada, cada ladrillón de adobe colocado le parece un soplido de fuerza que le renueva el aliento. Habla solo, se convence: Cuando termine el cuchitril capaz sigo con una enramada, le armo el alero para sentarme y protegerme del zonda.

Ve pasar montados a algunos hombres en medio de una tarde en la que sopla el viento con la velocidad de un rayo. Ese viento vuelve locos a los caballos, se les retoban, uno se ha descarriado y arrastra al jinete como un trapo por la arena. Él se divierte, los laguneros no le dan importancia, hacen un gesto y siguen su camino. Buscan comida, tal como lo previno el cura. Por la noche, antes de caer rendido repasa, habla en silencio, se cuenta a sí mismo los detalles del día:

Ayer liquidé un peludo piojoso que encontré. Los ratones: la peste. Algunos cueritos de liebre que colgué del techo, toda la provisión escasa va al techo, si no los ratones me la lastran. El agua de la laguna me enferma la panza, aguas duras por tantas sales disueltas. Hornero, como un hornero, colgado del algarrobo, se arma el nido. Hace nada, muchos días se queda inmóvil, ayuna, a veces canta. El hornero. Ha dejado de soñar con la mujer traidora y ya no se despierta en medio de la noche con la sensación de la sangre en las manos. Escapar de la gente, desperdigado, rajarse solo, escurrirse, así van bien las cosas: combatiendo vinchucas, cantando.

Si no encuentra otra agua que la de las lagunas se va a morir desecado. Se arma una pala y un pico con un fierro que ha encontrado en la recorrida más larga que hizo. Espalda, forcejeo, pala y pico. Cava un pozo y aparece algo de agua, es salada pero no salitral.

Sabe que lo han estado mirando desde lo lejos, primero al cuchitril, ahora al pozo. El cura no vuelve y ya empieza a ver las miradas atravesadas, huidizas.

El primer acercamiento de Cunampas ocurre una mañana. Se acerca y lo mira, le cruza una mirada fulminante, ceñuda y arisca.

Él lleva varios días intentando pelear contra la tierra dura, buscando el agua. Lo ve de costado. Se detiene. Un lamento partido de tripas famélicas le surge desde la entraña y quiebra el silencio. Se oye otro chillido disparado desde el estómago de Cunampas. Se indagan.

Estás acá a pedido del cura, lo encara Cunampas. Ya le dije que no te quiero y me ha dicho que en cuanto vuelva él, vos te vas. No sé qué tanto te estás acovachando en mi tierra.

No le responde, pero hace un gesto de asentimiento con la cabeza. Cunampas da media vuelta y como vino se va.

Por la tarde, el aire es denso con vahos salitrosos de jarilla seca. Durante la noche, una tormenta furiosa se despliega con rayos tan pavorosos como cortos, un chaparrón de nada que cae y apenas moja el suelo, luego una granizada que feroz le agujerea las cañas y destruye el techo del cuchitril.

Cuerpo vacío. Soledad. Dientes apretados y huesos fuertes, que no se confundan, que no tengo otra cosa para dar.

Primera gavilla

Por la mañana un chico flaco como un mosquito y con la mitad de los dientes se le acercó y le dijo que Cunampas lo esperaba esa noche en Las Lagunas. Al llegar los mira: bailan, chupan como sabandijas y mantienen un fuego encendido. El calor es insoportable y andan casi desnudos, se sacuden y zarandean al compás de los golpes que un viejo pavoroso tamborilea. Invocan al demonio, juran que lo conocen por los aullidos y que siempre llega en distintas formas de hombre, zorra o perro.

Un lagunero le hace comer una carne seca y deshilachada, antes de dársela la ha pisado con las plantas de los pies inmundas y le ha separado un pequeño trozo. Se lo ofrece como gran manjar. Otro le acerca una taza con grasa de guanaco, la mano roñosa cubierta de ceniza. Un empujón, un golpe de puño en la cabeza, le sonríen, le tiran los pelos de la barba, borrachos. Tres perros sarnosos riñen y el viejo que tamborilea entona un canto lúgubre y continuo. Parecen excitados y dan vueltas en torno del fuego. Uno le dice que lo han escuchado cantar y por eso lo han mandado a llamar. A lo mejor, al diablo también le gusta y así nos larga un poco de lluvia. Si cantás un rato, podés comer y chupar. El hornero. Algo entona y cuando lo hace, ellos se quedan en silencio. Pero sabe que igual debe cuidarse la espalda, no quiere mamarse, ni terminar echado donde caiga. Mientras canta ve una mujer. Desde la distancia la hembra le clava los ojos. Cuando termina de cantar, la busca.

—Las mujeres afuera. No las miramos —le advierte un borracho que dormita a su lado.

Intenta pararse, quiere volver al rancho, a la soledad. Cunampas le revela en un gesto la amenaza y lo hace sentar. El cura, el caballo y ahora el Cunampas este, qué mierda querrá.

Escabullirse, atracar a la hembra, está borracho y caliente, no le

importa nada, se para y se va.

La busca y la arrincona. Ella se deja, lo mira con ojos que aletean, él la manosea y ella le deja las carnes a la vista. El desierto en la piel, en las pupilas de los ojos, en las tetas. Adobada por el sol, lo provoca. Le espolea el cuello, lo punza con la lengua sinuosa, hacedora, lo electriza como culebra. El desembucha el apetito, le friega las vísceras. Ella lo chacona y husmea. Lo frena y lo soba. Arisca, dadivosa y al fin, refulgente. Loba hambrienta resultó, y él, con lo débil que anda. Es olorosa, servida, chorreante, le acribilla el cuero, delicadamente, como a un durazno. Nunca había cogido con una mujer así.

De repente, ella se levanta y lo deja en medio de los adobes, con tierra hasta en las comisuras, con el cuerpo caliente y sin dirigirle la palabra. La ve aventarse en silencio y caminar.

Juana ha dejado al blanco tirado y regresa caminando en silencio al lado del padre. Marcos, el Tigrito, se le acerca unos metros antes de volver al fogón.

—Los vi, Juana. Qué hacés con un blanco. ¿Y si Cunampas se entera?

Ella no le contesta. Oyen los chillidos de la ceremonia. Avanzan en medio de una negrura donde se cuela la llama rojo sangre del amanecer. El chasquido de una rama al quebrarse rasga el silencio.

Juana y Marcos, los rebrotes, decía Cunampas. Temer lo débil y venerar lo impenetrable. Recibir el mando. Encadenarse al griterío rojo de Cunampas que despacha lo que no se hace y lo que se debe. Andar con paso firme de caballos. Dejarse llevar como águilas entre las ráfagas violetas del crepúsculo. Perseguir cabras. Chuparse al sol y embadurnarse de bosta.

Dos pumas flacos que desfilan por la llanura alumbrada. No es solamente la arrogancia de saber lo que se espera de ellos, también es la cortedad del carácter en él, la rebelión del cuerpo en ella y el laberinto donde se arrellana el camino que bordean juntos. Vuelven junto al padre.

Los hombres bailan alrededor de uno que está tirado en el suelo y trepida como poseso. Chirrían, graznan. Los compases del tambor suenan intercalados.

Marcos, el Tigrito, se incorpora al rito y Juana se queda mirando. Después de unas horas, con la venia de Cunampas, se retira a encerrarse en su toldo.

Picadura de víbora

Flojedad, desolación o es hambre. En las entrañas, un temblor afilado. Hambre es. Mira el cuchitril que se armó con las manos, mira a las vinchucas anidar. Un mes sin hablar con nadie, andaba tranquilo, ahora una fiebre se le ha instalado en el cuerpo y ya no la puede parar, vuelve a soñarla a la mujer, se despierta con las manos como si chorrearan sangre. La hembra lagunera, respirarle el resuello, la tengo que volver a ver. Faldera. Espuela, aguijón. Yo andaba apaciguado y esta me ha vuelto a embravecer. Dónde andará.

Huye del calor que por la noche es descomunal y echa el catre a la intemperie. Unos mosquitos como punta de aguja se le enredan en la barba. Si no es matándolos de a uno, no puede librarse de ellos, ya lleva varios días sin desvestirse por los mosquitos.

Sabe que tiene que irse, no puede quedar atrapado en ese deseo enloquecido que la hembra le ha despertado. Todo el trabajo hecho, toda el alma apaciguada y ahora es como si no existiera nada más. Irse. Mi caballo. El cura me lo devuelve y me echo a rodar. Desolación y hambre, eso hay. Sabe que tiene que huir a tiempo. Ya no soporta el silencio y anda inquieto, buscaría a cualquiera que escuche. A los laguneros que me miran con mirada de chancho, a esos quisiera contarles que maté sin pestañar al que se metió con mi mujer y ahora así ando, fugitivo. Muerto de hambre, pinchado, envarado. Conoce el peligro de meterse con una de las mujeres de Cunampas. La ruina. Que el cura llegue, carajo. Finalmente, se descarga solo pensando a la lagunera y se duerme sobre el desierto desguarnecido.

El cielo, que estaba claro y sereno, se encapota y turba. Comienza a llover con furia. Los rayos revientan muy cerca del catre. Al abrir los ojos advierte que una víbora ponzoñosa le atraviesa la entrepierna. Quieto, tieso como mástil, se alarga intentando agarrar el cuchillo. En el exacto momento en que intenta moverse, la víbora le aguijonea el

estómago, que se contrae y gira.

Se agarra la barriga e intenta pararse. Lo logra a duras penas y se echa a correr.

Entra en el pueblo de los laguneros con la panza inflada y los dientes apretando el grito de dolor. Mientras atraviesa el tolderío algunos lo ven y lo ignoran.

Gime desesperado frente al toldo de la hembra. Ella sale a su encuentro, le clava los ojos en la ingle.

—Si pican a la mañana, matan en el día. A la tarde quitan la vida y hacen derramar sangre por todas las coyunturas, aún a las bestias. Si pican por la noche, el remedio es dar de beber al picado un té de la hierba de la flor celeste. Entrá, blanco.

Lo recuesta y con unas cinchas de cuero le ata dos ligaduras, una arriba del pecho y otra sobre el ombligo.

Tiene la boca dura y por la picadura echa sangre.

—Si la sangre se echa fuera, la picadura es de fuego. —Le saca la ropa y recoge el veneno con un sobatorio. Lo deja desfalleciendo y luego de un rato aparece con una ventosa—. La ventosa por sí recoge el veneno, cuando la sangre que sale ya no es roja, el veneno está apaciguado.

Se parte del dolor, la cabeza arde y el cuerpo tirita escarchado. Sulfurado, grita que lo cure y no hable, pero está herido de muerte y los dos lo saben.

Él intenta pararse y ella lo agarra con fuerza por un brazo y lo recuesta. Mirándolo de reojo, prende fuego.

—Tomando color el agua, recién se bebe. —Despacio pone una ollita al fuego y espera hasta que está bastante caliente, lo mira desafiante, no parece segura de querer salvarlo, retira la olla y le echa aguardiente, camina hacia él, lo toma fuerte por la cabeza y en un gesto adusto le empina el cacharro sobre los labios, cuando termina de beber le soba la corona. Y lo mismo hay que hacer con los demás cauces de las coyunturas.

El blanco se deja. Juana le friega las palmas de las manos y los pies. Le amasa la espalda. Seca la sangre que le aparece por la boca. El blanco duerme y ya no despierta. Ella amolda su cuerpo al lado del de

él y lo mira. El blanco delira. La sueña a su mujer, la traidora, sirviéndole la comida, un costillar de chancho con ajo, él está muerto con el plato en la mano, sobre el plato se quiebra un rayo de sol que domina todo. Afuera, dos caballos cansados lloran lágrimas caliginosas. En el fondo, puede verse la sombra de la casa que abandonó al escapar.

Obediencia al padre

Los hermanos murieron. Se los llevó el hombre bola de fuego que se alimenta de carne. Una noche de granizada, el monstruo bajó de la montaña y se alimentó de ellos que caminaban solos buscando ñandúes. Una venganza contra Cunampas, por prohibir el rito de ofrecer carne fresca una vez al año en la cima del cerro alto, a pedido de la madre y del cura.

Esa noche, una tormenta pavorosa azotó las montañas. Cunampas mandó guarecernos. Fue una venganza, dijo, y yo lo miré sin entender. A los dos cazadores nadie los pudo encontrar y el padre los dio por muertos. Hay que arrostrar la venganza en silencio y con dignidad, dijo.

La madre, la Cabra, tirada, la cabeza revuelta, lloraba. Y el dios bueno y las estrellas propicias, porque no se nos hacen, gemía. Las mujeres rezaban al mando de la Vieja. Súplicas al dios, a la montaña. Yo corrí hacia ella, la protegí, la amansé. A Cunampas lo enfurecen las humillaciones de los dioses, me dijo la Cabra, él no se doblega bajo su peso.

La Cabra estaba espantosa y quebrada de dolor. Pasó mucho tiempo retraída. Yo la vi y la acompañé. Y dejé de verla. La Vieja y Cunampas me la sacaron de la vista.

La Vieja, un árbol negro. La sombra de Cunampas. La sombra del padre soy, dice la Vieja. Ascensiones al cielo o descendimientos al infierno; cuando yo preciso, ella habla con ellos, muertos, espíritus de la naturaleza, dice Cunampas.

Cuando yo le desconfío, me dice: Juana, cazadora, la Vieja que andás esquivando es la que conoce la forma de tus deseos. Eso me dice Cunampas, el padre.

A veces, la Vieja se esconde solitaria en la cueva y no vuelve. Entonces Cunampas se amedrenta, se encoge. Ella descubre los

disimulos, lo furtivo de los pensamientos. Así nos tiene. Que al morir se va a cortar la lengua, para que la lengua no siga hablando todo lo que ha escuchado, dice.

Una tarde, Rosalía cayó de pronto como muerta, la trajeron a la Vieja. Trece años, no más. Rosalía se enderezó y arrancando el tambor se puso a golpearlo. La Vieja dijo: Lo que pasa es que esta va a ser maqui. Pobre Rosalía. Es una rama del árbol negro de la Vieja. Una rama de laurel. Esa noche hizo inclinarse a las mujeres sobre Rosalía y chuparle el pecho. Yo no aguanté y le grité: Es inquina, Vieja, malquerencia, dejala que es mía. Ella sabía que Rosalía era mía y de nadie más. No le importó, la quiso lejos de mí y para eso la convirtió en su presa, en la sucesora, le dio los poderes, tanta tirria, tanto odio que me tiene.

El corazón caliente, Rosalía todavía tiene el corazón caliente, le dije. Eso querés, pero cuando enfríe va a ser mi aprendiz, me gritó la Vieja. Y basta de andar llevando y trayendo ustedes dos, que tienen cosas que hacer.

La vas a dejar loca, le digo, es lo único que tengo.

Juana habla al hombre que duerme tirado en el catre, sin pausa, aunque él no la escucha, o sí, si lo que uno oye cuando agoniza va a dibujarse en lo profundo de la memoria.

Lo mira, lo soba, le da agua y le acaricia la cabeza. No sabe quién es ni por qué su padre lo ha dejado entrar en Las Lagunas. No sabe por qué se le entregó como desahuciada en cuanto lo vio. Solamente se queda quieta y hunde en su pecho la cabeza de chuzas rojas del blanco gato de monte.

Cunampas se entera por boca de las mujeres que Juana está hace dos días acompañada del blanco. Entra y la mira denso, con los ojos enquistados. Ella pega un respingo, el collar de piedras que está hilando se le cae. La pregunta, como un bastón agitado con furia, es estampada contra la cara tiesa de la hija:

—El nevado ese, ¿qué hace con vos?

—Está picado, herido de muerte, yo cumplo con curarlo, morir no se nos va a morir acá, como una lombriz.

Furioso y medio borracho, Cunampas se tambalea un poco. El

blanco desde su lecho agita la respiración como si escuchara. Un quejido lastimoso.

Demasiada paciencia, dice el padre y se marcha, dejando a Juana con el enfermo, resoplando un aire cargado de olores de hierbas, menjunjes, hediondez y esos otros olores que largan los cuerpos cuando enfurecen y que parecen tufo de murciélago. Se va por el camino espeso, lo siguen las ojeadas turbias de los que espían y aprueban.

Espera contrariado. Uno, dos, tres días, sumido en un rumiar humeante. El blanco sigue allí. Sin siquiera mirar a Juana, que se anda de soslayo, renuente en el toldo, el padre manda a tres hombres a echar al blanco. No lo maltratan, cada uno de un brazo lo carga, y lo llevan hasta su cuchitril de paja y adobes. Juana no habla, tuerce la boca, pliega el ceño y sigue con su collar.

Él, debilucho, se deja mandar, cordero. Lo recuestan, le acercan una cesta con agua. Delira. Sin fuerzas, la cabeza le pesa, las piernas no le responden y durante dos días duerme creyendo que la lagunera lo atiende y lo soba a su lado.

Dos águilas

Dos águilas inconmovibles, planeando bajo. Juana teje muda. El padre se sienta y la mira, ella con un gesto arisco le ofrece pan, no el vino que toma sola.

—Juana, naciste a esta tierra donde no hay alegría —dice Cunampas.

Angustia, desvelo, cansancio, eso hay. El ardor del sol y el viento que aturde, la sed y el hambre. Ser la hija de Cunampas. Un viento metálico sopla en su cabeza y la irrita, siempre dice lo mismo. Ya no quiero oírlo.

—La cazadora. La que caza y da de comer. No lo he dicho yo. Te han visto entregada al blanco.

Vuelo de águila y aliento de puma. Como sale la hoja, así creciste. Como a la hoja que sale, así se le pide. Ya lo he escuchado de su boca. Cuándo vas a decir algo distinto, Cunampas: cazar, dar de comer, ¿para eso estamos? Los otros reclaman, esperan que demos el combate a la taladrada porque con eso se conserva el mundo.

Y a mí se me seca el cuerpo.

—Todavía no morimos, Juana. Acá estamos, tenemos el mando. No es para vos andar pidiendo yerbas, palos, tiestos de sal, tierra, parada en la entrada de las casas. ¿Por qué andás jugando con tierra? Salí a cazar. Que nadie diga de nosotros, te señale con el dedo, hable con encono. Si no cazás pondrás en tu contra lo que se mueve, el palo y la piedra. No seas vana, hija.

—Yo no quiero ser ensalzada por otros —replica Juana y sin bajar la mirada, lo enfrenta.

—Si no hacés nada de lo que te toca ser, si no cazás, vas a conseguir que te deshonren, con un blanco que escapa. Estate vigilante, salí a cazar, ninguno de ellos se entierra acá por voluntad. Débil, sabandija, buscatierra, debe ser. Que nadie diga de vos, te señale con el dedo. Si

te metí a sufrir es porque con esto se conserva el mundo. Yo soy el padre, Juana. Y vos, contrera, cabra. —Cunampas calla.

Cabra, no quiso decirlo. La madre, loca, vituperada, la toleró, buscó la muerte, la encontró, gimiendo. No entendió el lugar donde se rinde el aliento. Mi hija, no, ella es la hija del padre, la cazadora. No quiero otra debilidad como la de la madre. No vamos a echar polvo y basura a nuestros antepasados, no vamos a rociar inmundicias sobre su historia.

—Tu gente te mira, Juana. No los afrentés. No andés como si fuera un mercado, no estés ve y ve. Que la voluntad de ellos no pase junto a vos dos o tres veces. Si te precipitás al blanco, se van a burlar y después van a llorar hambre. Hambre y ojeriza. El blanco es traidor.

—No podemos estar juntos en todo.

—En esto no estamos juntos, en esto vos estás sujeta.

Juana, entumecida. Las maldiciones. Replegada por el que duerme en el estrado de las águilas.

Pateo las piedras con los pies

Más allá de Las lagunas, aún sin conocer ni tener noticias de Juana ni del blanco, sin saber de Rosalía, de Marcos, de Cunampas y de la Vieja, pero bajo el mismo cielo y observando los últimos fulgores de un mismo atardecer, Martinelli se ha retirado del grupo de baqueanos y milicos que comanda y sobre un cuaderno forrado en cuero escribe:

Querida esposa mía:

Las montañas son lindas, pateo las piedras con los pies. Trepo. En los caminos que tuvimos que andar para llegar hasta aquí y en los que nos quedan, no se reconoce que haya pasado rueda alguna en mucho tiempo.

El desierto tiene numerosos y dilatados espacios de nada. También tiene médanos y silencio. Yo trepo, camino, feliz al principio pero luego, como es mi costumbre, me debilito.

El terreno, atravesado por barrancas y zanjones que han formado las corrientes de las lluvias, nos ofrece los mayores tropiezos que puedas imaginar.

A este propio mal y a muchos otros que luego te contaré, ya que sobre ellos todavía no podemos llegar a un acuerdo con mis hombres, se debe la escasez de agua. Las aguas faltan absolutamente, no lo imaginarías desde nuestra casa. No podré ir allá durante un largo tiempo, pero insisto y, sin darme por enterado, sigo pretendiendo unos días para volver a Buenos Aires.

Estoy bien, salvo la tristeza de no estar con vos. Acá la vida es sencilla, mientras escribo los hombres encienden el fuego, ponen un cabro a la llama, chupan y se dejan entrar en sus interiores.

Mi segundo, Mateo Delgado, el hombre despierto y afable del cual ya te hablé, y yo discutimos toda la tarde, sin que ello quite que nos

dediquemos un trato amable, es que estamos desorientados y no logramos decidir cuál camino es el indicado para adentrarnos de forma pacífica en Las Lagunas. Él, hombre de desierto, está más perdido que yo, le dije, y eso lo indignó. Odia las contradicciones. A pesar de su enojo, yo insisto ya que alguna idea de lo que se nos viene me he formado.

Hoy mismo concluí nuestra larga discusión de toda la tarde y lo molesté al decirle que es probabilísimo y aún, casi cierto, que seguir el camino que él propone será una pérdida y ruina infalible para nuestros caballos. Con toda política, me contestó que para eso ha traído al salvaje cabeza de cobra. La verdad es que yo lo hallo tan fatal e imposible que juzgo difícil que ese cara de asesino nos guíe con éxito pero Mateo insiste, aunque creo que por momentos, en su fuero íntimo, finalmente, también duda. El problema es que mientras nos debatimos entre sí seremos o no capaces de evitar los escollos que se nos presentan, cada vez estamos más a merced del salvaje y más desorientados y contradictorios.

El salvaje no se acerca ni mira. Dicen que cuando todos duermen, él le chupa la sangre caliente a las alimañas. Que cuando amanece tiene la boca escarlata, que bebe de las coyunturas de los bichos y que nunca ha aceptado un mate ni un pedazo de carne.

No te asustes, te podés imaginar cómo disfruto yo de estas fantasías, que siempre me han gustado.

Extraño demasiado mi colchón y tengo los trajes cubiertos de tierra, no te gustaría nada verme así. Paseo, juego a las cartas y escribo. Lo que más me gusta es escalar las montañas.

Te extraño mucho, mi preciosa esposa, no he conseguido que alguien me alcance una sola carta tuya, quisiera que me escribieras contándome algunas cosas. Lo que pasa en casa, si el niño sigue llorando de noche y si tu madre insiste en hablar mal de mí en tu presencia. Mis amores.

J. M.

Evocación de desagravio

Juana cantaría, pero no le sale la voz, desde que lo escuchó al blanco ya no pudo cantar. Qué le importa ser la hija de Cunampas.

Antes de que amanezca y con la esperanza de que nadie la vea, recorre el desierto pelado, pero la Vieja la sigue. Juana la descubre, se sienta en medio del camino y la espera sobre la tierra, que aún durante la noche arde. La Vieja avanza y Juana vislumbra los infortunios que desde los huesos de la otra vienen hacia ella.

Vieja, la peor flor, la del árbol sombrío, la que todo lo ve, ahora vos te me venís encima.

—¿Andás escondida, Juana? Te traigo la piedra de besar, a ver si te sacás de encima ese deseo contrario —le dice y ríe con carcajadas que son aullidos en los oídos de Juana.

—Vos también con oposiciones. Me aprietan, Vieja.

—Te conozco, Juana, buscando siempre lo vedado.

La mano nudosa y temblorosa se detiene sobre la cabeza de Juana, se apoya en medio de la maraña negra e intenta algo parecido a una caricia, pero más rígida y esquiva mientras los dos perros chúcaros que la acompañan las olfatean.

La Vieja, la del tronco tortuoso y la mirada amarillenta con reflejos metálicos. Cruel y agria.

—Siempre sola, Juana, como si un dolor insondable te alejara de nosotros. Andá a cazar. No te hagás la víbora entibiándote apartada en esta agua podrida.

—Vieja, me están dejando sin soplo, sin fuerza —dice y sabe que desde que vio al blanco por última vez anda con bríos para enfrentar a todos y fuerza para nada.

La Vieja la abandona, como la luz al día, lenta e infalible. La mira deslizarse por el callejón. Ni la Vieja ni Cunampas quieren verla cerca del blanco, pero los dos saben que no está hecha para obedecer.

Vas a caminar por campos ariscos, cayendo y levantándote en medio de la noche, Juana, ha murmurado la Vieja y ella sabe que es probable que así sea.

El amanecer es violeta y triste, quieto y caluroso como su carne, Juana se para frente al cuchitril del blanco. Encuentra la puerta cerrada y nadie atiende sus llamados.

Se sienta bajo el alero y espera que la puerta cerrada le dé paso. No sabe el nombre del blanco, podría llamarlo ¡blanco! pero no quiere gritar.

El blanco duerme tirado en su rancho. La sangre todavía le brota de la picadura. Apestoso, de barro, de lamentos, sueña con laguneros moviéndose alrededor del fuego, pegando alaridos enquistados. El cura llega con el caballo y él se abre camino entre los cuerpos, pero ve, entonces, que son matorrales oscuros y no hombres. Los gritos no son gritos sino un silbido fuerte que echan los matorrales mientras el viento los mueve. El cura se le acerca y le entrega el caballo que es de madera. Duro, abatanado. Las manos del cura son enormes, las venas parecen cuerdas. El caballo está tieso y a él, el cuerpo se le ha vuelto de roca. La lagunera le habla desde las ramas de un retamo amarillo, trepada, abrazando el árbol. Un pájaro aparece por la izquierda, y él, con la cabeza, sigue su vuelo y lo ojea. El pájaro lo mira picudo. Un fuego hecho de bosta de cabra, grillos y ranas arde. Las brasas ensangrientan el piso. Se despierta por su propio grito quejumbroso. Apenas un gemido doliente.

El silencio y la cerrazón han encaminado a Juana hasta un cerro. Cuerpea. Escala buscando un animal. En la cima, lija de un vistazo el horizonte. Ni un solo bicho. Una mancha oscura en un pico de roca viva. Una mancha que puede ser un animal pero que a ella poco le importa, prefiere echarse al rayo del sol. El sol le encoge el cuero, el calor la masajea y un espasmo le nace en la barriga, le culebrea hasta la coronilla y la hace estremecerse. Es el blanco, tiene el cuerpo ardido y una blandura, una mansedad que la arrincona, no podría cazar aunque quisiera. Y la Cabra, ¿mamá, dónde andarás? En qué piedra, nube, cisne gordo, te habrás refugiado. Me gustaría hablarte, Cabra, por qué te fuiste.

Vuelta al cuchitril, se planta frente a la puerta y espera, no quiere volver. Dibuja sobre la tierra, despedaza el tiempo con una caña. Águilas, montes y quebradas. Dos águilas. Los postigos siguen cerrados y el blanco no atiende. Vuelve a los toldos. ¿Y si me lo hubiera encontrado? Te cobro la vida, eso hago. Como te la di, te la quito. Un planazo te meto y te busco la panza. Me cuerpeás. Te vengo a cobrar lo que es mío, te me arrimás, que pare la mano, me decís, nos atracamos, nos emboscamos.

Después de darte pelea, la vuelta resulta insignificante. Ahora la vida te la puedo cobrar. ¿Lo sabrás?

Las mujeres la ven pasar y se escabullen, murmuran a su espalda. Andá a cazar. Retobada, andá a cazar. ¿Y ellas? Las viboritas, los grillitos disimulados, las arañas venenosas, y ellas, por qué no cazan ellas, ¿ah?

Se abandona a salvo de la mirada celadora del padre. Oye las voces que machacan su cabeza, las oye dormida y despierta, empieza a sentir la sequía en el cuerpo, tiene sed y hambre. Pasa dos días oculta hasta que abandona el toldo, camina en medio de un viento furioso que se ha desatado y llega al rancho solitario del blanco. Abrime, blanco. Te perdono la vida que te recuperé.

El blanco cava el pozo del agua y la ve llegar.

Más flaco, más apolillado, pero los ojos son los mismos, gato montés.

—¿Andás caído, que me mirás y me desconocés? Si sabés que te salvé la vida. ¿Tenés algo para comer? —pregunta ella.

—Maíz, un poco, y raíces de totora endurecida —murmura, mientras ella manotea un botellón con agua fresca que él custodia.

Se empina el botellón, se toma toda el agua y lo abraza poniéndole el cuerpo encima. Blanco, las quejas del desierto me acosan. El monte me lanza lamentos.

Cuando habla es triste, desolada, la prefiero sin hablar, respirándome en el cuello, sobándome la herida con el cuero caliente.

Él se mueve despacio, en silencio, convaleciente. Se le tira encima,

se hunde y los dos, acompasados y juntos, se retuercen y vivorean. Intenta montarla, ella respinga el lomo brioso, él la acollara, la toma y la conduce, toma las ancas entre sus brazos. Ella gira la cabeza y sus crines se zarandean, le niega la boca; él la franquea y la retuerce, la besa fuerte; el dolor del labio apretado la hace ceder y le entrega el hocico. Con sus piernas como tenazas la atrapa. Los cuerpos se ajustan ceñidos uno sobre el otro, los lomos les arden y los pechos repican contra los del contrario. Finalmente, él se descarga brutal e impaciente y ella se desdibuja, en un alarido sostenido, agudo y placentero. Cuando ella acaba, él la está mirando agestado, le besa las tetas y la ciñe contra su cuerpo. Luego de un rato, mientras él duerme con la boca abierta sobre el catre, babeando y sin fuerzas, ella, mansa, le soba la espalda y le recorre el pescuezo con la cabeza agradecida, encariñada. Más tarde, cuando él abre los ojos, los dos miran al techo, están helados y las tripas se les retuercen.

La lechuza

Cunampas la mandó a llamar y la Vieja camina hacia el toldo cumpliendo apurada la orden. Mientras camina piensa: Celoso y escurridizo, maneja al pueblo como un tigre pero conmigo es fiel. La muerte del hermano, decían algunos, para eso sí que hace falta mando. Desde el día en que ordenó degollar a su hermano, su palabra es ley. Ahora, sus piernas son flacas y sin fuerzas. Marcos, el hijo del hermano muerto, reclama en silencio y Cunampas, sin un hijo varón que lo continúe. Marcos y Juana, juntos. La cazadora y el Tigrito. Matar dos águilas con una sola flecha, eso le recomendaría si él preguntara.

Cunampas la hace pasar, le ofrece asiento y sin más rodeos la increpa:

—¿No cesa la porfiada?

—Qué esperanza, recién comienza.

—¿De qué se trata? No me achiques noticias, es mi hija y no quiero males ni brujerías que vayan más allá.

—El blanco se le ha metido adentro y ella no va a aflojar. Está debilitada y cautiva. Hay que echarlo, para que se te domestique, tenés que zumbarlo.

—El blanco está a pedido del cura, Vieja, y hasta que él vuelva yo no lo puedo echar. Tampoco quiero maldiciones ni gualichos, los dos sabemos cómo son mis asuntos con el cura.

—No soy yo la que decide hacer. Aunque al cura no le guste. Los que hacen son otros, Cunampas, y eso lo sabemos los dos.

Juana cosecha jarilla, para encender el fuego, para aliviarse el dolor de una muela. El blanco la mira llegar, con las jarillas en flor entrelazadas, atravesando muda el secadal.

Él pregunta y ella no contesta. Cuando habla, descorazonada, dice:

—La jarilla la cuida el diablo, blanco. En la soledad, cuando el

viento silba, el diablo la riega. El diablo anda suelto y el jarillal se estremece esperando el agua del infierno. Por las noches, la sombra del diablo deambula y chilla. Va y viene por el jarillal.

Él hace silencio, no soporta escucharla así. Mata espinosa, enredada en su propio desvariar. Lejos de la casa, confundida, con voces que le hablan, le brotan de las piedras. Pero, entonces, la acaricio nudo por nudo y nos salvamos. La busco, la besuqueo, ella me estruja la picha, es bruta. La giro y la monto de buena gana. Cuando al fin la abandono con el placer en el cuerpo, he dado todo y ella me entregó hasta el alma. Los cuerpos nos pesan como chancho muerto y pienso que, en alguna parte de la otra vida, la traidora que me abandonó está pagando, hirviéndose. Todo el dolor, cualquier pena que me persiga, me los cobro en el cuerpo de la embravecida. Se encabrita y la arreo, suave, con el aliento caldeado, frenándola por el hocico. Se queja un poco, se le palma el aliento hasta que se habitúa. La rodeo, escucho los silbidos de su respiración. Beso sus tetas. Vuelvo a montarla hasta que gimotea y tirita como un gorrión. Magullados, machacados, nos quedamos quietos, satisfechos y entregados.

Más tarde, el hambre nos acribilla, espina, erizo pinchudo, grietas y arena y ni una gota de agua para regar. Así cada día.

La cazadora, todos dicen, la cazadora. El tronco encostillado de flaco. Una tarde me cabreo y le digo:

—¿Y para nosotros por qué no cazás?

—No puedo. Tengo el cuerpo roto. No puedo —murmura—, los pies están helados, los brazos se me respingan con dolores.

Yo estoy débil; ella es terca y supersticiosa. Desatar las manos, sacudirnos, arremolinarnos como aspas.

Sequía espantosa

La tierra se vuelve miserable, Juana machaca contra la Vieja. Nos han tirado el embrujo y no vamos a tener qué comer por más que lo busquemos. Rastreros, dice, andan tramando en nuestra contra.

Dos días de comer raíces de algarroba. Las voces, las escucho, blanco. Si salgo, una voz me habla: Te ha visto la noche matando al guanaco, asestándole bolazos en la cabeza, y muerto, lo degollabas con tus manos, para después comerte el corazón limpiamente. Comerme el corazón del guanaco, eso es la desgracia, blanco. Ayer intenté salir, trepé el cerro, busqué y no encontré, ni guanaco ni liebre. ¿Sabés qué había? La lechuza que anuncia el gualicho, la que me mira y se alza revoloteando, aturdiéndome con su grito agudo, chillando, dejándome sorda, la lechuza de los ojos manchados. La nocturna, así como el águila anda con la luz, la lechuza abomina el sol, la lechuza y la araña son los dioses del infierno.

El chischís de la lechuza, como para que la hembra no tiemble de miedo. Cualquiera sabe la maldición del graznido funerario. Una vez, cuando andaba de caballerizo, tuvimos un enfermo, le cuento, el hombre mejoraba hasta que el graznido fúnebre de la lechuza se paró sobre su carpa. Todos a perseguirla a caballo, rogó el moribundo, de todas maneras hasta cansarla, dijo. Que alguien la mate, gritó otro. En la oscuridad de la noche, uno la encontró, entre todos la matamos y se la llevamos descuartizada al moribundo, que se rio con todos los dientes. Igual se murió, el infeliz.

Mira oscuro, los ojos clavados en la luna, me interrumpe. La luna está hecha de agua, con los cuernos para abajo, dice y entonces llora. Abrazaba el sol con los ojos abiertos y ahora, llora en la oscuridad.

Esa noche comimos papas blandengues. Las había sembrado aguantándome su risa y las papas salieron verdes, blandujas y

gomosas. Una porquería.

—¿Y tu destreza para cazar? —le insisto—, ¿no te dicen la cazadora a vos?, yo nunca te vi traer un bicho.

—No está. Me orientaba, descubría pistas en el terreno, ahora estoy enredada, una madeja de hilos negros y claros enmarañados.

Vuelve a llorar. Herida, débil, el cuerpo seco.

—¿Por qué no volvés con tu gente, Juana?

—Ya me van a buscar, blanco, cuando se les acabe lo que queda. Vos dejame acá con vos, que ellos me van a buscar.

—¿Y por qué andás tan sola?

—No tengo nadie con quien, Rosalía es mía, pero la Vieja la tomó para maqui.

—¿Y Marcos?

—Era mi hermano cuando éramos críos, ahora es distinto.

—¿Qué si hablan y aclaran? Les decís que vas a estar acá hasta que se te cure la pena.

—En Las Lagunas las palabras tienen poca importancia —contestó sin mirarme y se sonrió compasiva, mientras alimentaba con ramas secas un fuego miserable que estaba cuidando.

Le busco el cuerpo y me lo corre. Cuando me lo entrega es una mula espantada, para qué sirve una mula así. Le pregunto. Y ella contesta, se ríe y contesta: Soy como una laguna empantanada que no tiene por dónde correr y vos, blanquito, un reptil que se retuerce solo.

Le hago un gesto de cerrarle el pico y la abrazo.

El blanco trepa el monte. Ve a Cunampas, va al mando, aguijoneando a su gente. Los mira frenarse frente a las lagunas y darles un resuello a los bichos. Los caballos se acercan con los hocicos temblorosos y levantan la testa con pena, los ojos apagados. Agua salada y amarga, ¡cómo no se les van a cabrear! Un pataleo nervioso y los bichos arrancan al galope. El cura que no volvió más y yo lo agradecí porque estaba atrapado en el cuerpo de la Juana. El tiempo es un nudo. Unos pocos van a caballo, los otros caminan erguidos. Se entierran más arriba de los tobillos en el arenal, no hacen gestos pero andan todos con las patas lastimadas por los espinillos. El calor se mete por la boca y quema. ¿Y ahora, por qué no me voy? ¿Por qué

sigo acá? Las cinco gotas que corren por el río me corren a mí por las venas desde que ella me niega el cuerpo. El río seco, el cuerpo desaguado. He visto sapos que aparecen fulminados por la sed y, aun así, he visto a la alimaña que aplaca la sed entre las vísceras del sapo. Así estoy con ella, alimaña, lo poco que me da, todavía me hace vivir.

Lobos de la misma manada

Un día entero cabildeando frente al río y solo conseguí un pez. Vivo lo saqué y al verme, un lagunero se me acercó con ojos abombados. Yo, que sigo tirando desprevenido, y él, que me arranca el pescado. El cabrón lo agarró de un manotazo y de una dentellada lo liquidó. Y en vez de golpearlo, miré cómo se lo comía, famélico, sin dejar ni las espinas.

Juana se ríe. El blanco también. Bordonear la guitarra, eso quisiera y con las manos en el aire rasga cuerdas imaginadas y canta. Ella no resiste su canto y los brazos se atraen, otra vez las tuzas revueltas, los dos con la panza cada vez más rota y descuajeringada de hambre.

Dos días después ella amanece tiesa, no llora, no grita. Está tristísima, andate le digo, andate. Ni correr a su casa puede. Derrumbada, árbol caído con las raíces tronchadas. Tirada desde el amanecer, no se ha peinado ni cubierto con un trapo. Desnuda, recalienta raíces en un fuego escaso. Sirve un poco de caldo y me mira comer.

El pellejo ajado le destila sumisión. La mano de él sostiene la cuchara con brusquedad, el cuerpo distante del plato, la cabeza alzada domina la voracidad que se le cuela entre los gestos duros de la mandíbula. Come lentamente. Las manos de la mujer se abandonan sobre las estrías de la madera tosca. La espalda desplomada, los hombros que le caen sobre el vientre abultado, la cadera cebada. Ella mira al vacío que se detiene en la punta de las botas descosidas del blanco. El desajuste es grueso.

—Y entonces ¿por qué nos sometés a esta hambruna? Si algún animal nos va a llenar la panza, lo vas a traer vos y no yo. Muertos de hambre en esta zanja. La hija de Cunampas. Te pasás el día en ronquidos y la noche en gemidos. La Vieja te lo presagió, los

desterrados somos débiles, y vos arrastrándote contra el piso como una iguana.

Prefiere salir, camina por ahí, pelea por conseguir agua. Con unas piedras afiladas logra perforar aún más la tierra y encuentra las últimas gotas. Saca una insignificancia de agua.

Agua que Juana, cuando él no la ve, vuelca en unos huevos de avestruz vacíos y los esconde.

—La tierra es escasa porque el agua es escasa —dice ella.

—La escasa sos vos, buscando la muerte.

—Quién dijo que no quiero morir. Vos te vas a ir y yo no voy a tener refugio ante Cunampas ni vuelta al pueblo, voy a quedarme maldita y sin fuerzas para nada. Te veo la traición, blanco, andás rumiante, cabeceando y por picarte.

—El puñal agrio del lamento —contesta el blanco y la mira cruzado. Extraña a la otra, la carnosa, la del cuerpo caliente que él sabía cepillar y acariciar. La de los corcovos, las corridas desenfrenadas, la del revolcón. La indómita. Pero esta es otra, esta Juana arma collares con cálculos de cabras que ha recogido y mira al aire.

—Cunampas dice que venís huyendo, que sos un timador, sin ley ni palabra. Pero no te teme y yo tampoco.

Los ojos como espolones, dos espadas afiladas que se fijan abruptos sobre el blanco.

—Lobos de la misma manada. No me conocés, no sabés nada de mí. Al hombre que me hiera lo mato, a la mujer que me desafiara la mato también. Hondo hay que responder para sobrevivir.

—¿Y por qué has venido?

—Lo que diga va a echar tierra —contesta el blanco, se acerca y mientras habla, le toma la cara y la zarandea—. Si Cunampas se consuela con la idea de matarme, ya te lo he dicho, lo enfrento. Las llamas más se alzan cuando se les echa leña, Juana.

Dragones y tormentas

Tesoro:

Estoy dominado por un humor agrio. Los hombres han advertido de inmediato los cambios en mi carácter. “El agrete”, me llaman, ahora, por la espalda, aunque de frente: Sí, ingeniero, sí, don Martinelli.

Delgado está cada vez más frustrado con la espera. Y yo, cada vez más harto de todos los que me rodean. Si me llaman agrete, me conseguirán agrete. Me hace gracia el mote. Nunca nadie se ha referido a mí así. Me gustó el cuento para contártelo. El humor agrio es el humor del desierto y es lógico en cualquier hombre que lleva varias noches sin pegar un ojo. También debo reconocerte que algo de empeño pongo en ser verdaderamente el agrete Martinelli. El sueño se me hace cada vez más reticente.

El lugar es un manto de arena, un lugar sin pájaros y por las noches, mientras busco mi descanso, he tomado la extraña costumbre de despertarme por el sonido de mi propio corazón. La mayoría de las veces se me hace imposible volver a dormir, luego de ese despertar sobresaltado.

Lo extraordinario, para mí, sigue siendo el desgano y la indiferencia con que los hombres soportan la travesía. Por eso es que no entiendo que Delgado se moleste en detenerse sobre los humores que me atacan. Y es cierto que estoy nervioso, grito, a veces me tiembla el pulso y levanto la voz. Por días y noches enteros no hemos tenido nada que hacer. Yo camino, hago flexiones y me recorto los bigotes. De día, hay que dejar que el tiempo se destile en gotas. Leo versos.

Intenté darnos ubicación en el mapa para saber dónde nos hemos enterrado. Según mis cálculos estamos a doscientos cincuenta kilómetros de la Ciudad. Mientras, relevo la vegetación: algarrobos, alojas, añapas y chañares. De ninguna suerte hubiera consentido en

salir de Buenos Aires si hubiera conocido los pesares que me esperaban. En situaciones como estas es una gracia no temer ni esperar lo que sucederá, al fin y al cabo, me digo, qué podría estar haciendo en casa. Hasta el viento zonda que sopla y me dificulta la respiración ha llegado a parecerme soberbio.

Tomé nota de las especies en mi cuaderno y dibujé a mano alzada quirquinchos y lagartijas, pensando en mi hijo. A mi regreso, pretendo deslumbrarlo con esos dibujos y, especialmente, con los cuentos del cabeza de cobra, salvaje forajido.

La única certeza es que hemos quedado pasmosamente mal montados y que estoy lejos de casa. Los bosques Telteca están formados por médanos de dimensiones y aspecto similares a los del Sahara, pero vegetados por un bosque de algarrobo cosido sin hilo a la arena. Algarrobos con las raíces desnudas, médanos que sepultan caminos y se movilizan por el viento.

Los caballos han sido el principal problema desde que llegamos. El agua turbia de los pozos donde abrevaron les resultó purgativa y, desde hace días, la bosta de los animales se escurre como una papilla verde por sus ancas traseras.

Mateo Delgado y yo hemos terminado por declarar insalvables nuestras diferencias. Él está parado con arrogante firmeza en la idea de no hacer nada hasta no tener nuevas instrucciones de parte del Gobernador. Yo insisto en que hagamos algo, entrar a Las Lagunas, pegarnos la vuelta, algo que no sea esperar en medio del desierto.

Hasta este momento, el Gobernador nos había hecho saber su decisión de reanudar las obras del Río Salado y de insistir con la saca de las aguas. Pero ahora nos ha ordenado parar y acampar hasta que nos mande nuevas instrucciones.

Aquí estamos entonces, yo hago de agrete y miro con exacerbada displicencia a colegas y soldados.

Intentaré hacerte llegar una copia de los poemas en los que trabajo en cuanto los corrija. Estoy azorado con el paisaje, y el viento caliente que aquí llaman el zonda me recuerda a los dragones de mis lecturas de antaño, esos que los dioses descuartizaban para crear el mundo, con la diferencia de que este dragón es invisible e imposible de enfrentar. Solo se somete uno y se acostumbra como si estuviera en la misma

boca de la bestia.

Por hoy me despido, mi adorada, dale mis saludos a mi hijo y entregale estos dibujos que aquí le hago llegar.

J. M.

Tiempo Ordinario

Rosalía golpea las manos. Con una varilla empuja la puerta maltrecha. Juana y el blanco duermen sobre el tierral, los pelos revueltos, las carnes a la vista. El lecho es una cueva, dentro de ella, dos pumas enlazados.

Juana se levanta y sale precipitada.

—Juanaaaa, Juanaaaa.

—Y ahora, qué, andás de espía de la Vieja.

—Anuncian nubarrones negros, anoche escuchamos un bramido, retumbó y llegó la muerte de los angelitos. Dos de los niños murieron. Las madres se quedaron sin leche, las cabras también. Ahora todos están en la sombra y buscando venganza.

Juana la mira desconfiada.

—Juana, un hombre habló de tu maldición, Cunampas lo dejó mal herido. Las ánimas de los angelitos están escondidas adentro de piedras grises. Hay una brisa cálida. Vos también la sentís.

Juana no responde.

—La malaria, Juana. Dicen que el blanco mata de noche con su cuchillo y que andan comiendo peludos y tienen agua.

—Acá no hay más que espinillos.

—Tenés que cazar, Juana, los angelitos se murieron, las madres no tuvieron leche. Endiabladas, están que buscan venganza.

—Si no cazo es porque no puedo.

El blanco aparece por detrás. Se ajusta el pantalón. El torso al desnudo, desde el pecho a la cintura una culebra tirante le yergue el lomo flaco y fibroso. Es puro músculo, serpientes que circulan por debajo de la piel, nerviosas. La pelambre dura, ojos de lobo.

—Se van a arrepentir, Juana. En el redondel de la miseria entramos todos —dice el blanco, levanta la voz y mira a Rosalía, con amenaza en sus ojos.

—¡A él! ¡A él lo quiere Cunampas! —Rosalía lo señala—. La culpa de todo se la cargan y uno dijo que lo vio con el cuchillo bañado en sangre de cabras. ¿Te vas a estar así quieta? De enemiga y traidora te van a tratar.

—Se va a irritar más al causante de la desgracia si contra mí o contra este se quieren meter.

—Que te pidan ayuda, Juana. Con el favor de los fuertes, los débiles nos robustecemos. Dejalos que hablen nomás, los lagartos.

Juana despide a Rosalía con un gesto frío, disimula una pena que se le tuerce en la boca. Recia. Otra vez domadora, coraza.

—Si te vieran, una ruina, nada para dar con las manos, ni un músculo para andar con los pies —mientras lo dice, el blanco la toma por detrás y la acerca hacia él.

Juana se suelta, corre detrás de Rosalía y la alcanza. Le acaricia la cabeza. La huele, desde que la Vieja se la quitó, en su corazón se ha perdido el lugar donde florecían las hierbas delicadas y las penas eran magras; la recuerda a su lado, los cuerpos arrebujados, tranquilas y deseosas. Te habrás quedado sin boca y yo sin sustento ni color ni tierra firme ni aire. La Vieja se la quitó, fantasma de malas hierbas, de ortigas y cardos.

—Andá, chinita, deciles que cada cual levante los pies y busque el alimento que necesita, eso deciles. Y vos no te pierdas, que te extraño.

—Chulengueadora, la Vieja no me deja, dice que sos traidora, yo sé que hay que esperar y vos vas a volver.

Pelaje erizado

Por la noche, se entrega al blanco, pero el encuentro les resulta aciago. Al día siguiente, resuelve acercarse a los entierros. Camina, resollando, con los huevos de avestruz en los que escondió el agua cargados en la espalda.

El cielo se ha nublado, dos rayos de luz se cuelan entre las penumbras y el aire hiede a requecho de bestias muertas. ¿Y si cae el agua y si es la muerte la que nos trae el agua?

Se abre paso, intenta acercarse a las mujeres pero ellas la repelen. Cerriles, retobadas, apiñadas. Preñadas, algunas, y otras, con niños chupando voraces los pezones tiesos. La esquivan, la miran enojadas, pidientes y enjuiciando.

—Los críos muertos, maligna, bosta de Cunampas.

Una mujer grita y las otras la socallan.

Juana se acerca. Las ve consolarse unas a otras. Se envuelven, se secan lágrimas. Los párpados de los ojos achicharrados por llantos y los cuerpos magullados. El corazón cascoteado, roto y revuelto, como la tierra donde sepultan a los niños. Los hombres entierran a los niños. Un viento áspero y nubes de polvareda. Están tristes y agazapados. Cunampas les habla:

—Ahora se interrumpe el Tiempo Ordinario, ahora, porque nos han hablado, nos lo han dicho, vamos a entrar en Otro Tiempo. Otro Tiempo que cuando terminemos vamos a celebrar, porque así como la luna viaja y vuelve, así se vuelve al Tiempo Ordinario. El tiempo se nos puso salvaje, han muerto dos de nuestros niños y nosotros vamos a despedirlos y abocarnos a los duelos. Que las mujeres lloren, porque así se les moja la lengua, se calma la sed, pero yo digo que dejemos las armas. Que atravesemos la pena. Si hay ayunos, si hay penitencias, si hay llantos también va a haber fuerza, también se va a alcanzar el vencimiento y la voluntad. Que seamos como cuencos limpios, donde

el agua y la sal tienen su lugar, y el Tiempo Ordinario va a llegar.

Cunampas levanta la vista y ve a Juana de reojo, se interrumpe un instante. Sigue y alza el tono. Levanta las manos.

—Otra cosa también digo y es que el que no es fiel, por su quebrantamiento, va al destierro y llora. El que se presente con armas de traición, a ese se lo va a despachar vacío.

La mira de frente y ya no desde el rabillo de los ojos. Juana está parada detrás de las mujeres, pálida y debilitada. Rosalía le sostiene una mano entre las suyas. Cunampas sigue hablando:

—La aridez de la tierra, para quien no puso su confianza en las cosas del pueblo. Eso es lo que digo, su hoja va a estar seca. Y ahora vamos a seguir con los enterramientos. Y a penar.

Las mujeres se enfilan compungidas. Encolumnadas, una detrás de otra caminan alrededor de las lagunas secas. Cunampas, Marcos y los hombres cargan los niños muertos en camillas.

Se arremolinan alrededor del fuego. Dos cabras arden clavadas en palos. Ventean, humean y destilan olor de carne asada. Las tripas crujen más fuerte que las chicharras.

Llega la muerte y nos atiborra las bocas, dice Juana al oído de Rosalía, no soy yo, viste, chinita, es la muerte la que caza. Y hasta capaz caen unas gotas. Mirá el cielo.

La Vieja ha erigido un altar donde los niños yacen a la vista de todos, níveos, duros y maquillados. Las mujeres los rodean y vuelven la espalda a Juana. Se picotean en silencio, se alimentan en la boca como gorriones a sus crías, huelen a ventolera, a tierra y a tristeza irredimible. Juana se acerca y la piel, pelaje de gatos, se les eriza.

—Tomen los huevos con el agua, es agua blanca, agua de pozo sin sal, para la purificación.

Se acerca más y toca a los niños. La vida cortada se escapa desde los cuerpos agarrotados, silenciosos bajo los vestidos.

La ahuyentan con gestos ríspidos.

Plañideras. Llantos ruidosos y cantos tristes.

Cerca de los cadáveres, la fogata quema hojas. Hay comida pero a ella no se la ha convidado.

Vuelve al cuchitril del blanco. Púas y espinas, colmillos de gatos monteses. Ni una sola me cobijó. Los angelitos. Como ellos, quisiera

estar, dura y cerca de la Cabra.

Cenizas y cicatrices

Los pájaros del amanecer cantan y Juana avanza hundida y llorosa. El blanco la ve llegar. Se recuesta a su lado y cae dormida. El blanco la despierta.

—Estás llorando. Andate a cazar. Atrapá un guanaco, llevalo y rogale a Cunampas.

—Maldito, cabrón, te vi en el sueño, yéndote, en camino a otros valles, con otras hembras, escapando, apareciendo, desapareciendo.

—Llorás por vos, Juana. Yo qué más quisiera, comido y chupado y no cargarte como yegua moribunda.

—Me sacaste de Las Lagunas, te di la vida que la víbora te arrebató, te me metiste en el cuerpo, me cuereaste. No puedo con ellos, pesan demasiado. No puedo cazar por tu culpa.

—Vos viniste sola, me buscaste y ahora nos llevás a la muerte a ellos y a nosotros.

—Cunampas sabía todo de vos, el que un día fue picado por víbora —dice y endurece el gesto—, ese siempre siente miedo a una soga enroscada. Te va a acompañar y el día menos pensado te pica de nuevo hasta secarte.

—Te dije que no provoques, que si me apuran piso tumbas, robo animales, y si me encadenan pateo, pego aullidos y picoteo. Te lo dije. No entendés, carajo.

El blanco se le acerca; Juana, brusca, encarnada, como una espina de cactus. Lo insulta: Traidor, traidor, te veo irte, abandonarme. Eso es lo que buscás. Irte. Lo empuja, se le echa encima con su cuerpazo.

Relámpagos, fusiles de soldados, cerros trepidando. La cólera descendió desde la montaña. La tierra se puso caliente. El blanco estiró la mano. Cenizas y cicatrices.

Tormenta de granizo

Mi estimado Enrique Lopesanto:

Se recordará de mí, ya que tuve el gusto de que un buen amigo común, el Dr. Blanco, nos presentara una noche en el Círculo Militar. Sé que está usted al tanto de nuestra misión hacia las lagunas de Guanacache. Me han comentado que como asesor del Sr. Ministro de Obras, Delgado lo consulta de tanto en tanto sobre las intenciones del Gobernador hacia nosotros. Sé también que usted es buen amigo de Delgado y que por fuente confiable ha sido informado de que yo soy un hombre necesario para ustedes.

Sin ánimo de perturbar su rutina, que imagino ajetreada, me permito escribirle a fin de hacerle saber las consecuencias que la última violentísima tormenta de agua y granizo ha tenido entre nosotros. Como usted ya conoce, la correntada posterior a la tormenta provocó la destrucción de las obras del Salado y nos ha puesto en suspenso.

Lo único que el Gobernador nos ha mandado a decir a través de un enviado es que para él la saca de las lagunas es fundamental, pero que el proyecto demoraría como consecuencia de la destrucción de las obras.

Debo decirle que no ha sido solo la tormenta, sino que además han ocurrido desmanes. Nos enteramos que encontraron las llaves y soleras principales picadas con hacha y cortadas. Tanto Delgado como yo hemos entendido que la destrucción de las obras no solo ha sido fortuita sino también intencionada.

Le habrá dicho Delgado, quien amablemente me sugirió escribirle, que no ha sido buena idea poner dos jefes a cargo de la expedición ya que hemos terminado por enfrentarnos.

A través suyo buscamos alguna opinión neutral ya que a esta altura

de los acontecimientos no logramos ponernos de acuerdo. Mi opinión es que no podemos seguir esperando nuevas órdenes. Ello basado en que no alcanzo a discernir cuánta información tienen ustedes de nosotros y porque la espera nos debilita, nos deja mal montados y hace que los hombres se nos encabriten, mi posición es que hay que avanzar.

Convenimos confiarle a usted, por obvias razones, nuestras cuitas, de modo que esperamos que haga llegar a las autoridades este abandono que nos aqueja y la necesidad de respuesta.

Mis más sinceros y cordiales saludos y respetos.

J. Martinelli

Tiempo Salvaje

Pollerudo, gallina clueca, no me va a trizar tan fácil. Golpeado, pero filudo, quiebre de desfiladero. Matarla. Me lo hubieran agradecido todos; marchita, sin fuerzas, la flor de cactus. Me lo pidió, me entregó el veneno de serpiente. Preferí ir. Andar cargando con dos muertes. No podría.

Sin saber cómo ni adónde ir, avanza. Recuerda turbiamente las indicaciones que lo mandaron a ese infierno. Perdido. Errante. Ruedos, retorteros le impiden la salida. Una planicie fulgura asestada por el reflejo de la luna. Espera la luz del día. Intenta recuperar la ruta, pero se desvía del camino. Vuelve. Divisa una huella que sube y la sigue. El sol del amanecer se dispersa sobre la cuesta poceada. Se soba la panza.

La hembra, él, que para calmarla intenta acariciarla, y ella, que se respinga. A mí, el cuerpo se me dispara. Los hombres somos fuertes, dije. No me provoqués. Avanza montado sin mirar alrededor, llora, se queja y, cuando enfurece, boquetea al mulo con saña.

Tres veces la azoto hasta que se espanta y me echa, le quedan fuerzas para salirme al paso. A él —la tozuda—, que estaba enardecido; ella, que atiza el fuego. Enloquecido, torcido sin consideración. Pero entonces, lo mira y lo envuelve, tiritando de frío y de hambre. Blanco débil, blanco timador, sin ley ni palabra. La golpeó. El miedo de los dos, mudando de cenizas a matadero. El dolor, abriendo hendiduras.

Errabundo. Anda el camino. Hambre de perro. Implora. Rezar por rezar. Señora de los cautivos derrumba del trono a los poderosos y enaltece a los mansos. Esa mansedumbre podrida. Turbado, le da guascazos al burro y lo hace correr. Se guarda por la noche en una cueva tajada, cicatriz en medio de los cerros.

Y se le puso lo de dejarnos morir. No cazaba. La terca, la porfiada. Ojalá se vuelva cordera, dócil. Y los otros con las maldiciones, ahí,

curioseando, hurones carniceros, hasta vernos muertos. Y él, que se le va de jeta. Y ella, que lo mira con ojos cuchillos, tan largo como no lo habían mirado nunca.

Pone a arder un puñado de jarilla y duerme hasta que la luz del día le rasca los ojos lagañosos. El burro maulón, a rebencazos, se despabila y anda. Sube la cuesta empinada. Avista una laguna, se desnuda y desploma. El agua salada le arde en el cuero. Manotea un par de patos. Los espeta en un palo verde y los carboniza apurando un fuego miserable. Zampa, engulle la carne asada, recupera algo de fuerza. La siente, por más que se aleje, lo persigue con sus ojos en sangre, llorando, peregrina, ella también.

El sol en la cara. Adormilado, la cabeza embotada como si hubiera comido un ternero entero. Mira a su alrededor, una huella seca, formaciones partidas, peladales salobres. A lo lejos, un río escoltado de álamos. Un par de vacas flacas. Ojos vacíos, capirotes. Lo miran y se alejan entre un par de quebrachos blancos.

Tirado al sol de la tarde, duerme, la panza atestada. La ve con los codos apoyados en la mesa enclenque. Se inclina con devoción, lo rodea, lo embota y cuando él se entrega, lo odia.

No caza, no siembra, conejo de ojos rojos. Una fuerza que me tomó y me hizo magullarla. Y ella, fiera, pidiendo más, la muerte. Arañazos. La derribé de un zarpazo.

La negrura del crepúsculo se derrumba sobre los vestigios rojo sangre del atardecer. Azul que chirría entre fulgores escarlatas, después, azul rotundo, negro y nulidad. Monta el burro descuajeringado. Descarnado, rendido. Una envoltura de estrellas lo arrebuja.

La Osa Mayor, distinguirla le alivia el cuerpo, sigue una huella que sube acaracolada, hecha y contrahecha de curvas que bordean acantilados.

El viento helado le golpea la jeta. Frío de nieve, frío carnicero, lo hiere a tajos. Aullidos en la noche. ¿Has oído, maulón? Lo palmetea en el cogote. Es un lobo, la puta que lo parió. ¿Cómo rodamos hasta acá?

El burro se irrita y se para asustado. El blanco se apea, tantea ciego. La dejé viva. Me va a hacer todo el mal que pueda. La mula, como la

otra, la serpiente.

A su espalda, a tientas, reconoce un sauce donde acampar. En un alarde de desaprensión ni se cubre, ni se cuida de la alimaña que anda por ahí. Cae.

Esa bravura de aguas

Querida:

Ya te adelanté que nos han dejado parados sin instrucciones y que las cosas se están poniendo sumamente difíciles por aquí. Con Delgado nos enfrentamos furiosamente hace unos días atrás, pero finalmente decidimos hacer una tregua. Ambos caímos en la cuenta de que por más atinado que le pareciera a cada uno su punto de vista (y por ende más fallido el del contrario) lo cierto es que sin órdenes de arriba no tenemos ninguna facultad de maniobra, como hombres juiciosos, entonces, decidimos poner nuestras cuitas en conocimiento de los que deciden y esperar.

Limpio el terreno de aquello que tan mal nos tenía, ahora cada uno anda por su lado y movemos a los hombres casi por aparentar y para que no se nos achanchen ni estropeen los caballos.

La novedad, entonces, es que hace cuatro días levantamos un matrero. Sin preocupaciones de otro tipo me puse a observarlo y de inmediato me hizo acordar a uno de los peones que trabajan en el campo de tu padre, pero todavía no sé a cuál. Sus manos me resultaron fuertes y los ojos confiables. Me pareció de buena salud, aunque lo noté afiebrado. Me gustó como asistente, acá los hombres son lo más negligente y lento que puedas imaginar, aunque, ya te lo dije, el sol es magnífico.

Como te contaba, lo sorprendimos, los hombres lo patearon para ver si estaba vivo o muerto, lo hicieron parar, le dieron algo de agua y lo abordaron para interrogarlo. De dónde venía, adónde iba, por qué vagueaba solo por ahí, las preguntas de rigor, si iba huyendo, fugitivo, matrero o qué. Cuánto tiempo hacía que andaba. Él nos contó un cuento de estar buscando minas para informar a la Ciudad.

Sé que esta historia te va a gustar. A mí, el placer de escribirla me

saca de la desolación de los últimos días. El humo del fuego me pega en la cara. Me acerco aún más para escribirte. Pienso que entre tanta nada algo de brillo puedo sacar de este peregrinaje, por lo menos una buena historia.

Se nota que los extraño, por que vos y mi hijo aparecen reiteradamente en mis sueños estos últimos días, pero agradezco tener a estas horas, aunque más no sea, mi curiosidad. Siempre fui así, oír palabras y después hacerlas picar. ¿Para eso te hiciste ingeniero? Ya sé que me lo preguntarías. Pero la pregunta es más fácil que la respuesta. No exactamente, pero para eso vine hasta acá. La expectativa de sacar algún provecho, una historia que arribe sin afectación, es todo lo que me queda en esta tarde. Por cierto que las buenas historias suelen ser como un zascandil, un ganso con el plumaje erizado, a veces se cree encontrar excesivas virtudes en ellas. Pero es como con las flores del desierto, si solo se les admira el encanto, te dejan sonriente y perturbado.

El fugitivo se mostró servicial y con intenciones de acomodarse, pero nadie le creyó una palabra, excepto yo, que decreté que no era peligroso. Los miliquitos que tengo a mi servicio suelen estar cebados y hasta afligidos por la presencia del salvaje cabeza de cobra, del que ya te conté. La novedad de verme tan confiado en un maleante los alteró y supongo que jugaron apuestas sobre cuán rápido el matrero traicionaría mis buenas intenciones. Hacen apuestas de todo tipo y eso los pone resplandecientes. Cumpliendo mis órdenes lo arrastraron hasta el campamento y por un rato lo dejaron en paz.

Durante el mediodía el fugitivo se recostó y dijo a quien se acercara que estaba afiebrado. Por la tarde, se arrimó al fuego. Rogó por algo de comer y se retiró silencioso como si estuviéramos oficiando un velorio.

Nos miró sin creerlo durante un largo rato: ingenieros, miliquitos y baqueanos. El desierto es inmenso y ancho, no es esperable estar huyendo y que a uno lo levanten así. Su mirada me llamó la atención, tenía los ojos torturados, algo lo agobiaba.

Me le acerqué y él mencionó algo acerca de los caballos gordos. Los caballos gordos son los nuestros, ni lo pienses, no son como los que conocés, esos son flacos y están acabados. Comen los pocos yuyos que

encuentran. A él, nuestros caballos le parecieron las minas de oro que mintió estar buscando. No volvimos a hablar. Durante el resto de la tarde no hizo otra cosa que mirar a los bichos. Este hombre ama a los caballos y supongo que por eso me conquistó. Por eso y por su mirada oscura que oculta algo terrible.

A nosotros no nos dio corte y solo le dedicó unas amables palmadas a los bichos, que parecieron aceptarlo sin remilgo de ninguna naturaleza.

El segundo día, se acercó a los bichos y entabló un diálogo inasible con ellos. Yo me acerqué y noté que mi presencia lo puso nervioso y excitado, como si un viento helado le espoleara la nariz y nuevamente la fiebre le estropeara el cuerpo. Se mantuvo ese día callado y tiritando, estornudó y transpiró como perro, un sudor negruzco le corría por la barba roja y la hacía parecer brillante. Finalmente ordené a uno que le alcanzara una manta arruinada de montura. Se abrigó, se revolcó despierto un largo rato haciendo sonar una respiración furibunda. Nos olvidamos de él.

Mientras te escribo pienso en las razones por las cuales me confié tanto y descubro que, quitando la mugre y esa nariz tan torcida, el fugitivo tiene un extraordinario parecido físico con mi hermano Alejandro. Él es pelirrojo, lleva una melena descuidada, tiene esa nariz aguileña que le habrán torcido en alguna matoneada y los ojos son como dos brillantes monedas de plata, pero está tan ardido por el sol que la piel blanca parece la de un negro. Yo, extrañamente, todavía lo sueño a Alejandro, especialmente lo recuerdo de uniforme, paseándose con su porte de hidalgo y loco caballero pero en este momento prefiero no pensar en él, ya que lo extraño demasiado como para remover en mi memoria el recuerdo empecinado de su muerte.

No puedo dejar de pensar cómo sería amanecer en nuestra cama, me gustaría invitarte a pasear, hoy que es domingo.

Siguiendo con mi historia te diré que al día siguiente, luego de un desayuno modesto, Delgado y yo desenrollamos nuestros mapas sobre unas rocas de pizarra lisas, acariciadas por el sol. Tal como te decía, tras nuestro último enfrentamiento, decidimos tratarnos con el máximo respeto, como si estuviéramos en el aula de una universidad, vestidos y afeitados, aunque en realidad tenemos los trajes cubiertos

de tierra, nuestro aspecto es deplorable y nos detestamos a causa de nuestros puntos de vista, que no pueden ser más desencontrados. Aún así, somos los hombres respetables, el resto son pobres diablos de uniforme.

Esa mañana, el arisco salvaje de la cabeza de cobra iba y venía vociferando. Tiene esa costumbre: habla solo, cotorrea arrogante, marca su caminar, lleva todo el cuero al aire con excepción de un pantalón raído que lo cubre desde la cintura hasta las rodillas y desde su lugar nos clava los ojos sañudos. Nosotros lo miramos con celo y él nos devuelve más miradas y más celo. Es un engendro a mitad de camino entre persona y animal. Una boa de cabeza brillante a punto de afrontar, escupe y camina en círculos como un gallo de riña.

Delgado se había echado de panza sobre la piedra cubriendo el mapa y con un dedo guiaba el recorrido, mientras trataba de captar mi atención. La verdad es que estos últimos días estoy muy desanimado y disperso, solo me interesan minucias, instantes de la vida que llevo, algo que pueda contarte o anotar en mis diarios.

—Vení, serpiente; vení, cabeza de cobra. Este nos va a hacer entrar en la tierra de los laguneros —dije haciendo gala de una bravuconería no muy propia de mí, pero que a los hombres les gusta.

—Si es que antes no nos pierde, roba o se hace fugitivo. Los salvajes como él empeñan a sus mujeres e hijos por aguardiente, se chupan y después se matan unos a otros. Y siempre encuentran la ocasión de vengarse —me contestó Delgado, mientras alzaba la ceja y se limaba una hilera de dientes con la otra. Luego, cambiando de tema, insistió con lo que nos preocupa.

—Los seis mil para la obra del Salado los van a desembolsar. Eso dicen. Pero antes hay que unirlo al Desaguadero. Y recién después, nos tocará a nosotros.

—Es una condición oscura, además de difícil en la práctica —contesté.

El matrero se nos acercó y, al verlo, decidí hacer uso de sus servicios.

—Andate hasta donde están los muchachos y traete unos cigarros, el marucho sabe dónde los guardo —le ordené.

El tipo acató y se mostró obediente, aprovechando la embestida de

suerte que podrían resultarle mis palabras.

Me entregó los puchos y se nos arrimó, esperando alguna otra orden, supuse. Los milicos querían darle una pateadura, ponerlo a transpirar, pero yo, pobre ingenuo, durante todo el tiempo lo creí sincero, preocupado por su suerte. Ya conocés mi tendencia a creer en los que tienen los ojos nublados por algún misterio.

—Todo animal que pasa nadando el río corre riesgo con esa bravura de aguas —insistió Delgado, como si nada lo perturbara, creo que, bastante cansado, de no saber qué hacer.

Separé los ojos del mapa, busqué al matrero y volví a decirle:

—Y ya que sos tan solícito vos, ayudame con esos bultos que hay allá y traémelos.

El matrero corrió empeñado. Yo hice todo eso para molestar a Delgado, que en ese momento había terminado por hartarme.

—No es ni útil ni necesaria la obra del puente en Desaguadero. El problema es el camino del Medio y del Bebedero, aún cuando puedan terminar las obras del Salado —insistió, supongo que con el mismo ánimo de cansarme él a mí.

Le indiqué el lugar donde asentar mis bultos y de reojo vi que les dedicaba una mirada rápida.

—Es el más violento de los ríos, siete metros por segundo, si uno tira una madera, desaparece a una velocidad sorprendente —machacó Delgado.

Por un momento nos quedamos en silencio y fumamos el segundo pucho.

—¿Y si lo tiramos al bruñido ese a vadear el fondo, pasará o no?

—No sé si por baqueano, por loco sí lo creo —le contesté, mientras se nos aflojaba levemente nuestra animadversión mutua. Entonces, se nos acercó el marucho.

No recuerdo si te he contado del marucho, es un hombre manso que abre los ojos cuando habla y tiene un agujero de dientes que le faltan y lo vuelve ceceoso, aún sin hablar suelta por la boca un silbido involuntario. Es un hombre aprensivo, cuidadoso y trata a los caballos como una manada de ovejas. Se acercó con los ojos brillantes y se acomodó el cuerpo con un chucho. Me di vuelta a escucharlo y me confesó que estaba muy inquieto por ciertas miradas extrañas que el

matrero echaba a los caballos. Pero hombre, le dije, como si no estuviéramos ocupados.

Conversábamos con Delgado cuando oímos la trifulca. El matrero y el salvaje peleaban y los hombres sin interferir gritaban a favor de uno y otro. Los dos hombres se tironeaban, apretujaban y retorcían contra el polvo y nos pareció que nadie tenía intención de cortar el espectáculo. El salvaje agarró al matrero por el cogote y comenzó a asfixiarlo. Ahí, lo miré a Delgado y decidimos intervenir.

El matrero se soltó y corrió, lastimado como estaba, golpeado y casi sin aliento se montó en mi caballo, a pelo, y se marchó a andar. Todo ocurrió tan rápido que nos quedamos perplejos.

El matrero no solo se robó mi caballo, sino que, además, pegó un manotazo en mis bultos y agarró puchos y hasta uno de mis diarios personales. Y yo, queriéndolo como asistente. Ya sé, te vas a reír y pensar que siempre me ocurre. Y es verdad.

Lo último, antes de que termine de arder la última llama, verlo pelear al salvaje confirmó todos nuestros temores. El cabeza de cobra es sanguinario como un puma y, desde entonces, anda más distante y altivo que nunca.

Querida mía, recordame tal como me conociste y no te rías ni te asustes de estas líneas que se condicen con la confusión pasajera que el desierto causa a mi espíritu y sabé perdonar los defectos del apuro por tenerte al tanto de mis aventuras y desventuras. Es que estoy con poca luz y solo me consuela enviarte lo antes posible alguna noticia mía, para que, en la medida de tu entusiasmo, puedas contárselo a mi hijo.

Mi amor sincero.

J. M.

Huida y vuelta

Me arrimo a la caballada y agarro el mejor bicho que encuentro. Lo monto, furtivo como cascabel, y me echo a andar como si fuera carrera. Me siguen. Que no sea el salvaje cabeza de cobra. Que no sea, lechuzón, que no sea o soy cadáver. Es el marucho.

Lo arrancó sin montura. Pendenciero. Al pelo del bicho, cayendo y volviendo a levantarse, varias veces. El salvaje me dejó sangrando. Un dolor en el pecho, un hachazo en medio de las costillas, me hizo llorar. Mocos, sangre y lágrimas.

Le da rienda al animal para que lo cargue. Galopa durante varias horas hasta que el animal acorazonado decide parar. La luna se refleja plateada en agua. Se baja de un salto, agarra el caballo de las riendas improvisadas y se entierra en el río. Pierde pie y desaparece. El bicho se le escapa. A su espalda, el marucho ha alzado vuelo y tantea. Otea, gira su animal en seco y da la vuelta para seguir en persecución. Aliviado, el blanco se para, avanza con la ropa empapada. Pesado. Redomado. Intenta dar con el caballo, que se le ha perdido de vista. Lo ve a lo lejos, vadeando el agua que se escaquea detrás de las ancas. Divisa la cabeza altanera, mojada, alerta. Finalmente, lo pierde de vista.

Se refugia. Se quita la ropa y se tira de cara al cielo. La luna, como un ratón alumbrado detrás de las montañas, se oculta. El frío le cala los huesos. Se cubre con arena tibia.

Siempre escabullendo, aún sirviendo al milicaje hubiera estado mejor, ya no tengo vuelta atrás.

Despierta con el cuerpo convertido en piedra. Sopla un viento de mil demonios. Sin caballo y calándose hasta los huesos. Un gemido azota el aire, se le estampa en las orejas congeladas y las desgarra.

Juana. La veo convertida en águila, y yo, tirado a sus pies, pidiendo perdón para volver. La maldita tira embrujos. Cambia de forma. Es

guanaco, zorro que husmea, avestruz y, por último, liebre que escapa. Un cóndor sobrevuela la laguna y se posa sobre un retamo, bicho carroñero. Si yo tuviera pico y alas, no dudaría en atacar. A quién. Se recuesta sobre una piedra y la sueña. Al despertar recuerda a su caballo. Flaco, menesteroso, la barba lanuda, un mechón de pelo rojo y cadejo.

Pelea con los pies en el barro de la orilla. Da pasos de peludo. Busca al caballo. Estará en el infierno. Se tira a dormir entre las piedras grises. Su cuerpo se aleja, sin ojos, sin peso. Oye patas que golpean el suelo, el caballo perdido, vuelto del infierno. Pingo, chuzo, matungo, maceta. Se acerca sigiloso y lo ve, zaino, patas overas. Comiendo de una mata, manso. Se acerca y le acaricia el copete, se arrima, el bicho mueve la cabeza, arisco, y olfatea.

Intenta montarlo pero el caballo oscila de costado, reticente, y lo enfrenta con mirada vivísima. Le aprisiona la mandíbula, se monta y con una varilla lo guasquea.

El animal se encocora. El blanco lo castiga con fuerza. Quieto, que te hago tronar. El caballo olfatea el aire. El salvaje me dejó hecho de cenizas.

El caballo lo arrastra, temerario. Lo monta como bailando, no puede pararlo, ni arriarlo, se ha disparado hacia las lagunas y atraviesa médanos como endemoniado.

Tiene el cuerpo hecho pedazos como si la piel se le fuera a abrir. Su cuerpo y el del caballo se topetan en un ritmo violento, combativo.

La hirió pero ella lo atormentó, le machacó el ánimo y le hizo perder la cabeza. Musita enredado. Errante. Le llega la noche. Un viento frío y húmedo empuja nubes tormentosas. Un aguacero torrencial. Por momentos se guarece y por otros sigue andando sin saber adónde va.

El agua mana y corre. Hombre y animal galopan cuesta abajo, se detienen. Ve vizcachas saltadoras. Una centella cae del cielo. Truenos imponentes remolcan el viento furioso. La lluvia cubre la tierra. Nubes negras recortadas en un cielo que es techumbre, y lluvias que lo vencen todo. Un trueno rompe estrepitoso. Los relámpagos cruzan el cielo como víboras. Busca un lugar propicio, reparado. No hay árbol ni un matorral miserable donde cobijarse. Se arrepiente de todo, si salgo

de esta, entonces, voy a cambiar; si siembro, voy a esperar la cosecha; si viene frío, voy a aguardar la calor, voy a seguir el orden de las cosas, buscar el invierno después de la veranada. El día termina con la noche. Reza. A las bestias carroñeras que esperan mi muerte, a las aguas que me empapan, al monte que me destierra, a la noche esparcida, a la serpiente que me traicionó, a la yegua lagunera, taimada, que me pidió la muerte, ruego, que terminen en su furia. Se resguarda.

Al amanecer, no quedan rastros de la tormenta y con el sol sobre los hombros, arremete el camino. Sedientos, hombre y animal, avanzan por un carrascal abierto y enjuto. Ni un riacho, ni una vertiente. Nada de la tormenta ha quedado en el paisaje. Ni agua, ni reparo, ni sombra. Ve un caldén solitario. El agua, manando desde la herida abierta en el tronco, acumulándose en una depresión del terreno. Se echa sobre el hilo de agua, como los peregrinos, que besan pies de santos. Pero el caldén es un caldén y alrededor solo hay pedregal. Se detiene, otra vez, ruega. Y ahora el árbol me habla. Busca el caballo. Dónde andás, matungo. Ve al bicho solitario que, por obra de sus ruegos, se ha echado al pie de un árbol y duerme.

Rojo, amarillo y anaranjado. Los colores del desierto. El sol le calienta el cuerpo. La cabeza se le aclara. Ve pasar unas liebres. Se apresura a tomar una, la descogota, la carnea y la pone a asar. Come. Una vertiente le brota cerca. Se agacha y, con el cuerpo contra el pedregal, lengüetea, toma, escupe. El calor del mediodía le abre la cabeza. Gruñe de placer. Se agazapa en las dunas. Ve a los laguneros de Cunampas apareciendo de uno en uno, andan a pie. Más atrás y a caballo, el brioso Cunampas. A su lado, Marcos, el Tigrito. Ascienden, por las trochas del monte abrupto. Se acuerda de las palabras del cura, la hora de temer, cuando Cunampas enfila hacia la montaña. Atrás de Cunampas, los hombres forman hileras deshilachadas.

La distancia que los separa es grande. Tendrían que caminar durante todo el día para verlo. Los laguneros apuran el paso, traspasando la claridad del desierto. Los mira andar: tienen el lomo de color ciénaga, el pecho y el abdomen tenso, las cabezas tan negras que hacen vetas bajo el sol. Las espaldas son estrechas y puntiagudas, y las piernas

largas y acopladas al terreno. Marcos anda movedizo, ágil y vivaz, echando silbidos.

Una estocada suave

Sed, muerta de sed, desecada, sola, partida por un dolor lamentable. Tiene los brazos entumecidos y las piernas enmarañadas. Ningún otro traidor, blanco, ningún otro hombre. Sola para siempre, sin hombre alguno. Ahora soy la piedra de Cunampas.

Le di el veneno, le imploré. No lo hizo, prefirió irse. Me dejó, loba enferma. Animal moribundo. Conozco los gritos de los animales cuando les doy la muerte con la estocada suave del hierro. Ya están muertos cuando gritan.

Se fue. No vuelve, que no lo haga. Cunampas se me apareció en sueños. Brutal. Horca con púas de hierro. ¿Serías capaz, padre? Yo era la parte más soleada del valle, la mejor parte de la madera. Ahora, pegada a un blanco con desgracia, trayendo la maldición, empuñándola. Me lo dice con hocico ladrador. Tenés que dar lo sobrante, lo que queda, lo último. El blanco se hubiera ido igual. Antes o después. Cabalgando por el lomo del monte.

Luego de pasar dos días tirada Juana se para, camina lento con el veneno que aún guarda entre sus cosas y lo echa en el pozo de agua. Duerme debilitada y al día siguiente encuentra, junto a la boca del pozo envenenado, una comadreja y un quirquincho bola.

Come sentada, acodada sobre la mesa de algarrobo. Ave nocturna, duerme durante el día y aparece cuando el sol se esconde. Lechuza. La muerte le estuvo cerca. Es la forma que tengo de vivir, cazando, matando. Si me allano el camino, ahora que el blanco se fue, si me acerco y digo a Cunampas, con el guanaco en la mano, que vuelvo a la fuente, que no me mire en contra, que no diga malo o bueno.

Soy la hija, con dos territorios dentro. Uno brutal y carnoso, otro puro espinillo. Uno de brasa, otro que antes se irá enfriando que encendiendo. El blanco se fue. Voy a intentar cazar, aunque no pueda.

Corre tras un armadillo que se escapa y patea a duras penas los peñascos. Encuentra un hierro con forma de cruz, lo retuerce y lo entierra dejando las cuatro puntas hacia arriba como garfios. Un zorro huele la carnada y mete el hocico pero lo saca rápido. Falla de nuevo, como nunca ha fallado. Cansada, tibia, ve irse al zorro sangrando.

Encuentra y recoge frutos de jume. Arranca hasta las raíces. Arremete, avista un guanaco, lo sigue, lo hace andar pero su cuerpo ya no es el mismo. Camina una hora y se sienta sin fuerzas. El bicho se le escapa. Conoce los males, una espina entre el pecho y el vestido. Arremete un sendero estrecho y peligroso donde finalmente divisa dos cabritos. Ve a Cunampas junto a Marcos y a sus hombres, que lo siguen.

Cazadora, el pacto de ley. Ha bajado y arreado los cabritos que encontró. No tienen ni gota de agua desde hace días, amenazó un chaparrón, pero pasó de largo, la recibe la Vieja con su mueca de desprecio.

No quiere que la odien. Ofrece los cabros, ofrece el agua de su pozo.

La Vieja la ignora, pero le recibe las presas, cabritos esmirriados, para darles algo a los niños y a las madres, pero el agua esa que ofrecés, Juana, esa es agua del gritadero, agua envenenada.

Juana recuerda que el día anterior envenenó el pozo.

Es el atardecer. El cielo se empeña en azules y planos cárdenos que alumbran el desierto. Todo es reprimenda y sermón.

Vuelve caminando hasta el cuchitril del blanco.

El blanco está de pie en la puerta del rancho. Juana se para, va hasta el umbral y lo espera en silencio.

—Vení, maldito, no estés fuera.

—Juana, he visto al diablo a la cara. No seas iracunda, rabiosa.

Afuera, pliegues profundos, corpulentos y misteriosos respaldan el desierto hacia el oeste. Juana mira inquieta, desconfiada y errante. Suena un crispín en medio de la noche. Tiene un canto triste.

El blanco se acerca, ella lo aguijonea cariñosa, rama seca, tronco del desierto. Él insiste, le vence la guardia. Marca el cuerpazo, lo friega, ella está muda. Se acarician. El cuerpo de él cubre todo cuanto ella tiene. Se amasan, se maceran.

Abramadero, dormidero, revolcadero

Es la madrugada. Juana abandona el cuchitril y mientras rumia camina una legua. Se arregla el manto. Ahora volvió, ahora sabe que no se puede ir así como vino, ahora sé. Voy a cazar, porque si no, nos vamos a deshojar, pobres como lavados. Cunampas, ni cuatro caballos galopando, tirando de sus extremidades le quitan la palabra. Volver al padre. La flor que cae tierna. Me gustaría volver, decirle al padre: Vuelvo, pero con el blanco, cazo, pero me dejan en paz.

Escala el cerro verde gris, se apoya en una caña seca. Las arenas saltan y rebotan, y algunos chivos se descuelgan desde la punta del cerro, remolcados por trombas de tierra que se precipitan. Patas y pezuñas agarradas al suelo como raíces. Sentada sobre una piedra enorme, avista hacia la cumbre. Con su mano derecha protege los ojos y escudriña. Divisa una guanaca que camina dando trancos cortos. Es una hembra de pelo largo, suave y de color fuego. El pelo de la panza es blanco. Tiene la cabeza pequeña y las orejas puntiagudas, el cuello es largo y curvado, las patas sueltas y finas. Es curiosa. Vení, curiosa, te voy a acorralar.

Un halcón plomizo se detiene en la punta de un acantilado, las mira y desaparece con algún bicho rastrero que Juana no alcanza a percibir. Tiene las alas angostas y las plumas abiertas.

Anda al acecho. Sus pies alternan, codean el terreno. Abramadero, revolcadero y abrevadero. La guanaca sola, corriendo, ¿dónde andarán los chulengos? Cuando crezcan se van a desafiar, se darán mordiscos, patadas, cogotazos y escupidas. Son animales de costumbres, como nosotros. Toman la misma senda para ir a sus dormideros, lugar para retozar y lugar para revolcarse, lugar para los bosteaderos. Como el blanco que vuelve, como Cunampas que me acecha, me marca y me raya. Somos todos como guanacos.

Juana se yergue, se acerca, sus pies son las pezuñas de una cabra

habituada al pedregal; su cuerpo, como el de la presa, es abultado en las ancas pero ágil. La guanaca huye, trota con las patas desenvueltas, lastra cortezas de arbustos. El pelaje de la guanaca relumbra oros y óxidos. La piel oscura y transpirada de Juana esparce el aire y derrama vapores. La guanaca da pasos de hasta un metro y medio cambiando tenazmente de dirección. Juana la sigue en silencio. Sus pasos son ahora tan largos como los de su presa. La hostiga y la hambrea. La lleva, la apura, la inclina a comer, a parar. La hembra camina frágil hasta que se cansa y desploma. No es aún el tiempo de atacarla. Es el atardecer. Mira el cielo, que se pone púrpura, corroído de rojos. Fija su atención en unos yales. El plumaje negruzco fileteado por blancos y el pico amarillo. Le revolotean cerca. Espíritus de algún enterramiento. Y a mí, cómo me van a enterrar. Me imagino en la cueva, con la cara hacia el poniente. Como la Cabra, ¿mamá, dónde andarás? El mismo camino. Estrellas que se le meten por los ojos. Cae rendida. Sueña que se cose un vestido de fiesta. Ella y la Vieja lo tejen y, una vez listo, lo rematan con hilos de todos los colores. Juana está vestida y espera al blanco. La Vieja, en forma de águila, le habla: El arco del padre está curvado y la flecha en camino; las ánimas de tus hermanos, revueltas, y el hombre blanco se abalanza sobre otra mujer. Los ojos de la Vieja águila se ponen níveos. Ojos sin pupilas ni mirada. El águila castiga con el pico, las plumas que le cubren la cabeza. Su vestido es de arena y el blanco no tiene ojos ni tampoco barba. Ella está preñada. Despierta dolorida. Busca a la guanaca, si la cazo le darán a las viejas los tendones y yo me quedaré con la piel.

A la distancia, ve a la guanaca moribunda, caer, frágil, abatirse. Recoge sus cosas. La remata y marca. Un palo clavado en el monte como mástil. Nadie en los alrededores se ha preciado nunca de arrebatar la presa a un Cunampas. Los animales son de Cunampas. Ella es de Cunampas.

Oración de los infieles

El blanco hace su entrada. Carga sobre la espalda la guanaca. Los ojos verde rojo, los músculos de acero, el cuerpo flaco y la barba encendida. El cielo teñido con tonos de fuego: añil, rojo, amarillo y anaranjado. A pesar del colorido, la montaña aparece negra y abrupta, ensombrecida en los pliegues. Se respira una brisa suave y perfumada, a jarilla y ucle.

Cunampas está rodeado de su gente, que anda levantisca y ya propone sacrificar caballos. Dice: Estamos en el tiempo de sacrificios, de hacernos fuertes. No de acabar las pocas acreencias que quedan. Marcos se mantiene a la distancia. La sujeción a Cunampas se está desbordando. Quebrarla como una rama frágil, piensa el Tigrito, el fin nos llega a todos.

Cunampas mira, una vez, dos veces. No lo cree. Maldito. Es el blanco, cargando un animal. Ordena a los hombres mantenerse inmóviles y a las mujeres retener a los niños que se zafan de los brazos que los amarran y corren como grajos a tocar la guanaca, a calentar sus manos en el cuero tórrido.

El blanco avanza cabizbajo, pero desafiante de Cunampas. Despacio, paso a paso, se adelanta por un callejón de tierra; mujeres, niños y hombres devoran el animal con los ojos.

Cunampas lo detiene con un gesto fuerte, le grita que no avance y le cruza el cuerpo.

El blanco pisa el suelo, cauteloso. La guanaca cuelga desde su espalda. Los niños se desembarazan de los brazos que los contienen y lo rodean.

El blanco divisa un chañar añoso y corpulento, y se encamina hacia el lugar rodeando a Cunampas que levanta la voz:

—Antes de aceptar el bicho yo voy a hablar con la renegada.

El cuerpo del animal y el del blanco arden. Se dibujan ambos contra el azul del cielo bruñido como una silueta sombría y deforme. Llega al chañar y desata el animal.

Las órdenes contrarias de Cunampas se disipan bajo el griterío, el alivio y los llantos de los que se abalanzan.

Cunampas duda unos segundos y por fin se acerca hasta la multitud. La respiración del viejo es penosa y entrecortada. Un rictus le atraviesa la cara ancha. Las manos sobre la empuñadura del palo que bastonea. Sus labios resecos truenan.

Los gritos se suspenden y, durante un mínimo instante, los movimientos menguan. Los ojos hambrientos miran al animal y miran a Cunampas.

—Sea. Pero sepan que el animal lo manda Juana, la hija, y no este blanco timador —se aparta unos metros hacia atrás—, es la renegada, que entra con mensajero.

Mientras el blanco intenta abandonar el bicho en pleno suelo la multitud lo sofoca, se abalanza y lo manotea. Encienden un fuego que avivan con jarillas y hojas secas.

Un lagunero de ojos negros arrastra al animal, lo recuesta sobre un tronco y lo degüella.

Otros toman palos, los afilan con cuchillos y atraviesan al animal.

El blanco, en silencio, se marcha de espaldas. Cunampas lo sigue hasta que lo alcanza, lo detiene y le habla:

—Decile a mi hija que, por mucho que traten, el suelo se les va a volver amargo. Si no te echa, se va a arrepentir.

Se aleja despacio, oye a sus espaldas los gritos agudos. Hombres, mujeres y críos chillan de alegría y se abalanzan sobre el alimento.

¿Hasta cuando me seguirá despreciando? Maldiciones. Más de las que tenemos. Que se mueran, ojalá se mueran todos en este desierto, ladinos.

Una hora más tarde la guanaca está desplegada y sostenida por las extremidades. La han atravesado y puesto a asar sobre las llamas que arden doradas y crepitan cuando la grasa se escurre hasta derramarse sobre el fuego.

Poemas

Querida:

Por más que durante todo el día me dedique a la poesía, estoy sintiendo mucho temor y también mucho enojo. Ante la falta de respuesta de parte de los funcionarios a las tres o cuatro cartas que hemos enviado. Delgado, como si nada (la vanidosa paciencia de este hombre es insoportable), ha dicho que, más allá de nuestras intenciones, nuestra posición es tan débil que nada podemos hacer más que esperar.

Yo, mi estimado, le he contestado, estoy seguro que las obras como están pensadas son de completa inutilidad. Como todo lo que se le ocurre a su Gobernador y a sus amigos. No podemos sacarles el agua a las lagunas, con unas obritas de mierda, para eso hay que construir. Si insisten con esa bocatoma de morondanga, lo único que van a conseguir es que el canal se llene de arena y cuando el río baje, toda la obra quede seca. Además de secar a los laguneros y de provocar crecidas que podrían arrastrar a quien estuviera cerca.

Ni me responde, es inútil, está porfiado, y no logro sacarlo de su tesitura de obedecer y esperar.

Mientras tanto, en uso de mis facultades, dije a los hombres que ya que no tenemos una ruta marcada y andamos envueltos en nubes de polvo sería útil relevar cada hito de este médano endurecido. Insistente, he propuesto a Delgado que usemos nuestros sesos para replanear la saca de las lagunas y proponer una alternativa como por ejemplo la derivación de las obras a través del zanjón Astorga. Esa fue una de nuestras últimas propuestas a las autoridades, sin embargo el Ministro nos ha contestado con el máximo de los silencios.

Esta tierra no es plana, aquí todo crece a contrapendiente y el problema es desviar las aguas por cauces en los que otras aguas,

sumadas a las propias, ciegan los ya trazados. Por no hablar de los laguneros, a los que vamos a dejar más secos que arcilla seca.

Finalmente, ayer volví a intentar poner fin a esta desolación y he escrito a Eugenio Manso que me consiga un pase para irme a casa, hasta que resuelvan continuar con las obras.

A Delgado lo amenacé con mi deserción. Ni que fuera milico, Sr. Ingeniero, me dijo con ironía.

Espero estar en casa pronto, mientras tanto, te mando unos hermosos tiestos sobados a mano que logré cambiarle a uno de mis hombres por un mazo de naipes españoles.

Mis amores.

J. M.

El heredero y su prueba

Días atrás, mientras cabalgaban en busca de agua, Marcos dijo a Cunampas que la hora de la iniciación le había llegado. Ahora es mi turno, me debés el mando, Cunampas. Al oírlo se retobó. La herida te duele desde chico y no está cerrada, dijo, y cabalgaron en silencio. Marcos volvió a insistir.

—Dame lo que es mío, a todos nos llega.

—Pero, Marcos, si podría echarte al desierto ahora mismo, desterrarte y ni uno solo de los hombres se percataría. Estás precipitando tu hora. Te voy a dar la iniciación pero vos también me vas a dar algo. Me vas a traer a la traidora. Tenemos que vernos las caras. Yo te doy la iniciación y vos la traés a la mula.

Le saqué a Cunampas la prueba de la iniciación, forcejeando su resistencia. Prometí más de lo que podía. Mentí. Él conoce mis mentiras, sabe que cuando dije que Juana había mandado el animal para preparar su vuelta, y no para desafiarlo, estaba lamiéndole los talones como un perro faldero, pero lo aceptó. Frente a ellos, dijo: Entonces que se haga, la iniciación, el rito, si ya es el tiempo.

Pero a mí, Tigrito, poco a poco, me amenazó con la mirada nublada: Tampoco creas todo lo que yo digo.

Ayunar metido en la cueva, no comer ni ver el sol. El silencio en la cueva, el azote. Acá estoy. De qué otra forma podría saber el destino que me toca. Hijo del traidor, dijo Cunampas, el que nos puso a guerrear entre hermanos. Tu padre intentó guerrear conmigo. Degollado, dijo, tuvo que ser degollado. No por mi mano, yo intenté que no lo alcanzaran, pero lo buscaron alrededor de Las Lagunas, a él y a los que se le habían aliado. Los chasquearon. Yo intercedí, pero la furia pudo más. Me acostumbré a la pérdida y lo honré como pude: A

vos te hice mi hijo.

Por la noche, Marcos sale de la cueva, avista la luna y las estrellas. Imagina y espera el día de ser grande, en una balsa de alto bordo, collares que lo cubren y coronas de juncos adornándole la cabeza.

Se sueña desnudo. Una mujer me empolva con flores secas, y me interno en medio de las aguas. Alzo los brazos. Hago el ofrecimiento echando el animal en medio del agua oscura. Cunampas da la orden y vuelvo a tierra. Al arribar, me paro frente a ellos y, con solo un gesto de alzar la cabeza, mando comenzar los bailes. Los cuerpos se agitan sin compostura. Todos ven venir el agua.

Sueña, imagina los detalles de la ceremonia, su cuerpo imponente, pero un temor le aparece en el cuerpo. En su sueño, Rosalía va y viene, se le acerca escondida de todos, con un rumor: El ñandú sacrificado no ha sido arrastrado por la corriente. Flota quieto en el mismo lugar en el que ha caído. La corriente no lo arrastra y él lo mira. Las llamas toman el monte, devoran los espinillos y no hay agua. Un hombre al que Marcos no le puede ver la cara ordena sacar el ñandú del agua y convertirlo en cenizas, mientras los niños y las mujeres se trastornan por el hambre.

Espera. Distingue pobremente los sueños de los miedos. Vaticinios, resistencia. Alguien llega a la cueva, lo sacude y lo incita a seguirlo en silencio.

—Te conozco. La última vez que te vi eras un chico. ¿Cunampas te mandó a buscarme?

Sigue siendo un chico, flaco y encorvado, y no le contesta. El aire huele a matorrales secos.

Tres días de cueva, piensa. Con el cuerpo ardido y ahora el mensajero mudo, el escamado. Se demora para mirar desde atrás al que lo acompaña. El chico camina erguido, anda medio desnudo, la espalda esquiva, retraído el gesto. Una cuchillada debajo del corazón por la espalda para el que trae las desgracias. Evita mirarlo por más tiempo y lo alcanza. Lo arrea con aires de velatorio. Avanzan hacia los bordos. El mensajero trota descalzo.

—Se corren rumores de vos, que Cunampas y la Vieja han soñado un sueño de bichos ofrendados que flotan en el agua y no se dejan arrastrar por la corriente. Ñandúes que aún muertos luchan contra las

aguas —dice finalmente el chico, Marcos no contesta. Camina al lado sin emitir más sonido que su silbar tristísimo, con un caminar apocado, medio miserable.

En el callejón la Vieja lo espera. El chico lo abandona y ella, sin moverse, lo mira venir, los pelos desgreñados, levemente movidos por el aire. Una figura de arcilla tallada en el aire, de esas a las que las madres ponen pelos de verdad y dan a sus hijas para que jueguen hasta que se rompen en pedazos. La Vieja lo mira con sus ojos níveos y cuando lo tiene enfrente, a poca distancia, le anuncia:

—Venís con cara de saberlo, no es tiempo aún, no todavía.

Cunampas cabrón, lo habrá sabido desde un principio. La nube de los ojos de Cunampas que lo turba. Flaco por los días de ayuno, desairado bajo el cielo nocturno entre tinieblas azuladas.

La Vieja le ofrece vino y pan. Él rechaza aturdido, siente un hambre feroz.

La voz le sale desde la boca como un hilo que hay que tironear, el cuerpo pide respuestas, explicaciones.

—¿Y entonces?

—Y entonces Cunampas tendrá el mando por un tiempo más. Ha habido sueños horribles mientras cumplías la iniciación. Yo misma soñé que un jefe moriría braceando en su propia sangre.

Marcos la escucha en silencio, abre los ojos que se le cierran de sueño, temblequea.

—En mi sueño apareció la muerte de un caballo —dice la Vieja—, la desgracia. —Y sin detenerse se gira como si no hubiera más qué hablar.

Pero antes de irse lo increpa:

—Y comé lo que traje, no seas altivo.

Me escucharon las mentiras con los ojos de cordero, le escucharon las mentiras a Cunampas. Otra vez Juana es el filo del camino, adónde ir sino con ella.

Golpea la puerta. Juana está sola tejiendo. Que me vea firme, me tema. No dar pena.

—Cunampas me niega el mando. Tenés que volver.

—Ya te lo dije, Marcos, no escuchás o qué, me he puesto fuera de sus mandatos. Le enrostré al blanco, le mandé la guanaca, hasta dónde querés que llegue.

—Pero pensá, no se derrama ni una gota de lluvia sobre el suelo.

Juana, la que se fue al monte y ya ni de él, su propio hermano, quiso acordarse.

—Tanta desgracia, tanto mal desde que te viniste. —Marcos habla, pero son apenas murmullos, está débil y no puede tenerse sobre los pies.

Se quedan en silencio, mustios y taciturnos.

—¿Quién te dijo que no hacés el mal, el que no tiene vuelta? —insiste Marcos.

—Y qué te aflige tanto, tarde o temprano te va a llegar el mando, Marcos. No hay nadie más.

—¿Y antes qué? Ayudame, Juana. Te prometo que cuando lo tenga, te dejo en paz a vos y al blanco. Te prometo el favor de la gente.

—Te voy a ayudar, pero no por vos, porque tengo inquina con el padre, por eso. Te vas a ir a cazar, Marcos, y te lo llevás al blanco. Al lago Dulce, al norte de las montañas. Cuando vuelvas vas a tener el mando.

La Noche de la Cabra

¡Miedo a Cunampas!, le gustaría decirle a Marcos, ¡miedo a la muerte! Los hermanos muertos, la madre muerta.

La madre, la recuerdo, alejándose, andando errante, apartada del ganado como yo. Ella no temía la muerte, la rogaba con cantos. Y él se impacientaba. Ella cantaba, arañaba el hierro y él la miraba oscuro: Basta al canto maldito que lamenta, hurga, rasca. Nosotros no lloramos ni cantamos, hundir el dolor, llamarlo por el nombre, se nos pide.

La madre, la recuerdo, pesarosa, bestia que se arrastra, el lamento entristecido, las ganas de ser carne tibia, seguir a sus hijos devorados, desaparecidos. La Cabra.

Y eso ¿por qué? Y qué de mí, la hija, no era consuelo bastante.

No, no lo eras, dice Cunampas, eras la hija de Cunampas, pero no de la Cabra, no, en los sentimientos de azufre que la atacaron.

Algo recuerdo, una pregunta que le hice a la Cabra, cuando estaba llorosa, doliente, penando la muerte de mis hermanos.

—¿Vos también vas a morir?

—Creo que sí —dijo con llaneza, con los pies descalzos, el cuerpo frío, la boca una hoja de hierro.

Me asombro.

Esa noche, la Cabra es joven pero está ajada. Entonces me busca a los gritos y cuando me encuentra, me abraza. Esa noche, las mujeres rodean el toldo. Los hombres vienen llegando. Cunampas con una mano ordena silencio. Entra solo a verla, los cantos de ella no cesan. Afuera la gente espera. Cunampas manda a llamar a la Vieja. Luego, al salir, él levanta las manos, mira fiero, torcido: Está tomada por espíritus malos, dice sin dudar.

La Vieja tiene autorización para exorcismos, tiene todas las venias, puede entrar, salir, hacer y deshacer. El resto tenemos la entrada

prohibida. La arrincona a la Cabra, la aparta y la lleva al cerro.

Yo lloro, las veo partir. La Vieja vuelve sola: Moribunda, tu esposa, dice a Cunampas, y sí, se entregó a lo oscuro, me lo ha dicho, sacándose sangre de un brazo y dejando escrito en la tierra que se daba por entero a las oscuridades.

Hace poco, la Vieja me contó todo, que la posesa convulsionaba, gritaba cantos, andaba frenética, se revolvía contra el suelo.

Cunampas sube a verla. Al notarlo, la Cabra cree ver a los espíritus oscuros que la acechan. Cunampas se le acerca. Ella se aloca, los ojos se le giran, el cuerpo temblequea. Cunampas ordena arrodillarse, pedir perdón y ella obedece, pero bramando.

La Vieja, semana tras semana, sube hasta la cueva donde la Cabra reposa. Era una criatura doblegada, diría cuando le pregunté por ella. La apaciguo pero lo tenebroso busca el desquite como puede, insistió.

Unos días después, la Cabra ha vuelto a los toldos. Está blanca, el cuerpo lastimado, una paloma de plumas rotas, no es linda, lo era, yo la veo y escapo, un ojo le destila lagañas blancas.

Nunca volveríamos a vivir juntas. El padre me ve llorar. Dice: No andés ahora con llantos. Ella puso su lamento, no tuvo fortaleza. De vos espero otra cosa, obediencia, protesta a lo débil.

Vivía más muerta que viva. Morir porque no puede morir, decía Cunampas. Doblándose de dolor, decía el padre, más atada a la muerte que a la vida.

Un año pasó desde la tragedia de los hermanos y ella siguió fantasmal, espectro. La Cabra cantaba o lloraba hasta el amanecer. La Vieja ya no entraba. Solo Cunampas. No pudo deshacer los nudos que la muerte le había tejido envolviéndola como araña. Con el tiempo se la dejó de nombrar. Su nombre nos fatigaba, irritaba las espinas de cardo.

Se tejían fabulaciones, que la veían acariciar el aire como cóndor, que arrastraba la sombra parda contra el cielo. Que tenía verrugas en todo el cuerpo. La risa desgañitada. Nadie la nombraba. La maldita, la llamaban, capaz de matar un pájaro hoy con una piedra que tiró ayer.

Fue en esos días cuando llegó el cura a Las Lagunas y sin que nadie supiera el porqué, la Cabra abrió su boca para hablar con él. El cura la

acarició, le hizo frente a la mirada vacía de Cunampas y a los ojos escamados de la Vieja. La despertó del terror en el que yacía.

La Vieja me diría luego: El cura vio la ocasión de ganarse a Cunampas. Yo advertí que si él, el intruso, hacía de ella un arma a su favor, la lavaría y cuidaría para después llevarla a la desgracia, con otros dioses y otros ofrecimientos. Y así fue.

El cura la miró con la cara descubierta, creyó cicatrizar el cuerpo desvencijado.

Una mañana de julio escarchada, la Cabra se hundió en medio de las lagunas. Nunca apareció su cuerpo, ni hubo enterramiento.

—Se la llevó la corriente —dijo Cunampas—, no supo sufrir, no entendió el lugar donde hemos venido a dar mando, nobleza, vuelo de águilas.

Cunampas, todos, vos también, tenemos miedo de la muerte. Sabemos que llega. Que se mete en medio de la noche dentro de los corazones enclenques.

El hachador del Bosque Telteca

Querida:

Desde hace ya dos semanas decidí abandonar el campamento y refugiarme solo en este extraño lugar llamado el Bosque Telteca. Para que te vayas haciendo una idea de cómo me las arreglo para vivir solo en este desierto que ha empezado a oprimirme el alma te diré que armé una pequeña tienda sobre el desierto llano, que al quedarme sin mi caballo recurrí al marucho, que me entregó uno a cambio de mi brújula bañada en oro, y que ya no me queda más que una cantimplora con agua.

Duermo de día ya que en esas horas los animales no se acercan. Me muevo en sintonía con la vida que aquí cobra substancia durante las horas crepusculares, cuando la temperatura se hace más tolerable.

El algarrobo hace las veces de paraguas al arenal y únicamente permite otro tipo de vida, siempre y cuando uno esté asociado a él. Sin algarrobo se termina la vida. Así y todo he visto mucha tala, mucha destrucción.

Preferí recluirme por un tiempo hasta que mis deseos de acuchillar a Delgado menguaran. Lo nuestro se hizo imposible ya que luego del episodio de la huida del matrero él aprovechó la ocasión para ridiculizarme frente a los hombres y hacer bromas por lo bajo.

Aquí estoy ahora enterrado hasta los huesos en estos medanales. Llevo harapos por ropa, los ojos hinchados y una conjuntivitis severa me asedia.

Esta huida (que ellos habrán considerado humillada) a mí me resultó fructífera ya que anoche conocí a un cura que es el que presta oficios en Las Lagunas. Lo alcancé y lo invité a acampar, poniéndolo al tanto de mis desgracias y aventuras. Por la noche tuvimos un cruce de opiniones sobre religión, él me trató de masón y me pidió mucha

información sobre las obras de saca de las lagunas. Por la mañana, cuando desperté, ya había montado y seguido su camino.

Hoy tengo previsto volver al campamento, estos días han sido suficientes para convertirme en otro, soy un extraño para mí y siento que mi percepción del tiempo y el espacio está completamente cambiada. Lo cual me tiene no preocupado pero sí hace que me desconozca y me sienta temeroso. Por esa razón espero volver a Buenos Aires pronto, imagino un paseo tomado de tu brazo por los parques. Una conversación con los amigos. Quiero ser nuevamente el hombre que fui, aunque no sé si será posible.

Vi hombres aliviándose el cuerpo por las noches, dejando caer sus gemidos en medio del silencio.

Vi a esos mismos hombres despertarse al otro día, remotos, penitentes como monjes, rezando a dioses propios.

Vi hombres con mutilaciones en sus cuerpos, heridas de cuchillos, cicatrices, hernias, y así y todo los he visto moverse como cuerpos de proporciones griegas.

Vi pájaros detenerse en el único retamo para luego escapar con trinos y chillidos en un segundo.

Vi el desierto que no se sorprende ni de la ausencia de los pájaros ni de su presencia.

Alianza de cuerpo

El blanco y Marcos arrancan con los perros. Avanzan una noche en silencio, se ignoran y desairan. Por la mañana ganan el monte.

El blanco le mete espuelas a la panza del caballo y se adelanta. Cabalgan ensimismados, oyen el ladrido de los perros. Patean el fondo de barro duro y liso. El blanco azuza al caballo que se retoba. Sopla un viento caliente. La luz del sol ilumina el suelo arcilloso. Ve una cabra muerta, rasgada, atacada por la carroña y destripada. Un enjambre de moscas la cubre.

—La habrás pasado fieras allá arriba —dice el blanco.

—Para ser jefe hay que comer lo mismo que el pueblo, llevar la misma ropa, sufrir los mismos males y aún así distinguirse. Esa es la hazaña.

Recuerda las palabras de Cunampas: ¿Qué me vas a dar? Me llevo al blanco, a cazar. A pedido de la traidora, me lo llevo, pero no para volver como ella cree. Te lo voy a sacar de encima y vos me das el mando. Recién, entonces, vi a Cunampas reconocerme.

El blanco descansa con los ojos clavados al suelo, siguiendo el andar de una iguana que se arrastra a su lado. Intenta atajarla, pero su cuerpo perezoso no se mueve a tiempo. Fatigado, se estira para alcanzarla, pero esta, con papada rastrera, menea la cola, lo esquiva y avanza sobre el tierral dejando una hendidura a su paso.

No es nadie, este blanco no es nadie, piensa, y lo voy a perder más fácil que una piedra echada a las lagunas. Perderlo o darle la muerte donde el sol se detiene y el silencio se interrumpe.

El blanco se recuesta entre los espinillos e intenta contener las manos, una picazón le fustiga la piel con ardores y lo hace rascarse como un poseso.

Por la mañana se levanta al clarear. Marcos está despierto, sacándole el cuero a un peludo, sin hacerle un solo tajo. Lo ve coser

las botas de potro con el cuero y atarlas debajo de las rodillas.

El sol los ilumina, el cielo es cobertura, el aire es seco y caliente. El horizonte cerrado se les derrumba encima como una brazada. Ese día recorren a pie el terreno, no hay una gota de agua y los caballos están cada vez más duros por el calor. Marcos estudia los cerros que los rodean, dice al blanco que está indagando el paso:

—Allá donde vamos no solo hay cabras, sino también jabalís y guanacos de pestañas largas. Ya vas a ver, blanco.

El blanco desconfía. Aun así, lo sigue.

—A la noche, con las estrellas voy a encontrar la salida —asegura Marcos—, no hay más nada que hacer que echarse a esperar.

—Si lo decís así —replica el blanco.

Irme, rajarme, por ahí, dejarlo al Tigrito solo, perderle el rastro a la hembra.

—Y las estrellas ¿cuándo te van a hablar?

—Vamos a cazar, blanquito, desollar media docena de bichos, destriparlos y cargarlos. Vas a saber lo que es ser grande —dice mientras mastica hierbas, se escarba los dientes y empina la bota con vino.

El cielo estrellado lo entretiene, venganza contra Cunampas, contra la Vieja, contra todos los que lo tratan de Tigrito.

—Ya sé cómo salir. Mañana vamos a llegar al Salado. —El blanco se duerme.

Marcos aprovecha el descuido para tomarse lo que queda de vino. Mira al blanco dormido y piensa en darle la muerte, ahí mismo, pero siente malos designios. La imagina a Juana templada, piedra sobre piedra, amenazante. No infamés, Juana, que si un puma escuchase lo que de mí se espera, huiría despavorido. Decirle que el blanco la traicionó. Se le acerca con el cuchillo en la mano. La luna le ilumina los contornos. Si lo mato ahora, dejo huella. Se empina el vino hasta el fondo. Guarda el cuchillo, se tranquiliza y, después, recién duerme.

Amanece. Marcos despierta al blanco con unas patadas. El blanco se despabila sobresaltado. Encuentran una huella difícil y escarpada. Sus sombras avanzan delante de ellos como serpientes surcadoras. Cabalgan con las espaldas encorvadas. Divisan un puesto y se largan a la carrera con un paso cuidadoso y ágil. Es la hora de la siesta.

—Parece que la ruta del infierno llega a algún lado —murmura el blanco.

El puesto es un páramo. No hay cultivos, ni chacra, ni jardín. En un tarro colgado de un algarrobo germina una semilla.

Tres mujeres solas. La madre los recibe tensa, con la mirada cosida al cielo, que sangra naranjas y bermellones. Espera la lluvia que le llene el pozo.

—Mi abuelo solía tener seis yeguas para pisar el trigo amontonado en las eras, después lo aventaban y sacaban la paja —dice la mujer.

—Lindos tiempos —contesta el blanco.

Detrás del rancho dos mujeres jóvenes los miran desde sus telares. La madre las hace entrar con un movimiento de cabeza.

El blanco y el Tigrito se alejan hasta el río, dando la espalda a la mujer, que se acaricia en recuerdos, y se meten al agua, desnudos, sin hablarse. Marcos caza un pato y ríe. El blanco lo mira asombrado. Para un pato de mierda me hiciste andar.

Salen del agua, se secan al sol, encienden fuego y asan la presa. Marcos le ofrece su cuchillo con un trozo de carne asada. Se desconfían con los cuerpos, escarban sus intenciones, se vigilan las espaldas.

La noche domina todo, la guardia se les agota y chupan con tragos apurados, se pierden entre los laberintos esquivos de la complicidad ebria. A lo lejos, escuchan a las mujeres que los espían. Sin vestirse, corren con los cuerpos chorreando, siguiendo los sonidos de las mujeres. Sin decir una palabra, caminan a raya con los cuerpos cargados. Atan a la madre a la cama y toman cada uno una mujer. Las aplastan. Los cuerpos se estrujan, se hurgan, se rajan.

Durante la helada del amanecer agarran cuatro melones que encuentran como único alimento y se tiran encima unos jergones. Se meten grasa en todo el cuerpo para aplacar el frío y a los caballos abatanados los hacen correr.

La madre los mira partir y, aun con las piernas atadas, les hace la cruz con un cuchillo bendito y murmura el rosario con las manos agarrotadas.

Alianza de sangre

Juana teje, arma collares. La escasez ha extremado su perspicacia para adornarse. Los collares los hace con bosta de las cabras. Perfora los cálculos con un cuchillo y enhebra la lana. Aguarda al blanco y se alhaja escondida de la mirada brusca de Cunampas.

Una zorra que busca la presa, la cazadora, Juana la que da el alimento, decían de mí, no la comadreja espantadiza en que me convertí.

Con los cálculos y los collares que arma, cuenta los días que pasan. El cuerpo y el hambre se dan pelea, el cuerpo resiste. No come, chupa y el vino que ha cambiado por unos tejidos le suelta destellos en la boca.

Cuando duerme el cuerpo se le va, se le pierde entre los cerros, el cuerpo tenebroso, sueña que hostiga a un chulengo, lo caza, lo come, devora. Pero cuando despierta, no encuentra la fuerza. Se acuerda del camino escurridizo, de los animales ofrecidos, comidos por otros, devorados por los mismos que ahora la queman con reproches. Para probarte, para saber lo que tenés adentro, para saber si obedecés o no, le decía Cunampas cuando era niña y la Vieja la engañaba con alguna distracción o hechizo. Ahora, anda amarga. Se siente maldita.

El desierto es el lugar en que se aguza la voluntad, se aguijonea el cuerpo. Tiene el alma triste. Piernas y brazos exangües. Han pasado cuatro días desde la partida y nadie ha visto a Marcos y al blanco por los alrededores.

Este es el lugar que puede matar, dice Cunampas, pero es vivir, es dominarse, reducir la sed, el hambre, tarea nuestra, no de los dioses. ¿Lo es?, le preguntaba ella, inquieta. No hay atajos, contestaba Cunampas. No los hay. El hambre es la cosa primera que se aprende. Ella tendría diez años y un par de trenzas negras que le caían por la espalda.

Ahora, escarba las grietas que el sol le ha marcado en la piel y espera. Hice partir al blanco, le pedí a Marcos que lo llevara. Cuando Cunampas no nos vea, no nos tenga, entonces va a entender lo que es estar solo y no poder, a vos te va a dar el mando y a mí me va a devolver la fuerza, así fue como lo pensé y se lo dije a Marcos, pero ellos no vuelven y yo todavía estoy acá. Sosteniéndome las tripas con las manos.

Marcos y el blanco han dejado la montaña a mis pies y yo que prometí trepar a la cima, disponer el terreno con Cunampas, convencerlo de que nos necesita, darle algún bicho, acá sigo, contraria y resistente. No quisiera quedarme quieta. Me imagino acechante, enfrentando a Cunampas, el brote que mira al padre encrespado, lo amansa, le promete un tiempo mejor, como el monte que se cubre de verde cuando el agua llega. Podría hacerlo pero el temor de enfrentar vuelve, acovachada, diría el blanco, una vizcachera acovachada.

El miedo se me asienta, se escribe en la piel como líneas punteadas. Tejer, armar collares, chupar, olvidarse del alimento. La noche con sus dedos negros me enlaza. Enfrío el cuerpo con vino cuando la luna se asoma. Durante el día todo es dureza. Los mosquitos me amoratan, me buscan y se encarnizan. Froto los brazos con alcohol de algarroba, que se mueran borrachos, como yo.

Por la noche la chicharra canta, durante el día el sol esparce un fuego que lo agosta todo. En la noche el cardo da sus flores. ¿Y si no hablo? El hablar le compete a los hombres, me dijo una vez la Cabra y yo la juzgué débil. ¿Y si callo y espero que Marcos y el blanco vuelvan? Que se ganen los ojos del padre con su propio mérito. ¿Por qué pelear con el padre? Forzarle el mando. Una pena sola me aflige, levantarme, cumplir con la palabra dada. Los mandé a cazar, dije que hablaría con Cunampas, que él me iba a escuchar, no puedo. Espero las voces volvientes, las busco, no están.

Sé por qué ando arrastrada, vencida, como la Cabra. Es para ofuscar a Cunampas, la debilidad es mi ofrenda.

Rosalía me visita de tanto en tanto y me trae cuentos. Tiene cuentos de todos los tipos: de sombras que le hablan por la noche convidando comida y bichos muertos, de enfermos que se curan tomando sangre de las palomas.

—Unos hombres decapitados, Juana —dice, y las manos se le escapan por el aire tratando de dibujar lo que cuenta—, los decapitados merodean de noche y, al atardecer, buscan sus propias cabezas. Pero en la búsqueda, si se encuentran con alguien, le dan la muerte y le roban la cabeza. ¡Descabezándolos! Todo porque esos hombres no saben decirles dónde estaba la cabeza que ellos habían perdido. Y la cabeza la quieren para buscar la comida.

—¿Qué son esos cuentos?

—Los sueño yo.

—¿Qué dice la Vieja de que no estamos ni Marcos ni yo? ¿Qué dice ahora que están solos, ella y el padre?

—Quiere saber mis sueños y me ha contestado que si los decapitados encontraran el guanaco, no cortarían las cabezas de los otros, decilo a Juana, me ha dicho.

—Ya basta.

—Estás triste, Juana. Juanalatriste, Juanalamala —Rosalía canta.

—¿Por qué mala?

—Y los decapitados, la tristeza, ¿qué creés que son? ¿Los decapitados que buscan la comida, ah, qué son? ¿Y Marcos y el blanco? —insiste Rosalía—. Me has dicho que van a traer comida, ñandúes, un guanaco gordo.

—Los espero, no vuelven. Ayer vi, desde la punta del cerro, descolgarse unos caballos, pero no eran ellos.

—La Vieja dice que el blanco te abandonó, que estás como una perra postrada, a lo vaca, esperando.

Juana no contesta.

—¿Por qué no me das algo de comer, por qué no cazás, Juana?

—No hay que ser silvestre, para recibir hay que saber dar, más que dar, agradecer. ¿Vos qué me das?

El pedigüeñar, inagotable. No puedo cazar, tengo el tronco gastado, las ramas tristes, abichadas, perdidas. Ya no sirvo. Ver a Cunampas, hablarle, amansar, me hubiera gustado comer con Rosalía, servirla en la boca, atiborrarla. Y Cunampas, el erizado. Prometí alisar las espinas, garrotear el árbol, la fuerza bruta del árbol.

—Todos enfermos, todos hambrientos. Y vos, durmiendo, chupando. Esperando al blanco que nunca va a llegar —le grita Rosalía mientras

se va.

Juana la persigue, la ataja, la acorrala, Rosalía le echa la cabeza sobre el hombro, Juana le revuelve el pelo, están flacas, las dos tienen los ojos negros redondos y abiertos.

—Decile a la Vieja que me deje en paz, que me devuelva la fuerza que me sacó.

El hambre trae hambre, florece, se sueña. Y en sueños, ahí está, hartándose, empachada de cabras, rebaños enteros. Ha matado una, con una cuchillada en el corazón. Le hunde su vestido en la boca, para no oírla gritar, le saca la lengua, la come con Rosalía y la cabra queda tirada, cubierta de buitres que vienen aleteando, que se picotean unos con otros, se estorban. Se ve poderosa. Los pozos están abiertos, brota el agua. Lo ve a Cunampas. Agua de pozo envenenado, le grita el padre. El pozo es el que encontré cuando vos me echaste, contesta ella.

La puerta del Señor

Un fuerte golpe contra la puerta vencida del cuchitril del blanco y Juana despierta. No espera a nadie. Del otro lado una voz resuena. La reconoce. Es el cura.

—Juana, soy yo. Estoy confesando para San Vicente.

Se viste y abre la puerta. Los ojos lagañosos, sucia, dejada, la piel marcada. Andá a buscarla que si no se nos va a enterrar viva, empacada como mula y con aire traidor, pero no le hablés de mí, que si viene sea por tus propias armas, le pidió Cunampas. Es una mula pero también es noble, piensa el cura.

La mañana se ensancha silenciosa sobre el llano.

—¿San Vicente, decís?

—Sí, estoy preparando la ternera, tengo vino, tomá —contesta el cura y le alcanza una vasija llena—. Una ternera enorme que han mandado desde la ciudad. Hace dos días volví, con comida, y llegué justo porque se nos estaban desahuciando. Ahora estoy en los adobes, tengo laureles y hasta limón de otoño.

Juana, en silencio, se ladea un poco el vestido y saca pecho por el escote. Nunca lo quise, siempre lo odié. Sabés que te tengo bronca. A qué venís. Sabés que odio cuando decís: Cuando muramos, cuando lleguemos a la puerta del Señor, a tocarla, nos acordaremos de todo lo que no hicimos y pudimos y debimos y quisimos hacer. La ternera chorreada del sol de la tarde.

La primera vez que el cura llegó a Las Lagunas, vino con el cuento de la celebración de San Vicente. Habló con Cunampas: La ternera viene regalada, el vino también, dijo. ¿Y vos qué sacás? El cura suelto y sin dobleces contestó: Las confesiones. Cunampas se negó, pero finalmente la sequía y la confianza con la Cabra lo obligaron a aceptar. La Vieja palideció de bronca.

Cuando llegó, era otro, más asustado. Cunampas autorizó la primera

celebración y los dos se sentaron juntos. El cura le contó a Cunampas los cuentos de los que intentaron entrar y a los cinco días se estaban yendo enfermos y en las últimas, los que pudieron irse, y que nadie se había atrevido a aceptar la orden de entrar a Las Lagunas hasta que el obispo De Oro se lo ofreció a él.

—¿Qué quiere decir? —lo había enfrentado Cunampas—. Acá nadie pierde su sombra sino en la noche y por su propio hacer.

—Ya veo —había dicho el cura.

Se quedó, a veces temporadas largas, otras cortas. La Vieja le dio guerra, lo hizo responsable de la muerte de la Cabra. Ni yo ni la Vieja nos acercamos a comer de su mano. Y además ella me contó su versión de las cosas. Te voy a abrir los ojos sobre la muerte de la Cabra, advirtió.

A Juana las tripas le chillan de hambre. Llenarse la boca, atragantarse, antes de hablar con Cunampas, antes de trepar la montaña, atiborrarse.

—Para que veas, Juana, como yo no soy tu enemigo, lo que tengo es para ustedes, si la providencia nos ayuda, haremos llegar el agua.

—No me digás —Juana se mantiene distante—. ¿Tenés tabaco? —Mira al cielo y agrega—: Si vos rezás, capaz que el Cielo llora. Y si nosotros lo hacemos, capaz que el Trueno nos manda sus aguas.

El cura abre su bolsillo y le entrega tabaco a Juana.

Juana arma un pucho, lo pita. Ante el gesto del cura, el cuerpo se abre como rugiendo. Está callado, pero atento a los movimientos de la mujer.

—Siempre en la misma espera, cura, la vaca ofrendada y santiguando laguneros. Esperar que nos llegue el hambre y arrancar confesiones.

—Come el pobre cuando come y lo demás es anécdota.

—Y vos creés que puedo ir así. No me espero tantas blanduras —hace silencio—. ¿Querés entrar?

—No, tengo cosas que hacer —dice el cura.

El padre, la madre, la hija, a todos los he conocido y apreciado, pero ahora están abandonados a su propia furia. La furia es la que trae el hambre, no el desierto.

—Tenés que volver, Juana, un guadal donde se entierra uno vivo, eso es la furia. Un guadal pantanoso de esos que te quitan el aire.

Los ojos de Juana le brillan con un fuego que el cura no había advertido jamás.

Siempre le dije a Cunampas: Tenemos que ganar la aprobación de tu mula porfiada. Ella es importante para los demás. Y ahora, oculta en los medanales, diciendo que no puede volver, que le teme al padre. No entendió que, cuando le dije que venía a llevármela para San Vicente, era por su orden, quién sino Cunampas va a ordenar la visita. La vi muerta de hambre. Es linda, detrás de tanta rabia. Ojalá confiese antes de morir.

Casi tres años de entrar y salir y al final me gusta el desierto, la soledad del desierto, no se puede uno ir de acá como caballo brioso, hay que ser manso, sacar una pata, tantear el terreno, sacar la otra.

Juana lo mira partir, el sol se alza mientras el cura se aleja. Por qué el padre lo tolera, negocia con él y sus favores. Por qué no le das la guerra, Cunampas, como a los anteriores, en vez de dejarlo ir y venir, envuelto en polvo, empujado por el viento, tan suelto.

Confesión

Busca en las montañas a los hombres, encuentra el desierto pelado, la montaña violeta. Acercarse a Cunampas, conciliadora, amansada, pero una idea le viborea. ¿Hasta cuándo nos vamos a arrastrar ante vos, todos, yo, Marcos, la Cabra, como malas bestias? ¿Hasta cuándo? Tengo que volver, conciliar, pero ellos me desconocen, me cierran los brazos.

Se decide, se viste y adorna con collares.

Camina el andurrial desolado. Al llegar, intenta pasar desapercibida. Los hombres la miran, las mujeres le voltean la cara.

Rosalía la alcanza.

—Juana, viniste.

En el patio de la capilla, los hombres se forman tal como el cura pide. Dos mujeres traen agua desde las lagunas y la echan sobre la tierra para ir preparando el altar. Cuando el agua toca el piso abrasador, la tierra se abre herida y echa vahos calientes. Los chicos se embadurnan los pies y juegan con sus manos arrastrándolas sobre el barro.

A lo lejos distingue a Cunampas, parece bravo y sereno a la vez, un puma adormilado, con los ojos fieros y calmos. Mira a su gente, se abren a los tarascones del cura, que lastra pecados.

Juana y Rosalía se acercan hasta el primer grupo de mujeres. Las malas hierbas, hasta cuándo. Cierran el círculo. Pájaros que gorjean, anidan sobre el rencor. Yo también puedo gorjear, acurrucar, abrir las alas. Mejillas secas, esmirriadas, enjutas, las espaldas que me niegan, los pies, las manos, sin sangre, el enojo.

Se suelta de Rosalía y se para al lado del círculo, las mira, ellas con los ojos enterrados en la molienda, le gruñen con la espalda, con la cerrazón de las bocas. Nos hiciste daño, nos dejaste solas, con nuestras carnes, con los críos buscando una leche que no mana, una carne que

no les podemos dar.

Enfrente de la capilla, a unos metros del sitio donde las mujeres se encarroñan con sus lamentos, dos hombres alimentan el horno. Le echan jarilla y los cueros calientes les relucen como armaduras de cobre.

—A ver si me responden, no me traten como piedra que no siente, que no ve. —Las mejillas de las mujeres no cambian de color, el rictus no se les afloja, dos de ellas acurrucan a los niños que tienen en brazos.

—Juana, hablás mal, no hay lugar, somos palomas y vos, gavilán. —Las palabras, afiladas, son dichas por la mujer que protege al grupo desde que Juana se fue. Una esmirriada que ha sacado la fuerza que tenía oculta, una que siempre me miró torcido, una que pretende echarse a volar. Las otras callan, aplastan las lenguas crispadas.

El rechazo se le hace carne, nido de serpientes, enjambre de moscas. La Vieja, dónde estará guardada. No comulga con el cura. Encerrada, murmurando un rumiar rojizo. Mascullando sola, la quejumbre del destrono.

Las mujeres. Espaldas ariscas, caras afiladas, no oyen razones, no, no las oyen, hieren, si no fuera porque cargan a sus crías les doy la guerra. Acercarse a Cunampas. Lo busca. Te veo, sé que comés de la mesa del cura y que lo dejás volar con sus alas desplegadas. Ve que la muerte brilla en sus ojos. O a ella le parece la muerte, mira de nuevo, no es muerte, es herida, comezón de la llaga. Cojea de una pierna, el cura lo acompaña, se muestran altivos. El cura vestido; Cunampas, con el pecho al aire. Un cardo; talones pisatierra, pisamedanales; la columna del viejo se levanta sobre el terreno; el cielo azul los deja andar. Si te vas con el nevado, ya vas a ver lo que es no tener raíces en este suelo, la había amenazado. Es como pedir perdón a los dioses. No vas a hacerlo, le había dicho a Juana cuando ella lloró por la Cabra y pidió perdón por lo que podría haber causado el enojo. Nosotros no pedimos perdón, bastante tenemos con estar acá.

Un grupo de hombres la mira. Se mudan de lugar, se alejan como perros que gustan de moverse juntos hasta la esmirriada sombra de un algarrobo.

Entonces, ve a la Vieja avanzar por entre los toldos, caminar hacia

Cunampas. La Vieja se para y, frente a todos, recita el nombre del árbol más duro, enroscada en sus mismas ramas: Cunampas, grita, y él se da vuelta y la espera. La Vieja ha cruzado por enfrente de Juana sin detenerse. La Vieja y el padre. Afrentados, pero capaces de desplegar las alas juntos. El tronco torcido de ella, si amainara en su bronca conmigo, ayudaría a zanjar el camino y consolaría. El torso de Cunampas se inclina como la llama de una vela hacia la boca de ella.

El cura los deja solos y se pone a trabajar. Rastrea las confesiones. Les busca los pecados como un famélico, a los codazos, se abre lugar. Mete sus manos condimentadas en la carne con cuero. Troza los cortes de carne en pequeñas porciones y las condimenta. Mete sus palabras atildadas. Condimenta sus cuentos de santos y vírgenes.

La Vieja habla sin respiro. Los veo, el bebedero de su entendimiento. Los pelos canosos de ella, el tamborileo del bastón de Cunampas sobre el piso que camina. La espalda estirada. Mástiles que ondean en el mapa. Cuerpos de arena reseca, frágiles pero erguidos.

Rosalía se me acerca y aprieta fuerte la mano contra la suya. Rosalía riendo y el perfume a jarilla la sacan de su aturdimiento.

—Juana, ahí viene —dice Rosalía y respira el aire como una ráfaga, mirando a Cunampas.

Juana lo ve venir hacia ella. Lo espera recatada al lado de un retamo que, aún ajado, ofrece flores amarillas. Cunampas avanza lento. La mira de reojo. Se avistan. No se acercan, no todavía.

Lo veo apoyarse en el palo, escupir sobre la tierra. Medio temblón. Mientras camina, su bronca afloja.

Cunampas piensa: Sí, doy de comer a los hombres que son chocos bravos, les amanso los colmillos afilados, ellos le pagan al cura. Le cuentan pecados, se doblan, pero algo se eleva. Y de vos, no quiero empaque de yegua, todavía tenés tanto que entender.

Tuerce el rumbo y se detiene junto a los hombres que acarrean piedras para armar la pira. Ruega: Que los dioses no vayan a ennegrecer mis planes, Juana y Marcos juntos. Por ella, la irritada, Marcos sabe, yo lo sé, el nevado ese lo sabe, por ella es esta guerra. La arisca. Una yegua con un hilo en la boca en lugar de riendas ahora se acerca, ¿buscará conciliación? Marcos debe estar por volver, con ella y él juntos, yo voy a darles lo que me piden. No va a ser fácil con la

retobada que puede ser flor o espina. Y ahora me mira, me espera, ¿vendrá con los nudos flojos? ¿O con el hierro desparramado?

El patio está franqueado por cinco árboles secos, quemados por el sol y las escamas de la corteza se levantan por el aire cuando una brisa mínima los mueve. Ella camina unos cuantos pasos hacia él. Decidir si entra al territorio de Cunampas o lo esquiva.

—Hola, Cunampas. —Oye los ladridos de los perros que se le pegan a las rodillas.

—Hola, Juana.

Juana quebradiza. Cunampas está de pie frente a ella, altivo, soportado por las patas desvencijadas. Ella escucha el silencio y lo mantiene.

—¿Venís a comer con nosotros?

—No, vengo a buscar a la Vieja y me voy. —Lo mira desafiante—. ¿Vos también confesás? —El padre no mueve un solo músculo, ni suelta palabra. Rebota, hay hielo, nieves eternas, en el corazón de Cunampas.

Querido amigo

Querido amigo Serra Canals:

Estoy tristísimo por el desierto que camino. Todavía no hemos llegado a Las Lagunas y no creo que lo hagamos porque nos han dejado varados todos los funcionarios de rango. Por mi parte he intentado acercarme de a poco, pienso y repienso en estos laguneros a los que dejaremos secos. De a poco me voy formando una idea de las verdaderas consecuencias de nuestra misión.

Quise llegarme hasta los bordos, pero el cura que presta allí sus oficios me informó que Cunampas es el portero con el que hay que entenderse. Aun desafiando el silencio del Gobernador y luego de empeñarme en mi propósito como un perro muerto de hambre haría con su hueso, convencí a Mateo Delgado de que debíamos llegarnos hasta el terreno para conocer el verdadero impacto que tendrá la obra de saca de las aguas.

Con ese fin logré hablar con el cura y le pedí que nos arreglara la entrada. Pero, para terminar de sellar la mala racha que nos aqueja, este nos ha dicho que no es el momento de hablar con Cunampas, porque el pueblo anda muerto de hambre y de sed, creyendo que la disminución del agua y de las lagunas es causa de algún maleficio de sus propios dioses. Levantar la perdiz ahora sobre las obras sería tan riesgoso como atacarlos de noche, nos advirtió.

En el desierto uno es víctima, y los verdugos a los cuales se debe enfrentar son tanto las trombas de arena que avanzan remolineando desde el horizonte como el piso árido, arenoso. Por demoras en las obras hemos quedado varados. Ahora mismo estamos aquí atrapados, en medio del desierto más arenoso que haya visto jamás. No hay pájaros, ni una gota de agua, solo un bosque de algarrobos al que llaman Telteca y nosotros sin caballos porque los que traíamos se

pusieron malos. Estoy disponiendo las cosas para que el grupo de milicos vaya por el recambio de tropilla.

El baqueano que nos ensartaron, un salvaje que nos encajó el Gobernador, nos tiene desconfiados ya que ora nos entierra en un páramo languideciente, ora nos señala una aguada a la que hombres y caballos llegamos agobiados para encontrarnos con un charco cenagoso de aguas saladas.

Mientras tanto sigo buscando el momento de bajar hasta Las Lagunas y celebrar un pacto de conveniencia, la verdad es que por nada del mundo quisiera estar cerca de los laguneros si se ponen en plan de enemigos. Ayer, desde una cerrillada, los pude ver a lo lejos, andaban potreando. Peleando para divertirse y cuando se peleaban se separaban en dos, un grupo que peleaba y otro que veía.

El cura tiene trato con Cunampas y me ha dicho que no hay que asustarse, que la bravura de los laguneros es impostada, pero que ellos, con sus repetidas incursiones por los alrededores, son los dueños del desierto, al que le hablan y del cual reciben consejos. Y nosotros, blandengues ingenieros y unos pocos miliciados, bastante vagos, ociosos y malentretenidos, por cierto.

La guerra contra el desierto, eso sí que no es cuento, ni tampoco la devoción que le tienen los laguneros, a la cual el desierto parece responder. Ando bastante desanimado. La melancolía del paisaje se me ha instalado adentro. Por la noche, se agudiza aún más ante la vista del crepúsculo silencioso y la quietud en la que entramos todos en el campamento.

La tormenta que veo venir sin duda nos va a atrasar en nuestras tareas y desde la Ciudad nos intiman a seguir esperando, antes de empezar las obras de toma del río. Me gustaría saber qué va a pasar con Las Lagunas. Me aflige, y he terminado por aceptar a Mateo Delgado que, en el último de los casos, son órdenes del Gobernador.

El Gobernador, apurado, ahora no escucha nuestros reparos y asegura que nada hay por estos lados para proteger y que, llegado el caso, los laguneros se mudarán como tantos otros hasta donde encuentren el agua que les permita vivir.

También temo a la inundación, la toma de aguas está mal calculada y no hemos podido conocer el impacto que pueda tener aguas abajo.

He recogido relatos de gente del lugar que recuerda, aunque no muy claramente, una gran correntada que, bajando trágicamente en un viaje vertiginoso y fatal, trajo enredados entre ramas y alimañas a varios hombres que vivían más arriba. Uno asegura que fue arrastrado y que, ante la prepotencia del agua, no pudo más que llorar y rezar. Las manos, las fuerzas de los que intentaron salvarlo no pudieron alcanzarlo sin ser arrastrados. Lentamente, las aguas fueron descendiendo, dijo, y varios cuerpos flotaban amortajados por el barro. Lo contó y los ojos se le nublaron.

A eso le tengo miedo: a la crecida, no tanto a dejarlos sin agua. Una precipitación inesperada en la precordillera o en el pedemonte y las obras se van al carajo, los torrentes buscan la huella originaria y discurren.

Mi amigo, espero que a este tiempo ya se haya recuperado totalmente de la rodilla mala que lo tiene quieto en la Ciudad, siga con su retiro que, al fin y al cabo, no es tan feo como lo cuentan. Por lo que me han dicho, anda mañereándole al reposo, hará bien su señora si lo tiene cortito porque hay varios que siguieron el consejo de “haga lo que quiera” y después sufrieron unos dolores impresionantes.

Desde ya venga la colaboración que guste en respuesta a mis palabras, si pudiera hacerle saber mis temores al Gobernador, sería de gran utilidad. Ya sabe, mis respetos a su señora y a Usted, un gran abrazo.

Ing. Martinelli

Mansa

Rosalía y las mujeres me ven y dan alaridos, se quejan entre ellas y canturrean en mi contra. ¿No vas a hacer nada si tu pueblo habla así de mí, vos? Si mi hija vuelve sí, pero no como gata de monte, no agazapada, provocando, me diría. Juana camina, no sabe si volver a comer de la ternera del cura o huir a su cuchitril, camina con toda su piel crispada.

Lo busca, mirame, Cuanampas, mirame que camino hacia vos.

—Y qué, Cunampas, ¿hasta cuándo nos vamos a arrastrar todos ante vos, la Cabra muerta, yo, Marcos?

La Cabra muerta, de dónde, de qué oscuridad le nacen las palabras. La mirada fiera.

—¿Tenés que hacer esta afrenta delante de la gente, Juana? —pregunta Cunampas, violento.

Ella se mantiene en silencio, pero lo desafía.

Cunampas se le viene encima con fuerza, la toma del brazo. La empuja con su torso de cardo, domador de fieras, aun así controla el zarpazo, lo mengua, ajusta el movimiento.

—Soltame —Juana se corre trastornada de rabia—, dejame.

La garra le arrebata el manto con que se cubre. Los que los rodean se paralizan. El padre y la hija tienen lágrimas en los ojos. Quién disparó esas palabras de su boca.

Un hombre intentó sujetar a Juana y ella le clavó el codo, dio media vuelta y se fue caminando lento.

Camina, recoge piedras por el camino. Aprieta los dientes. Vine a conciliar y tiré la estocada, no lo quise, pero se disparó. La intención era noble, pero la furia se asentó. ¿Dónde estaba esa raíz? Y ahora qué me va a curar esta fiebre de ella. Cabra, mamá, con él así no sirve. Otra vez la dureza del suelo, otra vez sola. Durante un rato oyó a los perros ladrarle como a una desconocida. Preferiría ser mansa.

La casa del diablo

El Tigrito me amenazó, que la muerte me toca si vuelvo a Las Lagunas. ¡La muerte! Casi se la doy yo. Traidor. Taimado, le dije. Lo sulfuré, saqué del juicio, lo cegué de furia, perro, insistí. Me tiró un zarpazo y me dio tan fuerte que me volteó. Lo peor que hay para decir a un lagunero, perro, y se lo largué como un escupitajo, un gallo en medio de la cara. El clinudo desembuchó y largó todo.

La hembra se va a calcinar. Resecada, va a pagar con las desgracias que le van a correr. ¡Tanta saña! Lo hizo, la artera. Pinchuda, espuela, aguijón venenoso.

Intenta protegerse de la quemazón del sol. Los rayos le caen limpios en la jeta. Llagas que resquebrajan cara y lomo, parecen escritas por la mano del sol criminal.

Intenta domar el caballo del Tigrito, que se le retoba. No acampo por miedo, si puedo evitar la muerte, la tengo jurada, no la voy a afrontar, así, resquebradizo. Escurridiza la vida. Por muy vida que sea, atada con nudo ligero, se desata. ¡Caballo del demonio! Que tenía lindo paso, se preciaba el Tigrito, y ahora, conmigo, un despojo. Le aprieto el paso y nada, todavía está espantado con lo de la víbora. Ni abrevarse busca.

Date bien por muerto, me gritó Marcos, cuando le arrebaté el caballo. Yo que estaba despavorido después de escuchar la traición de Juana por su boca, atiné más muerto que vivo. Armé mi huida en su animal.

Las hembras, todas, cualquiera de ellas, ni siquiera se alegran cuando sus lanzas alcanzan al enemigo, nada más lo miran caer con la sangre en la garganta. La frialdad no la pierden, ni le rehuyen a la muerte. Cómo tragarme la traición de la serpiente, no entiendo la maldad que lleva en el alma. No supe ver, la escondía con sus carnes dóciles. Carne y sangre, si no es eso, qué es.

Huyendo de los enemigos. Si nunca hubiera llegado a Las Lagunas, si el cura no hubiera arrebatado mi animal, entonces, habría sido el hombre de siempre, al que le cae la noche.

La traidora, que me llevara y perdiera, después de haberme jugado el pellejo, entrando su guanaca de mierda ante la vista del padre.

Le arrebaté el caballo a Marcos, el instinto me alumbró y me monté mientras él juraba que me daría muerte sin vacilar. Si no fuera porque el cuerpo solo se aferra a la vida, me entregaba a los malditos, que me cuereen, estoy cansado. La recuerdo el día de la traición, me puso en manos de Marcos, la mirada esquiva, húmeda de vino y tenebrosa.

La taimada, si me quedaban dudas, con su traición salvaje. Loco debí estar. Infeliz, animal cebado por arrumacos.

Cabalga ardido, cortando con el cuerpo un viento caliente que hace rechinar el aire, por donde no cabalga nadie salvo él. Escapando de una muerte cantada. El sol es de metal, los rayos, hojas afiladas. Se ha atado en la cabeza un trapo y sus harapos, que apenas lo cubren, flamean al viento. Es el atardecer. Anda sin saber adónde va hasta que divisa un rancho. Se acerca. Lo husmea. El lugar hiede a encierro y abandono. Un rancho mustio y roñoso. Una pocilga infecta. El techo de totora apolillada.

Adentro, un viejo, pelo y barbas crecidos, la cara arrugada, abandonado y achacoso, carcomido por parásitos. Lo mira durante un rato sin abrir la boca y, al final, lo hace cruzar el umbral, donde el blanco se ha detenido. Los tábanos lo rodean y serruchan el aire con el zumbido metálico, inalterable. No tiene más que un diente. Le convida, señalando un balde con agua. Llena y vacía de una sola vez, hasta cuatro llenadas y desaguadas sucesivas, un vaso, sin respiro. Se moja la cabeza e intenta alisar las chuzas rojizas. Los ojos abiertos de par en par, la boca le hipa por el ahogo con el agua.

—No me gusta la gente, pero quiero saber de lo que acontece, ¿qué noticia trae? —dice el viejo, y un ojo con cataratas le llora.

—¿Y el bicho podrá abrevar? —pregunta sin atender a las palabras del viejo, solo le ve el ojo lechoso en la oscuridad del rancho.

—El pozo está a la vuelta, salga y busque.

Busca el caballo y lo lleva resoplando hasta la boca del pozo. Le afloja las cinchas y tira la montura sobre el suelo. Toma un balde, lo

mete y lo saca y le da de beber al bicho. El caballo tiene una herida en una de las patas, una herida bordeada de rojo. La cabeza empapada y mira al blanco con ojos aventados, ojos de alambre. Mueve las patas desdeñoso. Él le pone una mano en el cogote, lo soba. Vuelve a llenar el balde y lo deja resoplando. El bicho zarandea la cola y se libra de los moscardones que lo fustigan.

Me va a indagar, piensa, y camina de frente hacia el viejo mientras una tromba de arena se levanta desde el suelo reseco.

El viejo se mete antes que él, enciende un fuego y, en una olla tiznada, mete pan duro y los restos de una liebre cubierta de grasa.

—Y qué quiere. La desgracia, si no hay otra. Con un poco de agua sigo el camino.

En una esquina del rancho se amontonan cueros, charqui, cuerdas enredadas, ají, cáscaras secas, botellas, alpargatas deshechas y basura. El viejo parece un príncipe, todo se acovacha junto, oro y porquerías. Basura, comida, abrigo y leña.

El viejo se mueve alrededor del fuego. A la luz del fogón, el ojo nublado llora.

—El orden me caminó cerca, después de darle la muerte a un matasiete que me robó la mujer. Lo encontré al baladrón y le ensarté el cuchillo en la yugular. Fiambre, como lo había jurado.

El viejo escucha en silencio, sin demasiada curiosidad. Mete condimentos en la ollita. Le alcanza un trozo de carne en un cuchillo.

—Tomá.

El blanco come en silencio.

—Mirá este desierto y vos con carne y agua, no será esta una casa del diablo, esas que él muestra cuando busca confundir —pregunta el blanco, intentando congraciarse.

—No puede un viejo tuerto y solo compararse con el diablo, ahora yo sé que mataste, yo estoy solo y viejo y respiro helado por la mañana. Los demás me traen cosas. Alguna vez les di de comer cuando estaban en las últimas y ya no se olvidan.

Y el viejo este, que uno no sabe si está vivo o muerto.

Te entrego el alma

El blanco y el viejo durmieron, el viejo le acomodó al lado de su catre un jergón y se metió, como un espectro, entre sábanas roídas. La soñó a Juana esa noche. Él anda errante, intentando arremeter un tajo escarpado entre las montañas, y ella le habla: el camino ese ni en verano ni en otoño lo baña el sol. Ni aun teniendo diez pares de pies y diez pares de manos lo vas a acometer.

Por la mañana, al despertar, ve al viejo mirándolo de pie.

—¿Vos creés que si me largo para Chile cruzo? —le pregunta y se refriega los ojos hinchados, limpiándose las lagañas.

—Y, si andás escapando. Enero es el único mes en que se puede cruzar. ¿Cómo llegaste acá? —lo increpa el viejo.

—Vengo de Las Lagunas, estuve ahí por unos meses, ni sé cuántos.

El viejo hace un gesto duro, sorprendido y con recelo, vuelve la espalda y murmura con un tono de voz oscuro.

—Mentiroso y vagabundo.

—Mis cuentos son tan ciertos como los tuyos —dice el blanco.

—Cunampas a nadie deja estar, salvo a un cura que entra y sale. No lo vi, Cunampas es duro y machetea la maleza.

—Es cierto, y es un perro oxidado que cocea y olfatea.

El viejo se aleja, desaparece por unas horas. Cuando vuelve, lo encara.

—Meses decís que estuviste en Las Lagunas, ¿no habrá sido un día?

—Un día, un año, viejo. No voy a hablar. A vos te encrespa y a mí me da en las tripas.

El viejo lo oye desconfiado. Mira al cielo, ve unos nubarrones cargados.

—¿Va a llover? —pregunta el blanco.

—Tiene toda la pinta, pero no creo —contesta el viejo, y se pone a hablarle de Carro Quemado, de los hacheros que trabajan en los

montes de caldén de la pampa.

Los ojos del blanco se inflaman con el cuento. El viejo habla una lengua celestial. Árboles para tirar. Bosques que se alzan. Agua.

—Viejo, necesito ir ahí, te doy el alma si sos el diablo.

Pasan horas, el blanco pregunta y el viejo contesta. El blanco insiste, durante un largo rato, pide la ayuda del viejo para llegar hasta ese paraíso. El viejo duda y, finalmente, para sacárselo de encima le da una cruz. Se la mostrás a Luis Segura. Lo buscás y se la mostrás, le decís que estoy vivo. Si le caés, te va a proteger y vos algún día me la vas a pagar.

Hacia al este, exactamente en contra del poniente, tan difícil no será. Voy a averiguar lo tuyo, si es mentira, no vuelvas, mejor que pierdas el alma que andás poniendo en oferta.

Caballo muerto

Marcos odia al blanco. Camina y odia. Matarlo. Perro, me dijo, perro. Esa noche la luna era roja y yo no había previsto la muerte del caballo. La sangre del caballo, saliéndole por la boca y cubriendo como un manto el suelo arcilloso.

Lo tuve en menos, perderlo, más tarde buscarlo y matarlo, pero la víbora picó el caballo y me trastorné.

Se reclina ceñudo sobre una piedra inmensa, hace girar el cuchillo entre las yemas de los dedos. El cerro que lo enfrenta lo escruta mudo. La muerte sin testigos le hubiera dado, mientras dormíamos, pero oí entre sueños una carcajada. Desperté cebado, dispuesto a dar la estocada y, recién entonces, vi al bicho picado por víbora.

Matarlo y entregárselo a Cunampas. Pero el lagarto se me escapó. Lo tuve entre las manos y fui débil. Juana, en sueños, me miró fijo, encarnizándome los ojos a la espalda; creí que podía apretarlo de cerca hasta que la muerte lo alcanzara sola. Galguearlo por el desierto y que más tarde lo liquidaran los carroñeros, pero la víbora picó el caballo del blanco y nos dimos pelea. Cuando lo tuve ahogado, maltrecho, el blanco se paró en medio del suelo árido, me acogotó entre sus piernas, caminó unos pasos y me arrebató el mío. Y ahora cargar con el desprecio de Cunampas, la sombra tenebrosa.

La noche anterior a la aparición de la víbora, el blanco y Marcos comieron y durmieron. Esa mañana, las montañas refulgían bajo el sol recién aparecido. El caballo yacía muerto con la cabeza volteada sobre la tierra. Marcos abrió los ojos mientras el cielo púrpura ondeaba. Luego el blanco se despertó. Marcos, suspendido en un letargo etéreo, miraba el caballo muerto cuando el blanco se acercó. De inmediato fijó los ojos desencajados.

—El caballo —dijo palpándose el cuchillo, como si fuera a batirse con el culpable.

—Muerto —contestó Marcos—, picado por víbora.

—Muerto —repitió el blanco y escupió sobre la tierra reseca, y con la pierna derecha le tiró patadas al caballo intentando revivirlo o incitarlo.

—El caballo muerto trae desgracias. La única que te puede salvar es la Vieja, pero yo no puedo llevarte, si te llevo conmigo, llevo la desgracia.

—Qué tengo que ver yo con la picadura al caballo. No me vas a dejar acá, infeliz, a pie.

Marcos no contestó.

—Perro, perro traidor, perro roñoso —lo increpó el blanco.

Marcos lo volteó, se trenzaron sobre el suelo. El blanco le torció el brazo contra la espalda y le apoyó el cuchillo sobre la garganta. Marcos se libró dándole un golpe en la espalda y lo tiró contra el piso. Con un movimiento de las piernas puso la cabeza entre ellas y le dobló el cuello hasta dejarlo gritando.

Marcos se distrajo para recoger el cuchillo; el blanco se paró y, no se sabe cómo, montó el caballo de Marcos y se marchó. Recién entonces, Marcos lo corrió y le gritó. Juana me hizo traerte hasta acá para que te perdiera, te abandonara, para librarnos de vos.

Un rezo y un lamento

La mordaz, la maldita. ¿A eso vino? Adónde vas a ir, sin comer, malograda, no me vas a chillar en la cara. Se apoya en el brazo del cura, con Marcos afuera es el único que le queda.

—Antes de repartir le mandás doble ración de ternera a la Vieja y bastante vino.

—Como digás, Cunampas.

Cunampas recuerda el primer encuentro entre ellos. Llegó a caballo, apocado, pidiendo atención.

Empieza la repartija. Todos reciben su porción de carne condimentada, mastican y desmenuzan el alimento sin respiro.

Cueros, huesos roídos y grasas. Las moscas los azuzan, cubren el esqueleto, revolotean, unos rezagados siguen detenidos al pie del horno, buscando migajas. El cura y Cunampas comen en sus sillas y no hablan.

La sombra del atardecer repica sobre los cuerpos silenciosos y los oscurece. Sobre el altar, las velas arden iluminando el crucifijo de madera. Sobre un tablón, el cura tiende el mantel de encajes y brocado. Los ayudantes tocan las campanas en señal de alerta. Cunampas se levanta de su sitio. Se apoya sobre el palo y camina lentamente hacia su toldo. Los perros lo siguen.

A su espalda, resuena la voz melindrosa del cura: Los he confesado porque, cuando el espíritu impuro sale de un hombre, vaga por lugares desiertos en busca de reposo y al no encontrarlo piensa: Volveré a mi casa de donde salí. Pero cuando llega la encuentra vacía, barrida y ordenada y se distrae, se afloja.

Parados como velas, sostenidos al suelo apenas por cordones invisibles, con los cuerpos llenos de alcohol y las barrigas atiborradas, los laguneros lo escuchan.

Cunampas se ha refugiado en su toldo. Un quejido le brota desde las

venas y se eleva serpenteando.

Marcos persigue un retorno huidizo que le esconde las huellas en la noche. Una luz mala lo sigue. Mientras camina, siente que la luz mala se le acerca hasta respirar en su nuca. Marcos toma el cuchillo que lleva atado a la cintura, se da vuelta y atraviesa el ánima en la boca. Primero lo mete con la hoja en vertical, lo saca y lo vuelve a asestar, horizontal. La luz mala desaparece, la hoja de acero se funde y expele un olor nauseabundo.

En su camino encuentra cientos de árboles centenarios muertos o apenas vivos que se yerguen sobre los arenales lijados por el viento. No tienen agua. Secos como nosotros. Piensa en Juana. Qué decirle para amainar la furia. Que el blanco se fue, que era traidor. Imagina la incredulidad. A medida que se interna en el bosque de algarrobos secos, el perfil del horizonte se ondula lentamente, una línea de tono gris azulado y contorno impreciso se bosqueja a sus espaldas.

Un aguilucho que recorre la zona se para cerca. Se miran y mantienen distantes. Está flaco y macilento como cóndor que aun herido intenta el vuelo. La imagina a Juana encabritada como guanaco, echándole escupitajos y salivazos. Y Cunampas. El cuerpo nudoso como un chañar. Sueña que llueven pedradas, el agua nunca llega.

Montes caprichosos

Levanta la vista y choca contra la cordillera. Firma con su pluma, corta prolijamente la hoja de su cuaderno y la dobla. La guarda entre sus cosas, junto con las otras cartas que ha escrito. Esa misma noche va a ordenar a un hombre que las lleve hasta la Ciudad.

El fuego me calma el espíritu, pero estoy cada vez peor de ánimo, y a la conjuntivitis en ciernes se ha sumado un dolor en un oído, que me pone loco. Estoy seguro de no poder conciliar el sueño esta noche ni las que vienen.

Los milicos llegaron de su recorrida, los caballos dan lástima, tienen el pelo reseco y las bocas arruinadas. Los miro llegar y oigo a mis espaldas el estruendo de la tormenta que se anuncia.

Quiero volver a casa, pero estoy amarrado, en medio de desconocidos a quienes tengo que ocultar mis dudas y mis tristezas. Ya no me dicen agrete. Ahora estoy callado, melancólico y bastante débil. Creo que me tienen pena. Mi obsesión es ver Las Lagunas, quiero acercarme, pero le temo a ese Cunampas, no estoy seguro de sostenerle la mirada. Le guste o no, las obras se van a hacer lo mismo, me dice Delgado. Y tiene razón, toda la razón.

El salvaje, cabeza bruñida, pasa por uno de sus períodos de silencio hosco. Todos pasamos por una fase de mudez huraña y hostil. Tenemos los ojos tapados de tierra y las pupilas apergaminadas. Delgado ha decidido no hablarme y pretende ofenderme con su mudez impertérrita. Cada tanto, en lo que supongo unos accesos de furia, me mira desde lejos y respira con dificultad y los ojos cerrados.

Nadie quiere seguir andando hasta Las Lagunas, Delgado quiere volver; yo ya no sé qué es lo que quiero, estoy melancólico y no dormir me pone de peor humor.

Si no puedo dormir, pienso en el salvaje cabeza de cobra, sé que él no duerme. Me distrae, lo creo capaz de hacer todos los males y me

inquieta. En él está la causa de nuestra desgracia, fue él el que nos arrió, llevándonos por repisas de piedras afiladas, entre acantilados de roca dura, para abandonarnos en medio del desierto, enterrados sin poder salir. Hemos tenido que cavar pozos en la arena para poder dormir. No hay otro camino para adentrarse en Las Lagunas, refunfuña Delgado cuando le echo en cara la torpeza de traer como guía a semejante salvaje.

Delgado ha empezado a organizar la partida. La vuelta, nos dijo, nos pegamos la vuelta, y me miró buscando aprobación.

Yo pregunté a los hombres si alguno, con certeza, podía volver a la Ciudad en un tiempo razonable y sin perdernos, teniendo en cuenta las provisiones y el estado de los caballos.

Todos guardaron silencio y el marucho, después de un largo suspiro, dijo: Los montes están caprichosos. Qué querés decir, le repliqué. Que se viene una tormenta brava y cuando eso pasa los cerros se vuelven escabrosos. Levanté los ojos al cielo, los truenos iban hacia el norte. Parece que la tormenta va a pasar, arriesgué, pero ninguno ratificó mi pronóstico.

Creo que les importa poco si se quedan o se van. Con excepción de Delgado, el resto de los hombres está todo el día sin hacer nada, ellos se sientan lerdamente sobre el suelo y allí quedan. El marucho, es gracioso, siempre ve el lado chusco de las cosas, pero su inteligencia orilla lo normal.

Hay que esperar la orden del Gobernador, finalmente sentencié, contradiciendo así mi posición original y contrariando definitivamente a Delgado. El marucho me miró sardónico y largó una carcajada. Por el contrario, cuando las cosas andan bien el hombre mueve la cabeza de lado a lado.

Delgado me miró retobado. Nervioso, detesta las órdenes irracionales.

—Si nos quedamos es porque todavía no terminamos con los mapas —dijo.

—Habremos tardado demasiado —contesté.

—Hemos relevado algunas salinas, anotado los coironales. Pero faltan los ríos.

Otro de los hombres dijo que podíamos volver, pero que no

teníamos la tropilla ajustada.

—Vayan mañana a buscar más animales al lugar de donde sacaron los matungos esos y cuando vuelvan nos vamos.

Me miraron confiados.

El bosque de caldén

El paisaje que envuelve al blanco cambia de cerril a alomado, de desierto a bañado, después tierra fértil, sin horizonte. Más allá, el cielo es completamente azul. Corre en medio de pastos vivos y tiernos. Una llanura inmensa, con cada paso que arremete siente que deja el infierno y se acerca al cielo.

Por la noche, manadas de perros salvajes aúllan en los bordes de los ríos. No duerme de la excitación, y ver una rata común convertida en un animal grande y feroz le quita el sueño. Se lanza tras unas liebres. Come, un ardor suave le nace en la garganta. Un perro lo sigue.

Se cruza con personas que van acompañando a un muerto en procesión fúnebre. Si hay entierro hay cementerio y si hay cementerio hay pueblo, dice al caballo, mientras lo palmea. Ve las manos blancas del muerto, tiembla, un vaticinio, piensa, y sigue el camino sin hablar. Llega hasta una tienda. Dos mostradores de madera oscura con estanterías biseladas se apoyan contra las paredes. Entre penumbras y silencio huele a alcohol y a hierbas. En un mostrador se despachan remedios y en el otro se sirven alcoholes.

—Voy a trabajar a la tala de caldén y necesito algunas cosas, en una semana vuelvo y te pago todo. En prenda dejo el cabestro y la cabezada.

El del mostrador se le acerca, mira con curiosidad. Cabestro labrado, cabezada con hebilla de plata y oro. Esto no es tuyo vagabundo, dice, esto es de lagunero.

El bolichero acaricia las labraduras y mira de reojo al blanco.

—Y ¿qué querés?

—Pan, un cuchillo, un sombrero. ¿A cuánto está el campamento?

—A un par de días. Si seguís derecho, mañana deberías encontrar el camino. Si lo ves al capataz, decile que la hembra que tiene abandonada se le ha metido con otro.

—¿Con quién?

—Conmigo —dice, y larga una carcajada ronca.

El blanco no se ríe y el bolichero se festeja solo.

—Vagabundo, por el cabestro robado este, te doy un cuchillo y un sombrero. No pidás más.

—Está bien.

El tendero se mete tras una cortina sucia que pende detrás de él a buscar el sombrero y el cuchillo. El blanco mira de reojo algunas botas de vino que cuelgan desde la pared junto a unas ristras de ajos secos y, en un movimiento hábil, baja una, que esconde entre su ropa harapienta. El tendero vuelve con un cuchillo desafilado. Una ruina de cuchillo. Desde el mostrador le tira un sombrero de paja. El blanco, los toma y sale. El tendero se queda mudo y empina una botella de alcohol dando sorbos cortos. Y el escamado este qué andará buscando.

El blanco acaricia su caballo. Lo mira: el lomo lleno de mataduras, las costillas salientes, las pezuñas agrietadas. Y ahora con una soga de mierda en lugar del cabestro y sin cabezada.

Se acerca manso. Ve hombres reunidos. Son cinco y tienen pinta de llevar una vida errante mandada por el azar de sus contrataciones. Hacen fuego para limpiar el terreno de los fachinales. Desensilla ante una mirada general de desinterés y se acerca al capataz. Dice que busca trabajo, el capataz le mira las manos, es duro y casi no habla, finalmente, murmura: Quedate, total mañana nos vamos todos. La semana que viene cuando vuelva veo, por ahora no hay paga, quedate con el viejo, preguntale a él si quiere compañía.

El capataz le tira un hacha a los pies y lo pone a voltear caldenes.

Al blanco, el caldén le resulta una columna de roca. La madera veteada es dura como una piedra.

La noche llega disipando el rojo y los hacheros después de lavarse un poco se acercan a un fogón. Un viejo que tiene los ojos rojos y los dientes negros le ofrece una manta.

—Creo que mañana lograré tirarlo —dice.

—No, si no encuentra la raíz macho. Solo cuando se la ataca, el árbol cede y cae —le advierte el viejo, mientras chupa el cigarro que tiene en una mano—. Este monte da leña de primera y es bueno para

ocultarse.

El viejo cierra los ojos y dormita sentado, mientras su respiración sucia y densa irrita el aire. Se retiran cada uno a sus carpas. El blanco despierta al viejo que tambalea dormido, y el viejo sobresaltado se para y se encamina hacia la suya. El blanco lo sigue y el viejo lo hace pasar. Luego de un rato de intentar dormir, y no lograrlo, sale a armarse un cigarro. Sin que él lo advierta, un jabalí lo acecha y le resuella a unos metros por detrás de la espalda. Oye al animal. Lo sospecha hozando en el barro, buscando brotes, lombrices, reptiles. No lo ve, pero lo oye chillar y resoplar. Repentinamente el bicho levanta el hocico y voltea la cabeza. Los ojos negros brillan furiosos. Con las pezuñas levanta la tierra. El blanco, intentando no hacer ruido, camina muy lento hasta la carpa. El viejo, entre dormido y despierto, saca un rifle que esconde bajo las mantas. Lo carga y dispara. Alivia el primer tiro casi sin respirar.

—El mejor lugar para meter un tiro. El culo.

Tres perros rodean y torean al animal herido y el jabalí cae. El viejo arrastra de un brazo al hombre y le enseña las pezuñas. Son tan largas como cuchillos.

—Con estas pezuñas se apodera de todo.

El blanco le señala los cuervos que se mantienen alertas, mientras el viejo extiende la mano callosa sobre los colmillos afilados como espadas.

—Son jotes negros, se alimentan de carroña, de animales enfermos y hasta de recién nacidos.

—Ya sé lo que son, viejo, son de mal agüero.

—Para nosotros bueno, porque vamos a comer —replica el viejo.

Uno de los perros alcanzado por los colmillos del jabalí sangra de una herida en la garganta. El viejo lo cura con un poco de aguardiente, mientras le pasa el fusil al blanco para que remate al jabalí. Una vez muerto, lo arrastran y esconden debajo de un montón de madera apilada.

Con las primeras luces del día el capataz levanta a los hombres del sueño. El blanco se pone a hachar, pega golpes cada vez más fuertes y certeros. En el primer descanso de la mañana, el viejo le acerca un

jarro con agua caliente, verduras y una mancha de grasa que flota.

—Sopa con pan, aceite, sal y hueso —le informa el viejo como si de su boca negra salieran palabras convertidas en flores.

Retoma el trabajo y sigue macheteando el tronco que se le resiste. La raíz macho. Es el único que sigue empeñado, el resto de los hombres se ha echado a dormir hasta que el sol mengüe. El blanco se arma un cigarrillo y lo comparte con el viejo, fuman en silencio. Más allá, el rajador se acerca y descarna los caldenes. Los hombres recogen la paga. Algunos se van al pueblo en busca de mujeres, otros vuelven a sus casas.

El viejo y el blanco se quedan solos en el campamento.

—Soy Luis —dice el viejo—. ¿Vos quién sos?

—¿Vos creés que el capataz me va a tomar con paga si me quedo? —contesta evitando la pregunta.

Quién sos, matrero, quién sos, cuánto tiempo hace que nadie te pide el nombre; fugitivo, soy, el blanquito, soy. Nadie, soy.

—No lo sé. Preguntale a él si te paga. —El viejo lo toma del brazo y lo lleva hasta el horno de latas y ladrillos y entre los dos prenden el fuego. Alistan el horno, lo caldean con la leña seca, ponen a asar el jabalí. La noche se les revienta encima. Hay tantas estrellas que parecen cardúmenes de un mar infinito.

—Seguro que vino no tenés —dice el blanco—, yo sí. —Se levanta y busca la bota de vino que le robó al bolichero, dando el primer trago al viejo, que sin hablar se sonríe calmo y meditabundo.

Están tirados bajo el cielo rebosado de estrellas, cada tanto el viejo se para y camina desvencijado hasta el horno y vuelve con trozos de carne. El blanco come, se arrebata, el viejo muerde lento, apacigua la masticada; los dos chupan como hienas. Una lechuza les aúlla cerca y el primer lobo de pelo se aparece por ahí.

—Las orejas grandes le sirven para protegerse del calor y dar con las presas —señala el viejo, mientras tienta al lobo uno de los huesos.

El bicho es desgarbado, avanza con la mano y la pata del mismo lado y lleva la cabeza gacha.

—Anda con el crepúsculo, sale cuando la primera estrella aparece y se desaparece con ella, tiene fama de lobisón por el grito ronco. La gente le teme. Para mí es el amigo que me ha dado el monte. Y vos

¿de dónde apareciste a estas tierras?

—Viejo, si te cuento… Vengo de Las Lagunas. Llegué escapado después de darle la muerte a un infeliz que me robó la mujer. Así atraqué. Quería trabajar y tener mis animales. Ya me habían dicho que a Las Lagunas no se entra, pero el cura habló por mí. Después, una víbora me atacó y una hembra curó la picadura, me quedé con la hembra. Al principio la tomé como se toma a cualquier hembra regalada, hasta que empecé a sentirme gualichado. La peor perra que te imaginés, todo fue falsedad y engaño. Pensé que me moría hasta ayer mismo, cuando llegué hasta acá y vi claro, me están dando otra oportunidad.

El viejo está dormido, envuelto por las palabras. El blanco, hipa y llora sin notar que habla solo hasta que advierte que el viejo duerme e intenta despertarlo, lo zarandea.

—Viejo, mirá, mirá lo que te traigo, una cruz que te manda tu hermano. —Saca la cruz del bolsillo, se la pone al viejo en la cara. El viejo lo corre, lo espanta con las manos y patalea.

—Qué cruz, qué hermano, dejame, zaino, dame algo para apagar la sed. —El viejo se desploma. El blanco carga al viejo sobre su espalda y lo tira en la carpa.

Esa noche el viejo murió asfixiado en el incendio. El blanco logró escapar. Borrachos, atiborrados, el fuego traidor los sofocó mientras dormían. Como serpiente ponzoñosa se fue extendiendo, lastrando los pastizales y la madera. Arrastró su panza voraz entre las picadas llenas de arbustos secos. El blanco despertó atontado y corrió hasta la carpa envuelta en llamas donde dormía el viejo. Lo rodeó con una manta y dando manotazos al aire cargado lo sacó de allí ya asfixiado y morado.

Caminó durante toda la noche por una llanura de paja brava. Una sombra que tose, un gemido a medio camino entre llanto y sollozo. Los algarrobos, los caldenes y los chañares en llamas pusieron a brillar el monte, y el cielo se cubrió de bocanadas ennegrecidas y espesas. El blanco caminó sin saber adónde ir y lo mismo hicieron los pumas, los zorros y las liebres. Todos arrastrados sin rumbo por el camino del infierno como cardos venteados por las ráfagas hirvientes.

La hija del padre

Marcos entró con las manos vacías, brusco y arisco. Es la hora de la siesta y los callejones están desiertos. Ni los perros se levantan al verlo llegar, tirados a la sombra, abren sus ojos, paran las orejas. Uno de los chocos olfatea el aire y se rasca con una pata el lomo retinto, un costillar que puja por salirse contra la piel, el pelo apelmazado.

El viento sopla, Marcos avanza por el callejón que lo lleva al toldo de Cunampas en medio de una nube de arena. La imagen del blanco lo persigue: Nos vamos a volver a ver, se jura.

A medida que se acerca, el polvo arcilloso se le pega al cuerpo. Llega y golpea las manos. La cara ancha de Cunampas, relieves duros, una máscara impasible.

—El maldito se escapó.

—La Vieja me habló de un caballo picado por víbora, ¿fue el tuyo, Marcos? —pregunta Cunampas.

—Fue el de él, pero el ladino se fue con mi caballo.

—Por lo menos tenemos el camino limpio para andar sin el nevado en medio. No va a volver. Hay que hablar con Juana. Me la tenés que traer, si la hacés tu esposa te doy el mando.

—Se nos va a encabritar, nos va a escupir en la cara.

—No la conocés...

Juana lo escucha en silencio. En el infierno de su cuerpo hay confusión. Pide que le repita la historia.

—Se fue, dijo que, al fin, estaba listo para irse, que ya no tenía el corazón puesto con vos.

Ausente, indaga el sentido de las palabras que ha escuchado, palabras que se oyen pero no se ven, le chirrían en las orejas.

—Y que el hambre nuestro no era el suyo —insiste Marcos para romper el silencio de Juana. Ella puede morir calcinada por el sol,

despeñada en la cima de un monte y seguir viva, pero, ahora, lo mira como un cadáver sepultado, la piedra, el cóndor, la adorada.

El maldito. Un demonio sin nombre, vagando en la tierra, que alguien lo limpie, se lo lleve el cerro, en alguna escarpa. Es pasado y traición. Una entraña que va a penar y llevar la maldición adonde vaya, eso es. A mí me van a pedir el arrepentimiento, reconocer la traición, la aspereza. A veces, la verdad está sepultada bajo un montón de bosta que hay que remover para encontrarla y, otras, está lejos o ni siquiera está.

Puedo ir hacia ellos y pedir el perdón, rogarlo, pero ya no voy a ser yo. La del ánimo torvo, la del cuerpo amargo.

Cuando por fin se para, camina hasta la puerta del cuchitril. Es de noche. El látigo de la revelación le saja la espalda. La furia se le urde en las entrañas. Como la Cabra, echarse a rodar hasta que un peñón la pare.

Ellos y yo estamos encadenados juntos. Los abandoné. A Rosalía, nos arrellanábamos juntas hasta que la traicioné. El blanco, que la muerte le endurezca el cuero en la travesía. Ojalá muera.

Volver, maleada. Una araña se le acerca silenciosa, Juana no se mueve, propicia el encuentro. Cunampas, hablame de la Cabra, le había dicho al padre cuando la Cabra estaba enferma. Los gritos de su boca, los que suelta la Cabra por la noche, Juana, esas no son palabras para brotar de la boca de mi mujer, hay que amansar el dolor y atravesar encrucijadas, respondió él.

Creí que yo era la hija del padre y a la Cabra la arrinconé. Quise ser la hija del padre, lo fui hasta que apareció el maldito frente a mí, me atravesó y soñé que había vida, sangre, fuego y aire afuera de Cunampas.

Me odio. La que se salva sola, decían, y yo me hundía pedregosa en las garras del tramposo. Ahora, allanada y hundida, quiero morir a los pies del padre, cazar el guanaco escurridizo, ponerlo en las manos de ellos. Y no puedo. Atemorizada, débil, por el odio que acalambra. Si me echara a los pies de mi padre, le dejara ver las heridas, la sangre en la boca.

Nadie debe fiarse de mí, como nadie debía fiarse de la Cabra. El cuerpo se me carbonizó, ceniza es lo que queda.

Juana se ha dormido tirada en el suelo, está cubierta de polvo y con la cara tan sucia que es difícil encontrarle los ojos cerrados. A sus pies, la araña a la que rogó la muerte se mueve voluptuosa y negra, confundiéndose con las piedras.

Rosalía la despierta.

—Juanaaaaaa, una araña te ha hecho un círculo alrededor y vos dormís, dura.

Juana despierta, su nombre dicho como un alarido prolongado le explota en los oídos. Arde de fiebre y tiene el cuerpo cubierto de picaduras y enronchado.

—Juana, tenés que hablar, levantate.

—Que preparen la ceremonia, Rosalía, que me tome Marcos como esposa. Que me hagan ofrenda.

Rosalía corrió como una liebre. Juana sueña, camina, corre, se acerca, ve relámpagos que le zigzaguean en el cuerpo. La luz del sol la achicharra. La montaña le abre la boca y la traga. Tiene un cuchillo envainado en su cintura. Ve los dientes del hombre de cabeza grande que se embuchó a los hermanos. La araña que le ha trazado el círculo la abandona, se aleja, pero Juana la sigue, la alcanza y, cuando la tiene a la mano, le asesta el cuchillo. La araña se deshace y el círculo que la rodea se ensancha hasta volverse inmenso. Juana camina, ve los huesos de sus hermanos. Ve a la lechuza, la Vieja convertida en lechuza. ¿Vieja, por qué estoy acá? Esto no es para vos, vos no sos maqui. Rosalía, sí; vos no, Juana, contesta la Vieja.

La lechuza se posa sobre una roca y agita las alas hasta desaparecer en el horizonte que se cierra sobre sí mismo en una inmensa nube negra, gris y rosada. La lechuza vuela con la cabeza ladeada y sostenida, con los ojos amarillos siguiendo a Juana, hasta esfumarse. La lechuza desaparece y sobre los hombros de Juana, dos enjambres de moscas verdes se apiñan. Comienza a amanecer. El lucero todavía se asoma entre las brumas del oeste. Juana despierta, prende fuego. Calienta el cuerpo, hurga los miembros adormecidos. Empieza a clarear. No está rígida y no tiene frío. Está lista para el sacrificio.

Aves inquietas

Escucha su andar amortiguado sobre el suelo caliente. El fuego que se descuelga. Descerraja el monte. El viejo ardiendo y los animales fúlgidos corren, corremos, como hormigas, abandonamos el hormiguero. La oscuridad, el humo que quema, devora y arrasa. Los nudos endurecidos, caminando en una maraña. Cuidarse el cuero. La vida se ha vuelto turbia y arisca. Cualquier hombre que se confíe a los laguneros es carne muerta, me despellejaron. La hembra me ablandó la boca, la flor amarilla. Revolviéndome las entrañas. La tormenta se acerca por el sudeste. Los nubarrones se asoman torvos y negros en el horizonte, aves inquietas vuelan anunciando la borrasca.

El bolichero desde el mostrador lo mira curioso.

—¿Otra vez vos, matrero?

—Me salvé del incendio.

—¿Y qué hacés todavía rodando por acá?

—Un antiguo amor de ojos negros.

El bolichero le larga una carcajada siniestra y después con voz estentórea lo interroga desconfiado.

Todos los que están cerca le deben. Alimenta baqueanos, los dueños de tropilla pasan por alcohol y carne. Ayer cerró el último trato. Miliquitos y otros baqueanos de poca monta llegaron buscando un recambio de tropilla. Les dio algunos de pelo reseco, el hocico caído, y ellos pagaron por adelantado, ahora vuelven por más.

—Algo sé hacer, trabajar, hasta poder ganarme algún abayado, o un yeguarizo de pelo ratón, el que sea, abichado, le curo los gusanos. —El que lo escucha lo va a cornear, no le tiene pena ni es su amigo, púas en los ojos.

—Estás achacado, ¿no? —El bolichero se ríe envarado.

No contesta. Perro rengo, eso, perro rengo. Hasta los desgraciados temen por su suerte. Busca en vano un lugar para quedarse. Sopla

viento. Los caminos están desiertos. Se siente enfermo y antes de que lo hostigue la noche, vuelve a la tienda.

Toma la escoba que está apoyada sobre el marco de la puerta, la agarra con las dos manos, la levanta y grita:

—Quiero trabajar.

El bolichero lo mira lento y sobrador.

—Dame un lugar para dormir un par de noches hasta irme —suplicó, aunque le hubiera gustado decir: Mercachifle, hijo de puta, cara de escuerzo, si sabés que estoy clavado.

—Y de qué.

El blanco mira al bolichero, lo va conociendo.

—Fui caballerizo. ¿Sabés cómo se vende un caballo gastado?

El bolichero le sube y le baja la vista.

—Te lo digo si me das manta y lugar.

—Una manta, si no lo sé. Lo llego a saber...

—Le metés dentro de las orejas municiones, se vuelve brioso.

—Media colcha te doy por eso.

—En las manadas de un pelo, solo deben haber dos yeguas madrinas y mientras estén desocupadas no deben acollararse con los caballos.

—Qué, lecciones de yeguarizo me vas a dar. Cosas que me interesen o te hacés humo. Seguime.

Caminan unas cuadras calle abajo y llegan hasta un corral. En el corral hay caballos y en el patio, gallinas. Un hombre sale a recibirlos, el bolichero se acerca, cruza unas palabras con el hombre y el blanco espera atrás.

—Hoy ni vos ni yo vamos a dormir. El jefe me ha dicho que te vigile y te pregunte. —El hombre que habla, resopla y todo lo que dice lo pronuncia con dificultad.

—¿Me vas a dar de comer? —pregunta.

—Depende de lo que me digás, la noche es larga.

En el corral, una yegua abarrosada, el pelo con reflejos plateados, y un potro.

El dueño de casa trae algo de alcohol, dos choclos y un par de mantas.

—¿Cuántos caballos tenés en la tropilla?

—Catorce en la tropilla, dos yeguas y dos yegüitas de cría.

—Una vez tuve un bayo boca de seda. Era como yo, puntero, siempre lejos, querían acollararlo por porfiado. Lo perdí. Cogote de cisne. Un bagual soberbio, engreído y alzado. Le doblás las orejas, se las atás firmes con soga hasta la cola, así hasta el más indomable se deja montar como oveja.

El dueño de casa arma un cigarrillo y lo ofrece al blanco. Arma otro y lo chupa.

Acá brotás, acá florecés

Marcos y yo —hojas de dos árboles, hojas frágiles armadas de rodela, arco y flechas— sabíamos que íbamos a terminar así. Sí, lo sabíamos. Juana, la hija; Marcos, el Tigrito. Cunampas lo destinó a ser mi hombre. Hice todo para escapar, acá estoy. Busqué al blanco. Ahora, el blanco maldito no está, si estuvieras te diría: Blanco del demonio, blanco de mala muerte.

Acá estamos: Marcos, el Tigrito; Rosalía; la Vieja maqui y Cunampas, el padre. Estoy yo, también, la hija. Quise escapar.

Antes de empezar la ceremonia nos miramos. La Vieja, el árbol negro, la sombra de Cunampas, ascensiones al cielo o descendimientos al infierno, ella traza los caminos. La Vieja y Cunampas finalmente te sacaron de mi vista, blanco, con la mejor arma, la de tu traición.

Con el Tigrito, tanto aventarnos en silencio para al fin, con los ojos clavados en el suelo, decir: El mando es el mando que en todas partes está.

Me enredé con vos, blanco, creí que podía anudarme a vos y así y todo servir a mi pueblo, cazar, cumplir. Disparé mis flechas, blanco, pero doblaron su camino.

Las nubes se me tiñeron de rojo. El corazón en sombras, blanco. Cunampas me dijo: Angustia hay, desvelo hay, cansancio hay y el orden dado. Ser la hija de Cunampas. Eso hay.

Me encajaste la estocada final, me pusiste mala, si no te hubieras ido gallina espantadiza, ahora me verías vos también, caminando hacia la ceremonia.

Me dirías: Juana, a mí me corrieron, me usaron, Cunampas igual te hubiera entregado al Marcos. Juana, las montañas fueron tu tumba. A ustedes el sol les sale con obediencia y a todos les llega el acatamiento.

Antes de entregarme a cumplir la voluntad de Cunampas y de su pueblo, supe que te habías ido, conocí tu traición.

Me quise morir, elegí una araña venenosa para que me trazara el círculo. Algo en mí se rebeló y al final no me quise morir. Te odie más a vos que a mí, ¿será eso?

Ya sé, me dirías: Siempre rogaste la muerte, Juana, la desafiaste, la adoraste como si en ella estuviera tu fuerza.

No lo sé, lo único que sé es que ahora obedezco al padre. Ahora cuando ya no hay nada adentro. Todo entregado a vos, al blanco. El taimado, me dijo la Vieja, ese es tu pesar, mezquina.

La ceremonia de entronización comienza. Marcos camina con un sayo de colores bermellón y naranja que lo cubre desde la cintura hasta las rodillas. Aunque está flaco y ojeroso no se avergüenza de presentarse así.

Los hombres han volteado un alazán que patalea y mientras el bicho relincha tirado contra la tierra, dos ayudantes elegidos le sostienen la cabeza señalando hacia el este. Una fila de hombres se forma a cada lado del patio y las mujeres se paran en el centro. Los hombres las esquivan, se acercan al caballo y lo cubren con una manta. Es el mediodía, van a levantar a Marcos en brazos y a sentarlo sobre el alazán.

Lanzas, punzones, el Tigrito recibe las armas que le ofrecen. Cunampas le dice: Marcos, acá te apartás de tu vida anterior como la piedra que corta la raíz. Se monta y los hombres lo siguen, al llegar hasta el borde de la laguna desensilla, guasquea el alazán, corre tras él y lo enlaza.

Lo desnudan. Voy a untarle el cuerpo con barro y espolvorearlo de pies a cabeza con flores secas. Mis manos recorren sus piernas, al llegar a su ingle encuentro la rama de un bosque dormido. Un quebracho tallado, me acuerdo de vos, blanco, relinchando a lo matrero. El Tigrito sube a la balsa cargada de ofrendas y, ante la orden de Cunampas, se embarca aguas adentro. De pie sobre las márgenes de la laguna, sobre la tierra arcillosa, parda, como suele ponerse en los bordes, lo vemos entregarse a los dioses. Quisiera humedecer un bosque dormido. Sí, quisiera, pero estoy seca.

Si me vieras, tan seca, ¿así me vas a querer?, le preguntaría a Marcos, el Tigrito. Enjugada, escurrida, ¿así me vas a hacer tu esposa?

No le importa. La ceremonia sí, eso lo desvela, la entronización, el mando que está por recibir, eso le importa.

Ahora mi pueblo no me rechaza. Estoy seca pero ellos no lo notan y, si lo notan, no le dan importancia. Seca, arcilla horneada.

Cunampas no parece él, se muestra compasivo conmigo y obsequioso con su gente, pero yo lo veo sombrío, irritado por los mosquitos que lo punzan. Los pensamientos que lo acosan.

Ya me van a buscar, te dije, lo que no sabía es que iba a acatar tan fácil.

Cuando Cunampas supo que finalmente yo, su hija, me disponía a cumplir con su voluntad, él solo agregó: Juana, acá brotás, acá florecés. Mi hija no se malogra como una traidora.

La Vieja, la que nos amenazó sobre los males que nos devastarían si resistíamos las órdenes, te acordás, blanco, la que me replegó sin fuerzas mientras vos y yo dormíamos juntos, ahora, ella y yo nos paramos juntas.

Me acerco y le susurro en un oído que la ceremonia me da risa. ¿Qué cosa has dicho?, me pregunta. Nada, Vieja. El ceño fruncido de Cunampas. Lo frunce de una manera que ella y yo conocemos. Cuando lo frunce así es porque sondea la forma en que se encaminan sus deseos. Ella me diría: Qué altanera, Juana, es el padre, Cunampas.

¿Cuál es la buena raíz?

A la entronización sigue la alianza, mi casamiento con el Tigrito. Yo me pregunto ¿todos sabían que esto iba a ocurrir? Las mujeres me visten. Pido a la Vieja que Rosalía me acompañe y la Vieja me advierte: Las mujeres de compañía deben ser casadas o mayores. Doy mi primera orden de mando: Rosalía tiene que estar todo el tiempo conmigo. La Vieja hace un gesto con los hombros, frunce la nariz y se va.

Cuando supe de tu traición, me quise morir, blanco, pero Rosalía me encontró. Esa noche de llanto me metí en el círculo de la araña, pero Rosalía me despertó. Levantate, Juana, levantate de ese círculo inmundo, después me tomó la cabeza y me dijo: Esta vez sí que te nos vas, chulengueadora, esta vez la invocaste.

Quiso irse conmigo. Morite, Juana, me gritó, yo me muero con vos.

Me tambaleé un poco, me quejé un poco, cuando por fin desperté, me vi casi muerta y, más muerta que viva, le pedí: Andá con el mensaje de mi sacrificio a la Vieja. Me entrego. Soy ofrenda, andá y deciles. Durante unas horas dormí sin el peso de mi sueño de arañas en los párpados, con el cuerpo liviano.

Rosalía volvió con las órdenes de la Vieja maqui: Estar en ayunas durante tres días, podés tomar agua, comer estos orejones hervidos que te traigo, no probar nada más, y menos que nada, sal.

Hace meses que ayuno, le contesté.

Nos tiramos como leonas, nos convidamos los orejones una en la boca de la otra, desnudas, respirándonos los cuerpos, el olor a flores de los cuerpos que retozan.

Ahora, antes de salir a la entronización, vuelvo a escuchar su risa y me doy cuenta de que ella está más preparada que yo para lo que viene. Yo no me río. En cambio, Rosalía se ríe y canta:

Chulengueadora, me hacés reír, me dice.

Tampoco lloro. Y entonces descubro que las armas con las que pelea cada uno son siempre las mismas, la mía es darle la mejor muerte a los bichos, el mando es la de Cunampas, los celos de Marcos, la risa es de Rosalía, siempre las mismas armas, la Vieja todo lo ve y todo lo oye.

Las vestidoras me rodean con un cinturón ancho de cuero. Lo ajustan tirando con fuerza sobre mis carnes. Rosalía mira y canta, es la única que canta y con su canto incomoda a todas las que estamos en el toldo, con el canto y la risa que nosotras ya no tenemos. ¿Cuánto tiempo hace que mis mujeres y yo no reímos juntas? Desde siempre.

La Vieja hace una entrada fugaz, silenciosa, y pone a Rosalía una mano en la nuca. Rosalía cede en la carcajada y me mira con un dolor que se le hunde en el cuerpo. Yo no, yo no tengo dolor. Tampoco compasión, ni por mí, ni por nadie.

Afuera, el piso está cubierto de flores, han alzado el altar sobre un tablón. Hay higos y uvas, mientras esperan pasean, no andan famélicos, ya no son escurridizos. Aguantan el calor y manotean moscas. La tormenta se acerca, el consuelo.

—No voy a tardar en salir —anuncio.

La tormenta. La Vieja la presagió. La Vieja. Nunca voy a saber si me quiere o no. Tampoco si yo la quiero o no. Tu desgracia es ser la hija del padre, me ha dicho. El agua es tu desgracia, Vieja inconmovible. Siempre anunciando lo que va a venir.

Ahora no sufro, acepté el sacrificio y, cuando salga, toda esa parte de mí va a estar muerta. La Vieja me mira y sin que yo abra mis labios me replica: Qué altanera, Juana. Guarda silencio por unos segundos y agrega: Opacás la altivez del padre, de Cunampas.

Me demoro. Así y todo lo único que quisiera es que la Cabra, la madre, estuviera. Me consolaría. Ni lo intento. La Cabra murió y yo la haché de mis recuerdos. Agotador el olvido, siniestro el olvido. Desde el día en que la Cabra se fue a morir a las lagunas de aguas heladas, Cunampas y yo somos de piedra. Cunampas, un montón de piedras, le dije a Rosalía. Vos también, me contestó.

La muerte de la Cabra me hizo chillar, bramar, quejar. Me repuse y no volví a chillar, gruñir, quejar hasta que apareciste vos, blanco del demonio. Chillar como animal sacrificado. Quién sabe mejor que yo

cómo chilla, aúlla, gruñe el animal cuando se lo estoca para rematarlo. Las heridas se van cerrando, blanco. La tuya no, esa no vacía ni desagua.

En la ceremonia todo ocurre como está previsto: para Marcos y para mí, el corazón de una yegua carneada. Lo comemos rápidamente y en silencio. El corazón de la yegua carneada masticado limpiamente nos convierte en esposos. Así de rápido.

Hay gallinas que picotean el suelo, un gallo de riña al que los hombres chuzan y hacen aletear. Los retamos están secos, el aire cargado, las jarillas ardientes, y bajo una enramada, se guardan mujeres y niños. Hay flores que cubren el patio y ramas espinudas. El cura que ambula, esta fiesta no es suya. Mamadas, peleas. Escapar del hambre, apelotonarse las tripas con grasa, chuparse, qué rápido, hace unas horas, este era el lugar de la sed y el hambre.

Cada uno cree que ese que quiso ser fue un sueño y que no hay que volver a soñarlo. Cunampas quisiera no haberle prometido a Marcos el mando, ni yo haberme enmarañado a vos, blanco, ni que me secaras.

Hemos salido del Tiempo Ordinario y entrado al Tiempo Salvaje, dirá el padre. Y agregará: Hay hombres, árboles, plantas y animales de raíz pérfida, y hay plantas, árboles, animales y hombres de buena raíz.

¿Cuál somos nosotros?

La amarra invisible

Cunampas está solo en la margen de las lagunas. Bajan por la pendiente vientos calientes que le abrasan el cuero, la frente. Cuando oscurezca sabré qué hacer. Aliento rancio, el viento del desierto. El suelo de arcilla rasgado. La tormenta nos amenazó dos días pero se alejó.

La Vieja lo busca, olió el aire, escarbó, removió hasta encontrarlo.

Un murciélago y un sapo. Cuál es cuál, los dos al borde del agua estancada. Sapo y murciélago.

—La tenemos a ella, eso vengo a decirte, tu hija vuelve y el Tigrito, con collera y con pocas agallas, igual va a dejar que se oiga su rugido. Vos lo escogiste, que nunca dejaría de existir en tu casa que estaba abierta, dijiste.

—Es débil.

—No, si están juntos

—Ella también fue débil.

—Endeble a veces.

—¿Vos creés, Vieja, que me llegó la hora?

—También a mí me va a llegar.

Amanece. El cielo se ha puesto opaco, herrumbroso. Las nubes densas flotan. Se retuercen. El aire ruge contra los cerros, silba, arremolina. Ojalá caigan chorros. Ojalá truenos y relámpagos se claven como espadas de acero.

La hija, la que anduvo desertada. No creí que volvieras, no tan rápido, tan terca, no creí que fueras a volver así, atropellada, apresurando lo que el tiempo debía regar. Los rechazaste a todos, no imaginé este sacrificio tan rápido, agarraste la velocidad del rayo, Juana. Y el Tigrito desdeñándome, la voz irritada de la Vieja, la hiedra que me envuelve, yo, el árbol vencido.

Se acerca al toldo de Juana.

Juana se asoma y reconoce la cara rencorosa. El padre que no se resigna. No es fácil el acuerdo. El padre al que la hora le ha llegado. Rastrero y espinoso. Se malquieren. Padre e hija. El dolor no se ve. La hija es el brote del árbol. El padre da la sombra donde ella quiere arrojarse a descansar, a cerrar las heridas que le duelen. Vas a vivir larga vida, sobre todo si te recogés en medio de esta noche oscura y tormentosa, le gustaría decirle. Ahora nos mostramos juntos, como tigres de la misma familia. La flor de cactus se cierra al ponerse el sol y se abre cuando el sol nace. La historia se aprende. Ahora me buscan y yo me entrego.

—¿Cuánto falta, Vieja? —pregunta Juana.

—Poco.

—No puedo salir, no soy la que quieren, tengo el cuerpo seco, no puedo cazar como antes.

—Qué arrogante, Juana, nada de lo que hubieras hecho o podido hacer o dejado de hacer te hubiera dado otro destino.

Te espero, Juana, acá estoy.

Tigrito, son pocos lo que se dan cuenta de que uno cambia, cuando cambia.

Pálida y ojerosa te veo, muda. Seca, reseca, pero viniendo, acatando, cediendo. Acá estás como muerta, pero estás.

Te traicioné, Juana, hay secretos que matan a unos y a otros los hacen más fuertes. No fue de bestia feroz. Lo hice cuando los árboles estaban deshojados. Un peladero seco. Mirame ahora, puma, custodiando el divisadero. Si el cuchillo de Cunampas me lastima, me curo las heridas, Juana, de un lengüetazo. Todo el tiempo oliendo traición y ahora, lo hicimos caer con el lazo a Cunampas. Si supieras toda la verdad… La Vieja la sabe. En el cielo se abre una culebra de fuego. ¿Seguirás resistiéndote?, una varilla que se dobla. Te tengo enfrente. Altiva, espantada pero altiva. La torva. ¿Los otros no te ven? Yo te veo, Juana, bufando, encrespada. Amenazante con los enemigos. Yo no soy enemigo. La emboscada, la ratonera, soy, pero la lluvia llega.

Los animales corren y los relámpagos iluminan el desierto. La tormenta, relámpagos que van de una nube a otra trazan tajos en el cielo.

El agua que les escurre desde cada nudo o extremo. Los cuerpos de los que se mantienen bajo el agua, mirando hacia el cielo, se transforman en fardos. A sus pies el agua que cae abre cauces. Calados, el cielo llora, moja sin retaceos. Rayos brillantes se suspenden en el aire, retorcidos como raíces de un árbol. Un resplandor que ilumina el cielo, una tempestad cercana, descarga.

Quitar atributos a los otros, prometer grandes cosas, a los señores de lo ajeno vencerlos, echarlos a comer el polvo. ¿Podrás adivinarlo, Tigrito?

Llovió y el río arrastró cadáveres de bestias, árboles, riachos salidos de cauce, extendiéndose por los terrenos bajos. Los callejones se hicieron corrientes, los toldos se desplomaron, las lagunas fueron mares.

Si te lastima, te cura

Conocen el camino hasta lo del bolichero, lo han hecho de ida y vuelta en dos días. Los hombres avanzan en silencio. A su alrededor se divisan las líneas oscuras que forman los matorrales sobre los riachos secos. Cruzan las pendientes de guijarros, llegan hasta un lecho recubierto de malezas. Uno de los hombres desensilla y con lápiz anota en el mapa el descubrimiento del bañado. Continúan la marcha, la arena entreverada con vetas de arcilla reseca y quebradiza somete el paso de los caballos a espesas polvaredas. Los que marchan atrás apenas pueden ver por dónde andan. El polvo es cegador y sofocante. La noche es negra y sin luna. No se acampa. Al amanecer llegarán al puesto de recambio de la tropilla, buscarán caballos buenos, dos mulos para las cargas del campamento y se volverán. Cada uno echado a su suerte. La suerte, que si te desgarra, te venda y si te hiere, te cura.

Las plantas, las rocas, el fuego, el agua, todo está vivo. Ellos también, con la vuelta a casa bulléndoles en las cabezas.

—Ahí está el colorado, el blanco matrero ese que andaban buscando. El mismo zaino —dice y lo señala a los hombres que se han acercado junto a él hasta el corral—. Ahí lo tienen al infeliz.

Lo encontraron fumando, acariciándole la pata a un overo, desgusanándola con el cuchillo. Lo sujetaron. Chilló un poco pero no se resistió. El dueño de casa lo miró con aire vago. El bolichero, con cara de murciélago orejón.

—¿Tenés el caballo que nos robaste? —preguntó un milico.

—No.

—No te iba a entregar, matrero, si no hubiera sido porque esta misma tarde han llegado por otro recambio de tropillas y porque te estaban buscando —dijo el bolichero y largó su carcajada de traidor.

El blanco se entrega, manso. Desventurado, malandado, arrastrando

cuitas. Los veo a todos: el baladrón muerto, el caballo de los milicos, la lagunera serpiente traidora, Marcos, el caballo picado, el incendio, el viejo muerto, qué mierda fue lo que pasó. Para rematarla le pedí ayuda a la comadreja que te clava los dientes.

Nos vamos acercando al campamento. Si los reconozco a todos. El cabeza de cobra y el marucho, da gusto, después de andar tan solo.

El charco

Querida:

Anuncié la vuelta, pero, oh sorpresa, la tormenta nos ha sometido y no termina. Mi fascinación ante el sol del desierto desapareció completamente, ahora estamos enmudecidos y espantados ante la visión de arenas anegadas, riachos encharcados que desbordan. Hasta donde mi vista puede alcanzar, no veo otra cosa. El agua arrasa con los algarrobos secos, pulveriza los escarpados por donde debemos partir y desgrana el suelo en minúsculos fragmentos cenagosos en los que cada pisada se sumerge y se hace de plomo.

No hemos podido distinguir ni un solo camino para salir, todo alrededor es una masa espesa de arena mojada.

El desierto convertido en charco pesa entero sobre nosotros. Tal como temí desde un principio y, gracias a las artimañas del cabeza bruñida, no podemos estar peor colocados para resistir la lluvia. No es una lluvia, es una catástrofe y la intensidad de la tormenta puede sentirse bajo los huesos mismos. Si no podemos volver, nos adentramos en Las Lagunas, grité a los hombres, que, empapados, me piden decisiones. Delgado me ha contrariado diciendo que no podremos entrar a Las Lagunas si no atravesamos el desierto sempiterno este y que no hay manera de volver a la Ciudad hasta que el agua amaine.

Hemos pasado la noche como pordioseros, el agua nos tapa y esta mañana, al amanecer, no apareció la luz. El sol no irradia y el desierto aguado es un desbarajuste que nos enfurece a unos con otros. El desaliño del agua que chorrea y la desesperanza de quedar varados por varios días nos vuelve animales irascibles. Ayer, cuando di la orden de volver, mentí a los hombres diciendo que era orden del Gobernador. Cuando prometí: Mañana nos vamos, vayan por tropilla que nos

pegamos la vuelta, les vi las caras, el alivio, el alma volviendo a sus cuerpos marcados por la desventura, la vuelta a las casas, a las mujeres, a las vidas.

Me he retirado solo, peleando contra una fiebre altísima que me ha tomado el cuerpo. El milico principal me buscó y me increpó seco y prepotente:

—Martinelli, los hombres están divididos, hay un grupo que quiere volver igual y otro que no quiere moverse, dicen que debajo del agua no van a llegar a ningún lado, que así como está es imposible moverse.

—Que se diriman entre ellos —contesté yo, la fiebre me hizo imposible hacerme cargo. Luego de un rato salí y grité—: El que se quiera ir que se vaya. Hace dos días ofrecí una fortuna, que nunca van a oler cerca en toda su vida, pretendiendo que alguno se arriesgara a la Ciudad con mi correspondencia y ni uno solo se ofreció.

—Estoy de acuerdo. Hay que mandar un hombre con sus cartas. ¿Usted cree que al que se anime, si llega a la Ciudad, lo va a escuchar alguno de los hombres del Gobernador? Si es así diga en sus cartas que nos traigan carro y cuadrilla, animales y víveres y que vengan por nosotros.

Y dale con el Gobernador, si supiera quién es el Gobernador.

—Usted disponga a alguno de sus hombres y que se haga, que para algo es milico —dije. Me di media vuelta y me envolví en una frazada en la oscuridad de mi carpa, transpiré y me sentí morir.

Robo y engaño

El cielo se apiadó. Recién entonces los milicos se acuerdan de mí y me miran atravesado. Los milicos siempre están dispuestos a levantar algún matrero para quedar bien. No me largan, me tienen cinchado, cada tanto alguno me echa una mirada y otro me escupe cerca. Yo también escupo, puteo, a nadie le importa. Preparan la vuelta. Andan todos como infelices. El salvaje cabeza de cobra los ha sometido como si fueran hembras desnudas en medio de la tormenta. Han mandado que esta noche un par de miliquitos se arriesguen y a mí me llevan con ellos. ¿Otra vez escapar? ¿Otra vez rajar, robar caballo, pegarse la estampida?

Volver a Las Lagunas, cambiar protección por información. La cuita, el martirio de mirarla de nuevo a la traidora. El resentimiento. Una hembra a la que odio, víbora rastrera. Cunampas. Ramas espinosas. Pero las ramas espinosas protegen. Escaparle al calabozo. Pedir que me dejen entrar al infierno del que intenté rajar dos veces. Tribunales, jueces y milicos. Buscar la protección de Cunampas hasta que la ruta se me abra al otro lado de la montaña, escapar a Chile.

La cordillera se eleva suntuosa y negra, dos milicos y yo nos ponemos en camino.

Esta misma noche, me hago fugitivo. ¿De nuevo? Sí, de nuevo. Corriendo hacia el extremo opuesto de la jaula.

Si me rajo, lo enfrento a Cunampas, lo busco y le digo: Dame el reparo en tu tierra, no me interesa siquiera ojearla a la hembra. Dejame estar nada más hasta que la huella se me abra en la montaña.

Me han cinchado las manos con cuero peludo. Desertores, seguro, los milicos deben ser desertores. Los escucho organizarse, uno a dormir y el otro a vigilar. Me tiré en un rincón. Robarme la bolsa con las cartas de Martinelli. Con eso y un caballo. Los papeles se los doy al

viejo y él me deja estar, como al principio, pero sin caer en las garras de la hembra serpiente.

Miré durante horas y de corrido el paquetón de papeles que el miliquito llevaba en su alforja. Él ninguna importancia les daba. Ni los miraba, no le decían mucho y a mí, me daban la vida. Le empecé a regalonear al miliquito de guardia.

—Che, vos, y si leemos los papeles, a ver qué dicen, no sea que nos traigan desgracia.

—No te hagás el apostado —me dijo—, que estás preso y a mi merced —rápido se enmudeció con un silencio de roca y entornó los ojos, como intentando dormitar pero sin abandonar la guardia.

Yo seguí despierto, un tiritón me recorrió la espalda. Intenté moverme. Él me miró molesto.

—Sabés qué, matrero, no vamos a ver los papeles, porque ni vos, ni yo, ni las iguanas coludas que nos bordean sabemos qué carajo dicen.

En medio de la noche, rodeado de alimañas, gemí de dolor.

—Y ahora, qué te picó —preguntó.

—Una víbora. —Grité, aullé, me arrastré.

El otro milico, que por lo rápido que se acercó andaba todavía despierto, se me vino encima y mientras este me sostenía, el miliquito de guardia me hurgó el cuerpo. Temblé como un cuis. Me acordé de la traidora: los papeles no me servían porque ni los laguneros ni yo sabíamos qué mugre decían.

El milico se me acercó y yo le mostré la vieja picadura que todavía me amorataba la panza y tenía pinta de ser real. Me aflojó las cinchas, agua pedí, dame agua, le vi los ojos abiertos, indecisos. Al final me desembozó, me dio agua, me sacudió. Me hice el alucinado. Me dejaron estar. Grité y resoplé. Entre ellos se rieron, festejaron que me hubiera tocado a mí, al fin y al cabo la víbora les había andado cerca. Siempre hay una víbora con el veneno saliendo de la boca, como a una vieja su plegaria.

Un papel de mierda, escrito y firmado por un ingeniero cogotudo. Los milicos me hurgaron la picadura y se fueron a dormir. En cuanto tuve las manos libres, busqué los papeles, me hice de un pingo, aunque no sirviera para nada. Los milicos durmieron como leones y yo, en medio de la noche, decidí que si me agarraban iba a ser la última. A

alguien se lo tengo que jurar, a vos, dios. Me monté. Galopé. Desboqué. Anduve magullado, toda la noche.

La voluntad

Espinas curvas, montañas de ceniza, piedras, esqueletos de muertos de hambre. Antes de llegar se para, desensilla. Ir hasta la boca del río, dormir. Antes de llegar se arroja, duerme como desmayado. Despierta con el cuerpo convertido en guiñapo bajo el sol que lo rasura.

Permanecer. Se palpa la bolsa de papeles en la cintura. Lavarse, cagar como la gente. Pero ya no hay tiempo.

No estaba Cunampas, sí estaba, pero ya no era, no mandaba, ahora era Marcos. Al que me lo dijo lo miré con ojos despreciables, muerto de pesadumbre. No pregunté más. Esa noche me instalé en el cuchitril, lo que quedaba de él, porque había sido descuajeringado por la lluvia. Yo tenía el cuero escorchado y los adobes me sirvieron de protección. La mañana siguiente me encontró afilando un palo con la navaja que le reduje a los milicos y sin nada qué hacer. Marcos y la hembra, estoy sentenciado. Abrí la bolsa de los papeles y los intenté leer. Los espié, me acordé del cura. Recé, lo único que dije es que sería un hombre agradecido si esa vez me dejaban vivir, pero vivir, no un maniatado, preso del carajo.

Lo vi pasar. Hei, hei hei, le chillé. El cura me miró con ojos desorbitados. Dudó durante un largo rato pero al fin se acercó.

—¿De vuelta? ¿Serán las ganas de enfrentar la muerte? Lo sabés, ¿no? Marcos es el jefe y se casó en ceremonia con Juana.

Él habló, así de hilado, así de maldito y a cada palabra suya, se me oprimió la garganta.

—Y ¿qué decís?, matrero.

—Lo mismo de siempre, arruinado.

El cura pitó un cigarro, montado y vestido con su pantalón negro, su collarete y la camisa recién lavada.

—Decime ¿te has venido a morir acá como un sapo? Si es así, te

tengo que confesar y dar sacramento.

—Tengo algo que les robé a los milicos, vale como para que me dejen estar.

—¿Qué milicos?

—¿Cuáles van a ser? Los que andan torciendo el agua.

—Ah, esos.

—Sí, esos, tengo mapas y cartas.

—Te andarán buscando —contestó el cura.

A sus espaldas, las montañas mostraban los picos y los hombres parecían cactus solos. Dos esqueletos. El cura, un esqueleto de hombre de dios, y el blanco, uno de insecto prendido en telaraña.

—Cunampas hubiera querido que te arrancara los papeles, los leyera y se los contara. Pero con Marcos no tengo alianza. También estoy pensando en irme. Sin Cunampas vivo, no hubiera durado ni dos días acá desde la entronización de Marcos.

Le alcanzó los papeles, el cura desensilló y se mantuvo en silencio y reconcentrado, sentado sobre los talones con los papeles extendidos sobre el suelo. Una piedra en cada costado y el cura, que observa, mira de cerca, de lejos, de costado los planos. Lo veo por fin abrir la carta lacrada. Ahí algo tiene que decir...

—Y cura, ¿algo dice ahí?

—Y sí, matrero, algo dice.

Miró al cura y lo vio con los ojos idos, volados con las nubes del cielo. Cura del demonio, qué roñas pensás.

—¿Qué pasa cura que estás mudo?

—Sabés qué, matrero, te acordás cuando te leí el Antiguo Testamento y te dejé entrar, te di consejo, alimento y casa, no sé por qué lo hice. Ahora tampoco lo sé, pero creo que Cunampas lo va a entender. Nunca me lo perdonó. Haberte dejado entrar y rogarle tu protección. Si no eras vos iba a ser otro, le dije, y si no era yo, iba a ser otro, porque hay cosas que están reservadas a la voluntad del Todopoderoso. Voy a ayudarlos, una vez más, antes de irme. Marcos, no nos va a creer palabra, antes hay que hablar con Cunampas, él es el único que entiende. A Marcos, le voy a jurar que me voy de Las Lagunas, le dejo libre el terreno para que haga alianza con el que manden a oficiar. Podríamos irnos, matrero, no decir palabra y

dejarlos solos con su sequía y su hambre, lo hubiera hecho, pero no puedo.

El aliento del zorro

Marcos escucha al cura, cordero de Cunampas: Tengo algo de vida o muerte para ustedes, que en ello se te va la salvación de tu gente. Cunampas me escuchó, y me envió a vos primero.

Responderle como guerrero, con armas en la mano, en la boca, brotado de espinas. No equivocar el camino, me van a medir. Escucha al cura hablar, lo ve extender mapas, de su boca sale un chorro ardiente, un soplo llameante, anuncia la desgracia.

Marcos, furioso, interrumpe al cura y lo despacha. Camina por el camino terroso. Verle los ojos a Cunampas.

Cunampas duerme solo, encaramado en la falda de los cerros. Marcos lo despierta.

—¿Qué pasa que me sacás del sueño?

—¿Te has enterado que el nevado ha vuelto como si nada? A morir, será, se han aliado con el cura y dicen que nos están secando las lagunas, que es de la vida y la muerte. Los dos son traidores, arrastrados y no quiero hablarles, voy a guerrearlos, pero ellos insisten que vos decís distinto.

—El cura trae el peligro y puede ser traidor, pero él mismo ha dado promesa que se irá si vos te animás a sostener sus palabras.

—¿Y el blanco? No podemos dejar que ese venga con aires de viento.

—Mi hija no lo va a dejar acercarse. Si vos lo pedís, lo dejará estar, pero nunca va a olvidar la traición. Si aceptás el trato, el blanco dice que se oculta hasta que cruce a Chile y el cura se va a ir. Pero si no aceptamos y esas obras nos dejan secos, va a ardernos la furia como un fuego.

—El cura ha dicho: o toman este consejo o se quedan sin tierra, pero yo desconfío.

—Quién puede saber si se equivoca y manda a la muerte a los que

están con él, sino en el tiempo que eso pasa.

Marcos no duerme, se está preparando la fiesta de la fecundación y Juana, rodeada de mujeres, no le presta atención. Sube al cerro, solo, cavilando.

Y qué, si me traicionan y caigo, confiar en un cura que es cebado, engordado por Cunampas. Y el otro, el blanco. Recién me dan el mando y ya ando penando por chulerías. Si es verdad, voy a tener que armar a los hombres y arrasar contra todos los que rapiñan el agua.

¿Adónde vamos?, pregunto. A los cerros, contesta. Y cuando llegamos, Rosalía me dice: Ahí, Juana, ahí, en la entrada de la gruta es donde se deshacen los males del cuerpo, que las dos lo tenemos lleno de paja últimamente. Estoy soñando con traición, el hocico del perro de la Vieja sangra desde hace dos días y para mí es señal de algo.

Nos tiramos a mirar el cielo, Rosalía me agarra de la mano, se me viene encima, me acaricia la cabeza y me dice: El blanco traidor. ¿Qué?, le pregunto. Nada, contesta. ¿Y el odio?, vos qué creés que es. Los dientes que castañean, el escarnio, le digo. Cuánto hace que se fue, ya ni sé, yo también huelo el aliento del zorro en el aire. Pateamos el desierto polvoriento.

La noche es fría y clara. Los gruñidos lastimeros de la perrada. El amanecer se acerca. Juana sin dormir, abandona el toldo y sale a caminar. Huele, aliento de zorro, aliento a requecho de bestias muertas, una lechuza se le atravesó dos veces. Marcos me esquiva, se escurre.

El paseo termina en la cima y Juana se pone a dormir, primero arma un collar hasta que, con el cuerpo macilento, se duerme.

La Vieja interroga a Rosalía.

—No, Vieja, no hablé con ella, me parece que está en su refugio.

—Andá, corré, buscala, que la estamos esperando.

La encuentra.

—La Vieja te llama, las mujeres están listas con los ojos tiznados y los vestidos de colores. Dice que bajés, está furiosa, no sabés, gris y

negra.

La Vieja encabeza la ceremonia, acarrea una gruesa rama de algarrobo y las mujeres empinan el muñeco de cabeza de lana que se bambolea en el extremo de un palo largo. Cunampas y Marcos se entienden en los gestos. Qué me están ocultando.

Los lanceros hacen un círculo alrededor de Marcos, y él, con las lanzas sobre los hombros, ofrece a Juana collares y piedras. La Vieja, con la rama, rodea a Juana.

Cada uno con su alforja, sin hacer el sacrificio, ni levantar la mirada del suelo. Qué pasa con estos, que no me han dicho nada.

Marcos, con su lanza, derrota a tres hombres y luego se tira contra Juana como si la montara.

La Vieja ordena que la ceremonia siga, que empiecen las danzas, que la pira arda, esperar la noche. Armar la enramada.

Los muertos, los demonios, los espíritus de la naturaleza me están abandonando, algo ha ocurrido y no lo advierto.

Los grillos chirrían, la gente se agita con movimientos cortos, hay vino, empinan el codo, el fuego arde.

El cielo negro

Lejos de la ceremonia de la fecundación, tiene lugar el encuentro, a la hora señalada. No hay luna, el cielo es como un oscuro y lustroso manto de cuero. Marcos está de pie. El cura y el blanco acuden a la cita. Todos buscan confundir sus cuerpos con la negrura de la noche.

Marcos mira. Sus ojos están apostados, inmóviles sobre el blanco. Se la juró. Nos vamos a volver a ver, le dije. Negociando en vez de atacar, paciente en vez de darle púa. Cunampas, el único que tiene una antorcha en la mano para ver por dónde anda, el único al que el cuerpo le relumbra en la noche oscura.

El cura le alarga la mano a Marcos. Al estrechárselas, los dos sienten sus venas palpitantes.

Cunampas aletea cerca, vigila sin moverse. Alumbra. Las caras del blanco y del cura palidecen en medio de un silencio cercado.

El blanco habla.

—Si querés echarme, hacelo; si querés que el agua vuelva a las lagunas, dejame estar.

—Volviste sabiendo que sos hombre muerto —contesta Marcos.

—La muerte les anda afilando su guadaña a ustedes, ya te lo dijo el cura.

—No te maté entonces, pero te mato ahora, ella va a ser la primera en escupirte a la cara.

—No la nombrés, que ella está afuera de esto. Les están robando el agua, ¿cierto, cura? —Busca al cura, que asienta con un gesto, pero el cura le corre la cara, sostiene una mueca impasible, como si no fuera parte, Judas.

El cura y Cunampas mantienen las bocas selladas.

Marcos y el hombre se tiran cornadas, zarpazos. Uno se agazapa y el otro mide el salto certero. Cunampas los separa, los dos hombres forcejean. Al final consienten y se vuelven a mirar.

Juana camina sola en medio de las tinieblas, olfatea, huele y acecha. Anda con el cuerpo afiebrado. Se acerca, sospecha. Los ve. Mientras camina hacia las sombras murmura, paloma que es gavilán donde dormita el cóndor. Camina. Se acerca, son sombras en la oscuridad. El aliento del zorro, sucio, cargado de requecho de bestias. Se acerca sin dejarse ver y escucha:

—Te han excavado el río, te van a dejar en seco. Yo te llevo hasta la obra, hasta el campamento de los milicos, vos les das guerra y, a cambio, me dejás estar, hasta que me vaya a Chile.

—A vos te voy a dejar entrar. A un chinganero como vos.

—Si querés el perdón te lo ofrezco, enfurecí, cuando me dijiste de la traidora. Que me perdieras. Vos me viste, las lágrimas me quemaban la cara.

Quiere gritar, pero sus labios se retuercen. Entiende, empieza a entender. La traición, el hocico del perro sangrando. Una culebra crinada. Los oídos aterrados. Marcos y Cunampas.

Bufando, encrespada. Yerma. Aúlla y, lacerada, se aleja.

Fustazos, Juana

Esa noche, una noche de hace muchos años, Juana incendió el toldo en el que dormía con Marcos, esa noche intentó echarse viva al fuego, esa noche lloró y golpeó el tamboril para llamar a los espíritus. Esa noche, antes de que el amanecer abriera el cielo hiriéndolo con una culebra de fuego, ella gritó traidor a Marcos y al padre le escupió en la cara, trepó la montaña y en las alturas vomitó su odio. Cuando ellos volvieron, unas horas más tarde, la encontraron así, revuelta, la creyeron borracha. Después, recién después, cuando ella escupió su veneno supieron que había estado y escuchado de sus bocas la traición.

Esa noche, cuando la Vieja, a solas, le habló de las enfermedades del cuerpo y de las del alma, fue como si la Cabra le apareciera dentro, le debilitara el corazón, la alocara.

Después, antes de que amaneciera, volvió a ser Juana, corrió, huyó, trepó, se ocultó en la cueva.

—Rosalía, ves allá, en esa cueva, allá es donde duerme la Cabra, todavía llorando por los hijos muertos y sin ver el sol.

En la cueva, Juana habló con los demonios, cara a cara, por vez primera.

Eso hizo esa noche, pero solo después de que sus intentos de arderse en el fuego fueran funestos y que, aunque lo intentó, ni su vestido ni su cuero se prendieron fuego.

A la mañana siguiente, Marcos dijo al pueblo: El blanco volvió, Juana está furiosa por su culpa, ella se arañó el pecho y se sacó sangre de la cara. Él fue desterrado pero volvió porfiando el desierto. Nosotros no matamos por matar, pero ella está macilenta y sin aliento. Va a sanar. Al blanco, lo vamos a colgar acá, delante de todos, en el árbol de la justicia y los lamentos. Mis hombres y yo lo vamos a colgar.

El blanco no ofreció resistencia, se mantuvo en silencio cuando lo arrastraron y cuando lo colgaron.

El ladrar largo, triste de los perros en la noche. Ahora ando sola, Juana, y los perros me siguen. ¿Te acordás? La seguían a la Vieja. Me acompañan, a veces siento que me miran con cara de pena. Los perros y yo nos parecemos: yo, la perra de Juana, les digo, me reía con ella, penaba con ella. Los perros saben, Juana.

¿Cuántos años han pasado? Yo era apenas una cría; Rosalía, la cría de Juana, la chinita que la Vieja hará maqui, decían.

A los perros les hablo de vos, a tu gente, no. A tu gente el frío de tu ausencia les pone el corazón gélido, tiemblan cuando se te nombra. Mejor no hacerlo, sería en vano. Yo sí, yo tengo el corazón áspero, puedo con eso.

¿Por qué me acuerdo de vos, hoy, Juana? ¿Por qué después de tanto tiempo?

Miro a los perros y aprendo: vadear la quebrada, dormir con un solo ojo, ladrar ante el menor ruido. Los perros chupan de la cabra y no de la perra, se hermanan, se emparejan. La ubre, el guano de las cabras, un olor agrio, no son suyos pero el perro los cree propios. El pelo plomo, los ojos medrosos, los dejo a mi lado, les doy de comer, les hablo: La primera vez que la vi a Juana la reconocí, había escuchado los cuentos que se tejían sobre ella, la cazadora, decían, caminaba junto a Cunampas y el Tigrito, los tres subiendo el cerro. Ese día, te olí, te oí pasar. El padre y el Tigrito subían y vos andabas entretenida con unos chulengos. Le diste un talerazo en la cabeza a uno, lo ataste y te lo llevaste arriando hasta los Bordos Negros. La chulenguedora, dije, la chulenguedora, te grité y vos me miraste.

—¿Quién sos? —dijiste.

—Rosalía.

Juana, la mula princesa que yo iba a querer con el tiempo como una flor de la que una se enamora, también fue mi madre, también fue mi hija, les digo a mis perros.

Vos me miraste con los ojos enormes, negros, escrutadores. Me llamaste con una mano y con la otra empujaste el chulengo. Los perros

retozan a mi alrededor, me rodean. No nos separamos. Esa noche al volver a casa, antes de dormir canté: Azucena blanca, la chulengueadora. ¿Qué es eso de la chulengueadora?, me preguntó mi abuela y yo no contesté. Una princesa, una bruja, una cazadora, qué va a ser.

El día que te conocí, Juana, te vi andar por el monte con el tranco largo, la zancada estirada. La marcha de cazadora, de regreso a los Bordos, arriando las crías. ¿Te acordás?, te seguí como un perro sigue a su amo. Cuando llegó el blanco, tu partida me quebró de dolor. Te vi consumirte, Juana. Ahora tengo los ojos de la Vieja, los que todo lo ven. Se cortó la lengua, Juana, y me hizo maqui. La lengua de ella sigue hablando en mi boca, Juana, no le creíamos que eso fuera posible.

Vos ya hacías tus caminatas de noche y, de día, te escondías en la cueva del cerro. Te seguí como un perro, pero eras una cabra ágil. Te fui conociendo. Guanaco, zorro, avestruz, liebre, decías, y tomabas la forma de los animales. Me hablaste de la precisión con que cada flor se reproduce y del agua, recogías restos de flechas ensangrentadas. ¿No tenés madre vos?, me preguntaste un día. No, ¿y vos?, te contesté. No, me dijiste, huyó refugiándose en un rincón y entre piedras grises dejó que su alma vagase en la nada, sin ojos.

El agua se nos fue. Un día, me dijiste, para calmar los vientos, Cunampas va a sacrificarme aunque yo sea la hija. Y vos ¿por qué no tenés collares, plumas y flores?, te pregunté, sin hacer caso de tus vaticinios tristes. Me miraste silenciosa. Hoy escuché a la Vieja, la Vieja hablándole a Cunampas. La Cabra se habrá muerto, dijo, pero Juana te ha sido concedida. Está bien, me dijiste cuando después de un rato te sacaste de encima el silencio que te había atacado, además de andar por los cerros vamos a hacer collares. Y a tejer, te pedí yo, y a juntar plumas. Yo era la perra guardiana, hacíamos collares y buscábamos plumas y yo te adornaba.

Fueron buenos tiempos, Juana. Sí, buenos hasta esa vez que te pusiste mala y la Vieja te eligió para maqui, me dijiste esa noche en el cerro.

Yo sabía que iba a ser maqui, la Vieja me lo vaticinó. Vas a ser maqui, me dijo, y ordenó a las mujeres que me chuparan el pecho. ¿Te

acordás de tu inquina, Juana? Te fuiste, me abandonaste. Esa noche tuve mi primer sueño, soñé que Cunampas estaba vivo y yo lo despellejaba con tu cuchillo. Te recuerdo, Juana, malquistada y enfrentando a todos. A mí la fiebre me corría por el cuerpo, pero la escuché gritarte: Todavía tiene el corazón caliente y hay que temerle hasta que los dioses decidan qué se hace con ella. Saliste hecha un rayo.

Así les digo a mis perros: Marcos mató al blanco, lo colgó del árbol de la justicia y del suplicio. Los perros me escuchan en silencio, se rascan.

Una noche entera tardó el hombre en morirse, Juana. La Vieja me hizo encerrar, no quería que te buscara. Juana, siempre va a estar, la enfrenté. Como la luna, me contestó la Vieja. No se va a morir, le grité, no se murió cuando el blanco la abandonó y ella quedó ojeriza, mala, escuchando voces, escapando de la lechuza que la perseguía. No se va a morir ahora, va a volver. La cazadora. La Vieja me dijo: Puede ser, pero ya no es nuestra.

Vos eras la cazadora, Juana, y yo la perra guardiana, la que lleva al redil.

Todos vimos al hombre morir y a vos irte, los pies descalzos apabullando el desierto. El cielo que se nos alza día y noche es el mismo. No hay odios, los blancos entran y salen y algunos han venido a vivir acá. Marcos sirve para ordenar, regentar y abrir la tranca. Algunos se han ido también. Las lagunas secan, pero otros llegan, Juana, otros encuentran alivio.

Ahora soy fuerte, entiendo cosas, la esencia, me dijo la Vieja. Los recuerdos no me duelen, Juana. Ni yo misma hubiera creído que iba a poder andar rodeada de mis perros, curando las enfermedades, caminando descalza, escuchando lo que los dioses quieren hablar. Con el Tigrito hicimos la alianza de sal. No me costó, era lo que tenía que hacer. El corazón de piedra, te decía, vos tenés el corazón de piedra. A mí, el corazón se me fue poniendo duro y sólido. Domino, porque ellos se ponen en mis manos, me dejan hacer.

Creo que Marcos te quiso, pero te temía y eso no lo dejaba ser, no se arrepiente de la traición. No retrocede cuando las cosas se ponen difíciles, enfrenta y dicta sentencia.

Una noche me dijo: Rosalía, vos sabés que maté al blanco y que los pensamientos de todos fueron apacibles y que así durmieron mejor. Yo no sabía que Juana se iba a ir, yo creía que ella siempre iba a estar pero no podía saberlo todo. ¿No podías saberlo?, lo hostigué. Éramos esposos, me gritó furioso. Cada tanto me busca en medio de la noche para decirme que no puede dormir, dice que vos le abusás el sueño. Ha venido y me ha dicho: Vengo para que, como maqui, me digás si yo la maté. Han pasado siete años, Marcos, desde que se fue, le contesto.

Eso, Juana, siete años ya desde que te fuiste y recién hoy te puedo hablar así. Perderte, Juana. Esa noche, antes de irte me buscaste en la oscuridad y sin una sola lágrima, sin una sola caricia, me enfrentaste diciendo que yo iba tener que ser maqui y ocupar la tierra. Me miraste como siempre habías mirado, desconfiando de que atrás de ese a quien vos hablabas hubiera un extraño, uno distinto. Si te dejé cantar, si te envolví en collares, si te enseñé a encontrar las estrellas propicias, fue para esto, dijiste. Si escarchamos el camino donde se posa el pie del guanaco, si la Vieja te escogió, fue para esto, dijiste y también: Vos me conociste, me viste andar, caminar a los brazos de Marcos ya ajada por darle la guerra al sol y a Cunampas. Y al padre lo viste también, desgastado por las heridas de la sequedad.

Te recuerdo poderosa, también sufriente cuando todos hablaban de tu arrogancia, de tu pereza, de tu cobardía. Te enfureciste, pero nadie te entendió. Me dijiste: Me quiero morir, y te entregaste. Pero yo sabía que no te ibas a echar en las aguas heladas de las lagunas. La Cabra, sí, la madre lo hizo, pero vos no. Aun durmiendo, te protegías de vos misma. Pisoteabas tus dolores con las plantas de los pies, te volvías a levantar, luchabas contra la muerte de la misma manera que con la guanaca. Hasta cansarla y matarla vos a ella.

Te enteraste de que el blanco no te había dejado, desertado como estrella malgastada, roñosa en medio de la noche. Ellos lo corrieron con bajeza, dijiste. Viste claro, Juana, tan claro que fue mortal.

Te fuiste, el tiempo que has pasado lejos se nos ha perdido, gota a gota o a chorros, como sangre desperdiciada. Cuando la Vieja me hizo maqui pasé toda la noche en oración. Ella me lo ordenó. Hasta tiempo después no se me hizo ninguno de los poderes que me quería dar.

Una mujer, la que andaba de protectora de las mujeres desde que te

fuiste, se quejó, pero la Vieja la encaró: Los buenos y los nobles la han elegido y visitado, ella será una buena maqui y vos tendrás el agradecimiento. La amordazó con su poderío y agregó: Rosalía es el único pájaro capaz de trepar el árbol. El retamo, Juana, que es mi árbol y me protege. Con ramas de laurel, cuido a los enfermos. Sacrificaron un chivato. Los hombres le sacaron el corazón caliente y, todavía palpitante, lo entregaron a la Vieja mientras a mí me estiraban la lengua y la raspaban con un cuchillo afilado. Me retorcí del dolor, Juana. Cuando me hizo tragarme su sangre ya nunca más volví a sentir dolor, ni tampoco miedo. Maqui de laurel, maqui Rosalía, me dicen ahora. Y cuando curo, digo tu nombre.

Se vive entre ruinas pero al que estuvo y se fue, se lo olvida, dijo Marcos.

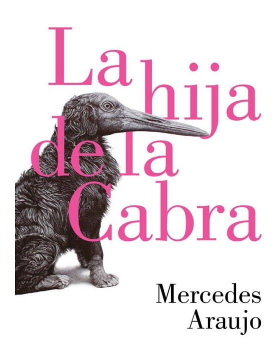
No te preocupés, me dijiste antes de irte, estos son de memoria flaca. Y era verdad, Marcos viene hasta mi toldo y me pregunta: Vos, qué pensás de esa cruz negra, alta, labrada, que el nuevo cura ha puesto sobre la tumba de Cunampas. Que hay que ponerle un penacho rojo, le contesto.

Algunos de los que llegan dicen que te vieron. Que se te reconoce por los ojos incrustados, dos cuevas oscuras. Que vestís blusa, bombacha y botas de cuero. Dicen que te has quedado en La Chimba, en la calle de Los Pescadores, que a veces andás con el bandidaje. Que tenés un cuchitril y, al lado, un algarrobo con una rama gruesa. Te fuiste. Siete años.

Los nubarrones negros nos enturbian la calma y los rayos ardientes del sol nos llagan. El agua no vino más.

Yo espío el paso de la desgracia. Marcos galopa a mi lado.

Esta noche, el horizonte del este refucila con truenos. Las nubes parecen hogueras. Esta noche no curo, no sueño con los otros, no hablo con los dioses ni con los demonios. No tengo ni sed ni calor. Me lamo las heridas, Juana. El sol las cicatriza, Juana, pero se vuelven a abrir. Fustazos, Juana.



Con el sol mendocino arañándole los ojos, un hombre huye a caballo a través de vizcacheras y flores de jarillas. Al llegar a las márgenes de las lagunas de Guanacache, se establece con la hija del cacique, la Juana, quien abdica de su herencia de cazadora huarpe.

¿Es el maleficio de la llegada del blanco y la traición de la Juana la causa del hambre y la sequía rabiosa que afligen a la comunidad? Mercedes Araujo muta de la lírica áspera del desierto a las cuidadas cartas del ingeniero que por orden gubernamental está alterando el delicado sistema hídrico de la zona. *La hija de la Cabra*, primera parte de la trilogía andina que la autora continuó con *Botánica sentimental*, es de una feroz anticipación política.

«Paisajes áridos de fondo. Personajes marginados que tratan de sobrevivir en un mundo hostil. Y un lenguaje nuevo y preciso, como inventado para esta historia. *La hija de la Cabra* es una novela corta gigante».

Pilar Quintana

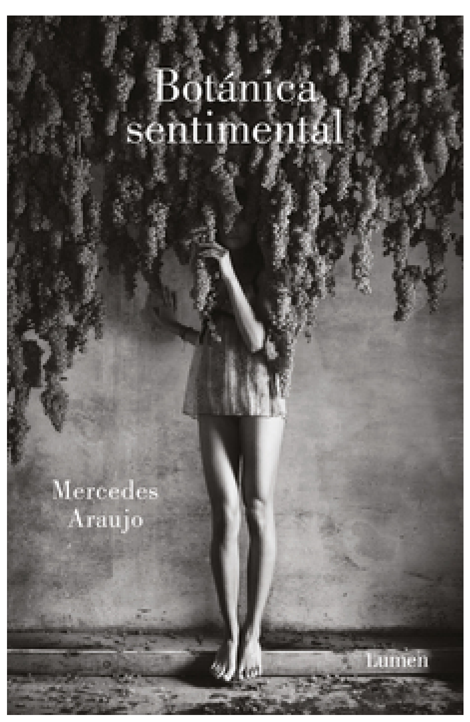
«Anticipándose a tanto, *La hija de la Cabra* narra desde una perspectiva en la que son una misma entidad la tierra azotada y las criaturas que la habitan, sus estragos y sus milagros, las esquirlas de sus colisiones: una mímesis reveladora y conmocionante, una lengua que parece brotar de las mismísimas napas del desierto».

María Sonia Cristoff



MERCEDES ARAUJO

Nació en Mendoza en 1972. Publicó los libros de poemas *Así es el fuego*, *La isla* y *Viajar sola*. Editado por Lumen en 2022, *Botánica sentimental* fue elegido uno de los libros del año y ampliamente elogiado. *La hija de la Cabra* (que recibió el Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes en 2011) es la primera parte de su proyecto de trilogía andina, en la que trama mitologías tecnológicas con las voces olvidadas de los pobladores originarios.
Profesora de Escritura Creativa en la Universidad Nacional de las Artes y de Política y Derecho Ambiental en la Universidad Nacional de San Antonio de Areco, vive en Buenos Aires donde da talleres y clínicas literarias.


Botánica
sentimental
Mercedes
Araujo
Lumen



Este libro obtuvo el primer premio en el género novela del concurso de régimen de fomento a la producción literaria nacional y estímulo a la industria editorial, Fondo Nacional de las Artes, año 2010.
Jurados: María Teresa Andruetto, Esther Cross y Leopoldo Brizuela.

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané
Obra de tapa: © Juan Alejandro Castillo, *El amor pagano*

Edición en formato digital: junio de 2024

Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

ISBN 978-84-264-8178-8

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice